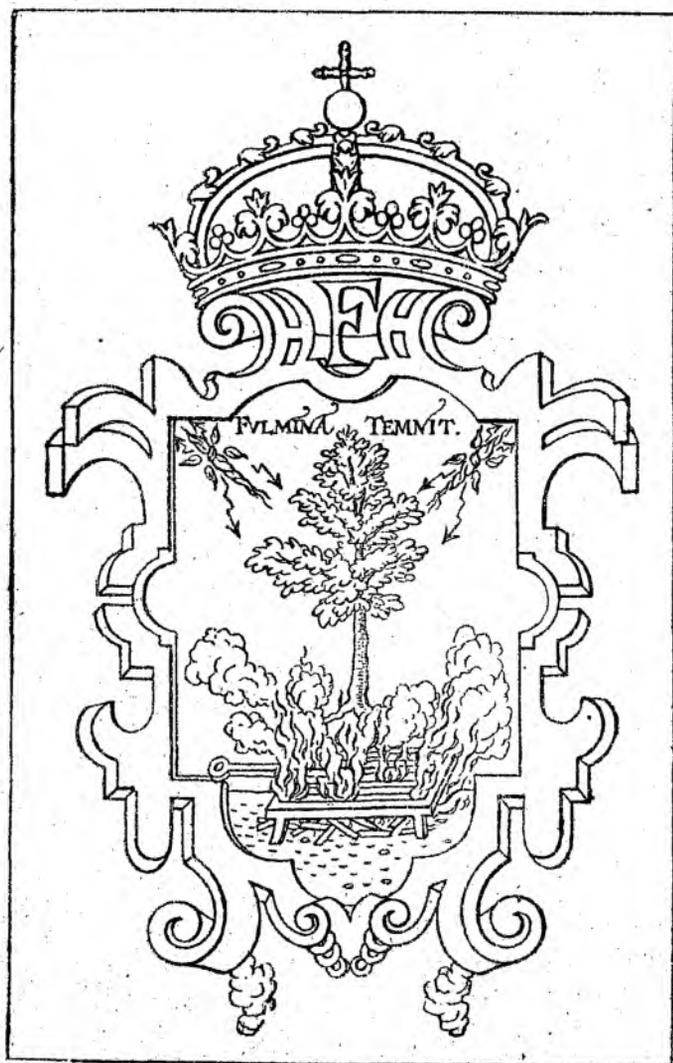


ESCORIAL



SUMARIO

	<u>Páginas</u>
Editorial.....	5
ESTUDIOS	
PAUL CLAUDEL: La bajada a los infiernos.....	13
ANDRÉS MARÍA MATEO: Cristóbal Colón a la luz de una carta inédita a Isabel la Católica.....	41
JOSÉ DÍAZ DE VILLEGAS: De las armas blancas al ejército blindado. La evolución del arte de la guerra a través de los siglos.....	73
POESIA	
JOSÉ MARÍA CASTROVIEJO: Ascensión (Elegía a la muerte de Ion Motza).....	95
DÁMASO SANTOS: Poema de la integridad del Duero.....	99
VICENTE SERNA: Al río Duero.....	101
AZORÍN: Diario de una mujer.....	105
TRISTÁN YUSTE: La niña pindonga.....	111
NOTAS	
Valencia en Azorín, por Agustín del Campo....	125
El secreto de Zunzunegui, por Juan Antonio Tamayo.....	133
Neologismos y arcaísmos, por José D. y Díaz-Caneja.....	138
El nuevo Conservatorio Nacional de Música, por Federico Sopena.....	146
LIBROS	
Juan Urrizá, S. J.: <i>La preclara Facultad de Artes y Filosofía de la Universidad de Alcalá de Henares en el Siglo de Oro, 1509-1621</i> , por M. C.	149
E. Rohde: <i>Psiche. La inmortalidad del alma entre los griegos</i> , por Emiliano Aguado.....	153
Otros libros.	

ESCORIAL

REVISTA DE CULTURA Y LETRAS

TOMO VIII

MADRID, JULIO 1942

*De este número se hicieron 100 ejemplares
numerados para los suscriptores de honor.*

**DIRECCION Y ADMINISTRACION:
ALFONSO XII, 26
TELEFONO 14491**



P. 3092

OTRA vez traemos a las primeras páginas de ESCORIAL —cara al remanso nacional del verano cercado de inminencias históricas— un aire de directo manifiesto político. Y otra vez conferimos a José Antonio —de quien son los textos que siguen— la misión de tenernos alerta con su siempre fresca voz.

I

“Hace diez años España parecía miserablemente resignada a la dimisión como potencia histórica; ya no había empresa que tentara la ambición de los españoles, ni casi orgullo que se revoliera cuando unos cuantos moros nos apaleaban.”

“Hay coyunturas de conmoción del mundo o de la Patria en que puede resultar monstruoso permanecer bajo la lámpara de la propia celda.”

“El Imperio inglés es una gran unidad extraeuropea; las le-

yes del apogeo, de la decadencia y de la suerte varia de Europa, y las del apogeo, decadencia y suerte varia del Imperio inglés, rara vez coinciden. Muchas veces son contrapuestas, y quizás más contrapuestas que nunca en la ocasión de ahora. En este instante puede decirse que está planteada en Ginebra, ante el mundo entero, una pugna de Inglaterra contra Europa. El apoyo más resuelto que ha encontrado desde el principio Inglaterra en Ginebra ha sido el de Rusia. ¿Y os voy a demostrar que Rusia no es una potencia europea? ¿Que es una potencia europea? ¿No está vivo aún el vaticinio de Lenin, que aspiraba al triunfo de la revolución soviética precisamente al través de la guerra europea? Para Rusia el incendio de Europa es un tanto magnífico. Rusia, antieuropea, apoya resueltamente el punto de vista inglés; pero nosotros, europeos, ¿nos vamos a poner a ciegas al lado de este interés de Inglaterra y de Rusia? Planteadas así las cosas, ¿cuál es el papel de España?"

"El triunfo del comunismo no sería el triunfo de la revolución social de España; sería el triunfo de Rusia. Y no hay sino mirar la política turbia que hace Rusia con los grandes Estados capitalistas para deducir los fines que persigue al intentar provocar el estallido revolucionario dirigido y financiado por ella. Seríamos ni más ni menos que una colonia rusa."

"El mundo tiende otra vez a ser dirigido por tres o cuatro entidades raciales. España puede ser una de estas tres o cuatro. Está situada en una clave geográfica importantísima, y tiene un contenido espiritual que le puede hacer aspirar a uno de esos puestos de mando. Y eso es lo que puede propugnarse. No ser un país medianía; porque o se es un país inmenso que cumple su misión universal, o se es un pueblo degradado y sin sentido. A España hay que devolverle la ambición de ser un país director del mundo.

II

“Por miedo a parecer inquisitoriales, todos nos habíamos pasado de “europeos”. Nadie se atrevía a invocar las cosas profundas y elementales, como la Religión o la Patria, por temor de parecer vulgar.”

“I. Exclusiones.—Nuestra generación, que es a la que corresponde la responsabilidad de desenlazar la presente crisis del mundo, no puede sentirse solidaria:

a) Por razón histórica, de los que quieran cobijar bajo la bandera nacional nostalgias reaccionarias de formas caídas o de sistemas económico-sociales injustos.

b) Por razón ética, de los que se hayan habituado a vivir políticamente en un clima moral corrompido.

II. Exigencias.—El Frente Nacional habrá de proponerse:

a) La devolución al pueblo español de una nueva fe en su unidad de destino y de una resuelta voluntad de resurgimiento.

b) La elevación a términos humanos de la vida material del pueblo español.

Lo primero exige una revitalización de los valores espirituales, sistemáticamente relegados o deformados durante mucho tiempo, y, sobre todo, la insistencia en esta concepción de España como expresión de una comunidad popular con un destino propio, diferente del de cada individuo, clase o grupo, y superior a ellos. Lo segundo —es decir, la reconstrucción económica de la vida popular, impuesta con doble motivo en esta época de liquidación del orden capitalista— exige urgentemente:

a) Una reforma crediticia que llegue incluso a la nacionalización del servicio de crédito en beneficio de la economía total.

b) Una reforma agraria que determine en primer lugar las áreas cultivables de España (las actuales y las posibles, median-

te una preparación técnica), entregue al bosque o al pasto todo lo que quede fuera de esas áreas cultivables e instale en ellas "revolucionariamente" (es decir, indemnizando o no) a la población campesina de España, bien en unidades familiares de cultivo, bien en grandes cultivos de régimen sindical, según lo exija la naturaleza de las tierras.

Lo que no sea la aceptación sincera y austera de un programa así, con todo lo que implica de sacrificio, no tendrá nada de una verdadera posición contraria al bolchevismo —que descansa, sobre todo, en una interpretación materialista del mundo—, sino que será un intento igualmente materialista y además inútil, por conservar un orden social, económico e histórico ya herido de muerte."

III

"Si una política no es exigente en su planteamiento —es decir, rigurosa en lo intelectual—, probablemente se reduce a un aleteo pesado sobre la superficie de lo mediocre."

"La política es, ante todo, temporal. La política es una partida con el tiempo en la que no es lícito demorar ninguna jugada. En política hay obligación de llegar, y de llegar a la hora justa. El binomio de Newton representaría para la Matemática lo mismo si se hubiera formulado diez siglos antes o un siglo después. En cambio, las aguas del Rubicón tuvieron que mojar los cascos del caballo de César en un minuto exacto de la Historia."

"Sólo los hombres de una especie se salvaron del castigo impuesto por las masas a los que creyeron traidores; aquéllos que, sin preocuparse de ser fieles al perifollo de la revolución, supie-

ron adivinar su sentido profundo y desenlazarla por caminos no sospechados por la masa. Paradójicamente, estos "traidores" a las masas son los únicos leales y eficaces servidores del destino del pueblo."

"Y los conductores no tienen derecho al desencanto. No pueden entregar en capitulaciones la ilusión maltrecha de tantas como les fueron a la zaga."

"De ahí la imponente gravedad del instante en que se acepta una misión de capitania. Con sólo asumirla se contrae el ingente compromiso ineludible de revelar a un pueblo —incapaz de encontrarlo por sí en cuanto masa— su auténtico destino. El que acierta con la primera nota en la música misteriosa de cada tiempo ya no puede eximirse de terminar la melodía. Ya lleva sobre sí la ilusión de un pueblo y abierta la cuenta tremenda de cómo la administre. Cuál no ha de ser su responsabilidad si, como el poema de Browning, arrastra a una turba infantil detrás del caramillo para sepultarla bajo una montaña de la que no se vuelve."

IV

"Nunca ha sido menos lícita que ahora la frivolidad. Pocas veces como ahora ha recobrado la existencia su calidad religiosa y militante. Las brechas de nuestros días se resisten a cicatrizar en falso. Hay que pedir socorro a las últimas reservas vitales."

"Paz y siesta. Eso es lo que apetece, como programa máximo, las tres cuartas partes de esta España."

"Monte cada cual una guardia interior en estos días contra

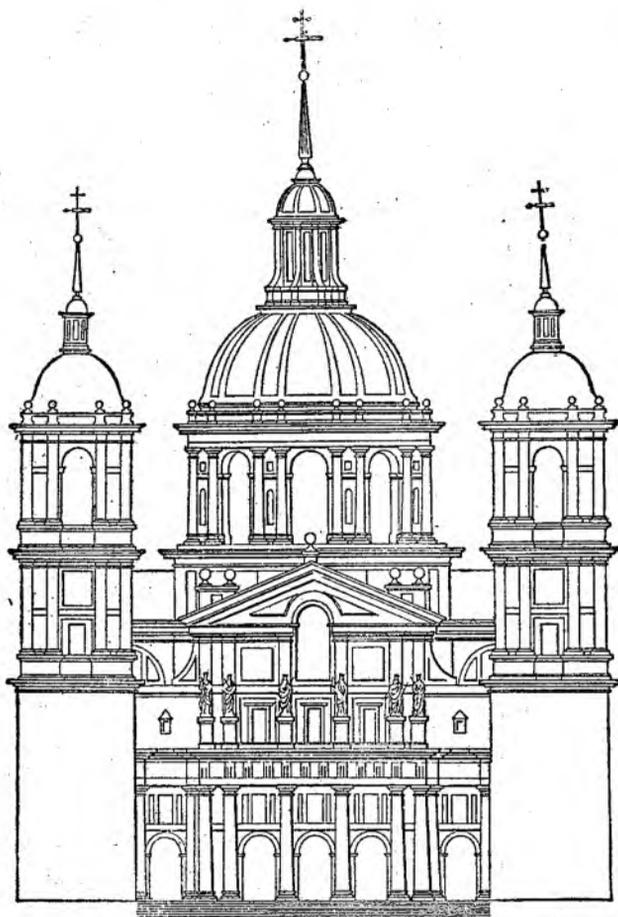
la inclinación al desaliento. Veréis cómo gentes de fuera se afanan estos días, sin que sepáis por qué, por aparecer a vuestros ojos como más fervientes defensores que vosotros mismos de nuestra integridad doctrinal.”

“Si alguno vacila, ablandado por esos argumentos comodones, que acuda pronto con el alma a la comunidad de toda la Falange, tendida en cuerdas invisibles durante los meses de separación, al través de las tierras españolas. Y oirá cómo la voz entrañable de la Falange dice:

—Todo eso es torpe palabrería de gentes cansadas y miopes. En primer lugar, ya verán, dentro de poco, el nublado que les viene encima. Pero, en segundo lugar, nosotros no queremos vegetar en el orden antiguo. Bajo él España soportaba la humillación internacional, la desunión interna, la desgana de las empresas grandes, la incuria, la suciedad, la vida infrahumana de millones de seres.”

“He aquí, camaradas, cómo ahora más que nunca son necesarias las consignas de nuestra fe. Sea cada uno de vosotros un aguijón contra la somnolencia de los que os circundan. Esta común tarea de aguafiestas iluminados nos mantendrá unidos hasta que el otoño otra vez nos congregue junto a las hogueras conocidas. El otoño, que acaso traiga entre sus dulzuras la dulzura magnífica de combatir y morir por España.”





Estudios

Paul Claudel: *La bajada a los infiernos*.
Andrés María Mateo: *Cristóbal Colón a la luz de una carta inédita a Isabel la Católica*.—José Díaz de Villegas: *De las armas blancas al ejército blindado. La evolución del arte de la guerra a través de los siglos*.

CLAUDEL

Al insertar estas páginas queremos recordar, aunque los españoles no lo hayan olvidado, que P. Claudel fué quizás el escritor francés que con mayor prestigio y brío enarboló en su patria la bandera de la España Nacional. Da fe, entre otros escritos, su magnífico poema sobre la persecución religiosa titulado «A los mártires de España», traducido al español. Suyo es *El libro de Cristóbal Colón* (versión española por L. F. Vivanco. Jerarquía, 1938) y tantas obras como le han dado renombre. De Claudel ha dicho recientemente el R. P. R. G. Villoslada, S. J.: «Realmente, Calderón, como Dante, como Claudel en nuestros días, y mejor que ellos, no es solamente un poeta católico: es el poeta del Catolicismo» (*Razón y Fe*, XII, 1941).

LA BAJADA A LOS INFIERNOS.

¡**A**BAJO! ¡Aun más bajo! No es solamente aquella pecadora a la que Dios ha tomado como escabel para poner sobre su hombro el pie que sosegó la mar; es al pecado mismo a quien ha llegado el momento de ser visitado, y en cuyo interior ha querido Dios que le introdujera la muerte. De la Cruz a Pascua hay treinta y seis horas, en las que Jesús va a aprovechar el asueto que le concede su cuerpo abandonado, la momentánea separación del alma y la carne, que es el privilegio de Adán, el *stipendium peccati*, el salario del Pecado que el Hijo del Hombre ha ganado de modo leal con el sudor de su frente.

Queda el cuerpo. Es lo que millares de pintores y escultores se han encargado piadosamente de perpetuar entre nosotros. Es

lo que hemos puesto ayer en el sepulcro, en medio de luces y flores que reemplazan los perfumes asiáticos, y que las lenguas y los pueblos vienen a venerar hasta el momento en que el clero en procesión vaya a buscarle para llevarle al altar mayor y consumirle. He aquí el cuerpo. Está con nosotros. Aunque inerte y frío, le poseemos, le comprendemos. Pero, entre tanto, ¿qué ha sido del alma? Es capaz de alejamiento, porque se nos ha dicho que *Jesús ha descendido a los infiernos*, es decir, que por un movimiento continuo, ha pasado de un sitio a eso que es forzoso imaginar como otro sitio distinto. Mas, entonces, ¿cómo representarnos el alma, el soplo que hemos respirado de los mismos labios del Creador, que los pulmones se han apropiado, y para la cual incluso las imágenes de la llama y la luz son excesivamente burdas, o la de este ψ que el sacerdote ha señalado sobre nuestras frentes el día del bautismo, la lámpara de Psique con la triple punta equilibrada sobre nuestra unidad esencial? ¿Cómo sorprendernos de la risa grosera de ese estudiante de Medicina que pretende no haberla encontrado nunca en la punta de su escalpelo? ¿Qué revelador la descubriría? ¿Qué residuo eléctrico, qué choque de ondas será capaz de apresarnos su paso? ¿Qué campo atrihuir a esta mariposa volatilizada?

De ahí el embarazo y la desaprobación de nuestros cándidos y espesos abuelos de los siglos XVIII y XIX por lo que atañe al fantasma que eludía incesantemente la aprehensión de sus diez dedos. Todo lo que escapa a la medida, escapaba a su inteligencia. Desde entonces no habría más que aguzar majestuosamente las orejas y aplicar un diente canino a los artículos sólidos, a todas las cosas que se encuentran mirando la tierra, a este cardo succulento, por ejemplo, que no se harta de multiplicarse entre nuestras patas. Además, ¡qué desconcierto cuando ante una mirada cada vez más severa y atenta, ante el ojo de lince de la matemática o el microscopio, nuestra madre la materia, en la que habíamos puesto la esperanza, la seguridad, comienza a dar muestras in-

equivocas de desfallecimiento, y sentimos adelgazarse la urdimbre, esfumarse entre los dedos! ¡Allí no había nada firme! ¡No había medio de urdir voluptuosamente un mundo logrado con granos de sémola, a la manera de Epicuro! La noción de ley era sustituida por una estadística irrisoria. La necesidad, empujada a sus últimas trincheras, se nos escapaba por el camino del absurdo, y la Naturaleza respondía a este investigador ansioso con la más coloidal de sus sonrisas. No merecía la pena burlarse tanto de la *sustancia* de los antiguos filósofos para llegar a esa concepción, en tanto que material, universal, de alguna cosa, indiferenciada, extraña a toda definición, a toda cualidad distintiva. Hizo falta habituarse a reemplazar la idea de permanencia por la de duración. Eso nos aconsejaron, en lugar de mirar las cosas, de aplicarles el oído. Hizo falta admitir como fundamento de todo, el movimiento puro, es decir, el tránsito de la nada al ser, un cierto tirón sobre lo desconocido inmediatamente cualificado por el ritmo, es decir, por una forma cerrada, el paso del ser a la cualidad, la utilización, en fin, de la cualidad por el individuo y por el alma: la llamada ejercida sobre la materia por la idea y el nombre, que establece entre las diversas líneas y series de causas un punto de convergencia. Así se justifican esos textos tan sorprendentes de la Escritura. *Mi sustancia es como nada ante Ti* (Sal. XXXVIII, 6). *He mirado la tierra y estaba vacía y sin nada* (Jer., IV, 23). *Ha suspendido la tierra sobre la nada* (Job, XXVI, 4). *Ha extendido como nada los cielos* (Isaí., XL, 29). Así, después de estos últimos textos, el peso y la masa, como también el espacio, son elementos sacados de la nada, el efecto de una creación continua. Más se ahonda, y más aparece el vacío siguiendo este pasaje de los Salmos: *Exinanite, exinanite, usque ad fundamentum in ea* (Sal. CXXXVI, 7). Así, en el libro de los Paralipómenos (II, Paráb. XXXIII, 5), existe en el templo de Salomón una puerta, una abertura, a la que se ha dado este nombre: *Fundamento del fundamento*.

*

Dicho eso, si del mundo físico pasamos al del espíritu, es imposible que no percibamos entre ambos una cierta comunidad de fisonomía y de aire, de la cual testimonia el lenguaje, que no es sino metáfora y referencia continua del uno al otro. Como no hay nada de extraño, si nos acordamos que *Dios ha creado todas las cosas a la vez* (Ecles., CLXXXI), es decir, conforme al mismo plan, y, por otra parte, que el *alma es la forma del cuerpo*, es decir, su obrero, su escultor, su artista, la matriz que le imprime carácter como el fin al medio. El cuerpo es a la vez, para el alma, una expresión, una permanencia, un capital, el vestido debido a su papel, la construcción en el tiempo de su identidad con sí misma, su medio de acción y comunicación con lo de fuera. De esta permanencia, la correspondiente en el alma es la facultad de adquisición y aprehensión, el poder transformador de la duración en espacio y de la melodía en simultaneidad en un establecimiento de proporciones, la sensibilidad fotográfica, el filtro y detención de la sensación en la pantalla, y la llegada a la fijeza que es el dibujo, la memoria y la conciencia, la explicación de nosotros mismos, la provocación al sentido que hace de un objeto interior un estado de conocimiento, el registro, el alimento suministrado a nuestra íntima unidad, y la *prueba* de nuestras posibilidades. Y, por otra parte, nuestro ser espiritual, tanto como nuestro ser físico, está sometido a la ley del ritmo; nuestro cuerpo es el efecto de un reloj que golpea con ímpetu; los pulmones, el corazón, el cerebro mismo, todo está interiormente penetrado y animado por una ley de plenitud y descarga, de flujo y reflujo. Por lo mismo, no pensamos de una manera continua, sino por emisiones, por una serie de impulsos o *hacias*. Nuestras mismas percepciones, la atención a sitios diversos, está condicionada por la tensión y la remisión, siguiendo la observación de Job (XIV, 2): *el hombre no permanece nunca en el mismo estado*. El cuerpo no es solamente una ilustración, una exposición

en lo concreto de la gloria de Dios (1); es, asimismo, un instrumento analítico y lógico. Cuando abrimos los brazos, es todo un aparato de comparaciones y medidas lo que ponemos en marcha. Está vertebrado como un silogismo. Es un sistema de ejes, de extensiones, de direcciones, de compresiones, de poleas y palancas a nuestra disposición. Su desarrollo es una explicación, una maravilla de gracia y verdad, un comentario en movimiento que llega hasta el detalle más delicado, hasta la mano, ese quíntuple arpegio, esas garras agudas y transparentes rematadas por dos gotas luminosas, y de las que un Meislan Fan se sirve para hilar, para tejer el rayo de luz inteligible. Cómo no ver en las preparaciones y empujones de nuestra voluntad y energía una analogía con los profundos entrelazamientos de nuestras cuerdas musculares: de este Sansón tenso que, desde los riñones y los hombros, arranca a la tierra la puerta tapiada de Gaza con la poderosa máquina de nuestra arquitectura que ha hecho exclamar al profeta: *Un arco ha encontrado su sostén en el fuerte* (Gén., XLIX, 24), y a Zacarías (IX, 13): *Estoy tenso como un arco hacia Judá*. He aquí, pues, con este documento entre las manos, qué es el individuo vivo (o cualquier objeto de conocimiento), la forma y la materia. ¿Cuál de ambos elementos tiene la prioridad? Evidentemente, el primero, pues la materia pura, extraña a toda cualidad, especificación y definición, no es distinta de nada. Escapa a nuestra comprensión. Para existir es preciso ser alguna cosa. Se podía decir, asimismo, que la materia no está hecha más que de formas superpuestas en el sentido de una individuación cada vez más rigurosa. Nada existe aislado, sino que acontece para satisfacer un todo. Aquello no puede subsistir por sí mismo más tiempo que un caballo puede permanecer en equilibrio sobre un solo pie. Pero el conjunto no existe sino por una correspondencia con el interior de una figura; dicho de otro mo-

(1) *Confessionem et decorem induisti* (Sal. CIII, 1).

do, por una forma. Y la forma, para destacarse de la confusión, no puede existir más que por una definición, es decir, por un fin: por la exclusión de todo lo extraño a su perfil o plan, por una limitación en torno a sus posibilidades. Ese elemento estable y resistente es la correspondencia. Se puede continuar indefinidamente el sostenido de un *la* o un *mi*, pero la armonía entre estas dos notas continúa siendo la misma. Se puede prolongar indefinidamente el radio de un círculo o los lados de un triángulo; pero la fórmula geométrica de ambas figuras, el cálculo interior del que son expresión, permanece idéntico. Hay, a la vez, en lo interior, relación y número; en lo exterior, unidad irrompible.

Se parta de la realidad física o de la realidad espiritual, se llega siempre a la constatación fundamental que es el movimiento (*Nunquam in eodem statu permanet*). Pero el movimiento mismo está sujeto a una relación, o fórmula interior, o forma, y esta forma misma es la expresión viva y palpitante, encerrada en cierto ritmo o cifra, o número cíclico, de ese deber misterioso de semejanza que el Ser por excelencia le ha comunicado. Todo movimiento es un lenguaje. Sólo Dios es acto constante. Pero todo lo que existe o vive concretamente, es el resultado de cierta alternancia del ser con la nada, o, si se quiere, de lo lleno con lo vacío (1). Por consiguiente, el alma, aun separada de la carne y de la vestidura de sentidos que la adapta a un medio dado, conserva en sí la virtud vibratoria, la elocución de la lengua que le permite proferir el nombre que Dios le pida: el tema que está encargada de abastar, es el resorte y medio de su conocimiento y reconocimiento.

Pero si queremos mirar las cosas más de cerca, comprender cada ser particular en su raíz, y no solamente constatarle, lo que siguiendo su modo propio la ha suscitado, nos hace falta alcanzar bajo el ser, la razón de ser.

(1) *Vox Domini intercidentis flammam ignis* (Sal. XXVIII, 7).

Todos los seres creados existen para testimoniar a su autor, para producir, existiendo, un medio real de darle a conocer, para traducirle al dominio de lo concreto. Es, puede suponerse respetuosamente, lo que el lenguaje evangélico entiende con la expresión *glorificar*. *Todas Mis cosas*, nos dice el Verbo encarnado, son *tuyas, como las tuyas son mías; y en ellas he sido glorificado* (Juan, XVII, 10). Luego sabemos que todas las cosas del cielo y de la tierra pertenecen al Hijo de Dios, y, por consiguiente, no tienen otra razón de ser que manifestarle, sea simbólicamente por su forma, sea parabólicamente por su operación. La diferencia entre los seres inertes y los vivos, entre éstos y los inteligentes, está en que los últimos son capaces de expresar lo que son cada vez mejor, atendidos a los límites de una libertad y actividad cada vez mayores. El hombre, en la cima de la jerarquía de los seres, conoce la misión que le ha sido encargado dar a conocer. No es ya el esclavo de la ley, sino el operario de su propio acuerdo. Todas las cosas han sido puestas a su alcance y sirve sirviéndose de ellas. Representante de Dios, del mismo modo que revela Dios a las cosas al actuar entre ellas, traduce las cosas a Dios por la palabra, se las presenta, se las restituye en dádivas, las hace pasar del dominio de lo visible al de la inteligencia, del imperio del oído al del entendimiento, del de lo pasajero al de lo eterno. El testimonio de su capacidad para la consideración de lo eterno —esa aptitud para la causa, quiero decir— es una de las condiciones esenciales de su existencia. Es quizá lo que nos quiere sugerir Ezequiel cuando, al hablar de las criaturas espirituales, colocadas más cerca de la Divinidad, nos las representa como *consteladas de ojos*, como una ensambladura de ojos y ruedas: como queriendo decir que en su morada interior la mirada es la condición inmediata de su operación, la chispa que inflama el alimento de este motor cíclico. Pero en este mundo, en tanto estamos implicados en la prisión de la carne, descompuestos por la tara del pecado original, como nuestro conocimiento está velado, nuestra operación es incierta.

La iluminación en nuestro interior es más difícil que la deducción, y la *adivinación*, el acierto, más que la proposición y la experiencia. El resultado, bajo la dirección de los ángeles, que no dejan de introducirnos y conducirnos, no se obtiene más que tras largos andares confusos. Mas en la otra vida, cuando nos sea dado zambullirnos en el texto a libro abierto, le traduciremos, le *glorificaremos* según toda su virtud y energía en el idioma apropiado. Conoceremos por el acto mismo que nos sirve para existir, es decir, nunca más por una interpretación de signos (1), sino frente a frente por una cierta rendija, adaptación, aspiración y respiración de todo nuestro ser, transmitiendo un mensaje, un indicio, en torno nuestro como una estrella indicadora. No habrá envolturas que nos oculten. Todo advendrá claro en nosotros, armonioso y legible. Y del mismo modo, hemos visto que es plena, directamente, como conoceremos los otros espíritus, gracias a esta interrupción del ser, del que la vibración física es la imagen, sobre la que toda sensación incorporada viene a inscribirse. Es poco decir que seremos incorporados al Cristo innumerable de todos nuestros hermanos, como la palabra (con acento y coma) lo está en la frase; habremos encontrado el medio, distinto, en mirando a Dios, de hacerles comprender que en cierta manera no existimos sino para ellos, y ellos no existen sino por nosotros. No hay un matiz introducido en su composición esencial y espiritual que no reaccione instantáneamente sobre el nuestro. Nuestra diferencia fundamental propagará dichosamente en torno nuestro una invitación a la unidad. Se hará juntamente, alrededor de Dios, alguna cosa que no sabe concluir. Se producirá el efecto de la causa. Por todas partes será la causa la que se entenderá directamente con la causa.

Así comprendemos que el alma no es, como graznan tantos

(1) Esto es lo que significa el texto: *No te iluminará el brillo de la luna: el Señor mismo estará en ti en llama perpetua* (Isaí., LX, 19). Y el Salmo de Vísperas CIX, 3: *Contigo está el principio en el día de tu virtud, entre los esplendores de los Santos.*

papagayos mañana y tarde sobre su alcándara universitaria, una especie de flúido fabricado no se sabe cómo, que suministra al cuerpo a la manera de un gasógeno. Todo ocurre al contrario, como si hubiese en él un principio motor y rector que gobierne la materia organizada; y si alguien hay en nosotros que es maestro y sabe lo que ha de hacer con todo, es ella. No es nuestro cuerpo el que nos hace. Somos nosotros, a cada instante, quienes hacemos nuestro cuerpo y quienes le colocamos en esa actitud adaptada a tal o cual situación que se llama sensación o percepción. No es el movimiento el que nos lleva en un flujo irresistible. Está a nuestra disposición, en nosotros, el explotarle: está en nosotros, que somos capaces de hacer resistencia y detenerle; y ejerciendo en derredor nuestro una libre y dilatada elección, somos capaces de imponer a nuestras percepciones el cuadro firme de una concepción, de una figura y de una voluntad. Cuando llega la muerte, no abandona el cuerpo al alma, puesto que ningún derecho tiene sobre ella y sólo a ella debe el ser una composición en lugar de una yuxtaposición: es el alma quien deja al cuerpo. Hele aquí inmóvil y frío y a cada una de sus células dando oídos al consejo de la disgregación que por todas partes se ejerce sobre él. El alma está en otra parte.

Aprovechemos, pues, las horas santas entre Jueves y Viernes, cuando el clero, en procesión, después de haber retirado el cuerpo de Cristo del tabernáculo, se ha ido a enterrarle a otro lugar, para considerar nuestro propio despojo y juzgar el papel que hace —tal como ante documentos que el lenguaje de los tribunales denomina *piezas de convicción*—, aplastado y yacente sobre el mármol sepulcral. He ahí, al cabo de la cuenta prescrita de años, la forma que nos habíamos hecho, la materia que nos hemos modelado y organizado en la noche, ese artificio para atrapar el alma que el padre, en el momento concepcional ha ido a pedir a los recursos profundos e inmemoriales de la madre. He ahí Pedro. He ahí María. He ahí, bajo nuestros ojos, la estatua

realizada y el término definitivo. El corazón se ha parado, y he ahí, finalmente, con nosotros, lo que se ha obtenido. He aquí, pues, arrancada de nuestros hombros, en tierra, nuestra cruz. He aquí, desligado, ante nosotros, lo que tengamos que vestir el día de la resurrección, abrumador o etéreo, apagado o radiante; la armadura, el pacto íntimo que el alma había concertado con el cuerpo, el aparejo para fabricar la persona, en el que hemos ido toda la vida sufriendo condicionalidades, aprovechando ranuras; la herencia de nuestros padres y el argumento de la Providencia, una sabia implicación de invitaciones y rechazos. Henos aquí, afortunadamente, descargados de la esclavitud dudosa y solapada, de la asociada exigente, obstinada y deshonestas, siniestramente paciente o ridículamente alarmada. Pero, por su parte, si puede hablar, Corpus tendrá que decir algunas cosas. Le hemos hecho ver, como se dice groseramente, las duras y no las maduras, y tal agitación intestinal, si habíamos sabido interpretarla rectamente, no era otra cosa que el reproche delicado de una reserva incomprendida y de un cambio descuidado. Extraños, después de eso, de estas escenas de cuerpo adentro que de vez en cuando nos han dejado un recuerdo tan penoso, de la furia desencadenada y del berbiquí que por el lado bueno nos aplica un especialista infatigable con un arte que llega al virtuosismo cuando nuestra vigilancia ha desmayado en la súbita conflagración de todos estos peligros acumulados. Como un reloj exterior del que no vemos más que la esfera y ese par de bigotes que cortan en movimiento incesante la cara de su ángulo convencional, así, cuando nos miramos en el espejo o cuando oponemos a la exhalación concreta del pensamiento este otro espejo de la cuartilla, no nos damos cuenta del trabajo infinitamente múltiple y complicado que, entre tanto, se ha realizado alrededor de la bomba central, en el armario tenso de ruedas, matraces, de hilos, serpentines y útiles de nuestro interior engranado a tal acto o *paso* de nuestra inteligencia y nuestra voluntad, a tal progreso en nuestra línea.

Mientras por un camino, aventurado en gran parte, llego a la conclusión de mi silogismo, cada una de mis determinaciones, cada bocado que arranco a la realidad para entregarla a la digestión espiritual, es apreciado, transcrito, registrado, almacenado, incorporado a mi tercer piso por esta balanza pulmonar y alimenticia. Hay en mí, sincrónico con el deseo y el pensamiento, semejante al de la conciencia, todo un laboratorio, en el que la actividad analítica y selectiva no se detiene con funcionamiento de fábrica, la marcha conjunta de todo un sistema de válvulas, filtros, compresores, pilas, contadores y llaves de paso, ya acelerado por el curso rápido, ya retrasado por la lenta impregnación. Y del mismo modo que ante los ojos del chofer vienen a sumarse a la banda del totalizador los recorridos cotidianos, ¿cómo nosotros no podemos aperebirnos de que nuestro campo, así como es el órgano de nuestro caminar, también es el testigo de nuestra duración, y que, como aquél, tiene todo puesto en caja y registrado? Libramos al juez perspicaz un documento que puede leer renglón por renglón. No existe ni un acontecimiento, ni un acto de nuestra vida, del que no se haya tomado en alguna parte nota con acotación y referencia. Este *Liber scriptus* es como un expediente que saldrá de la fosa con nosotros. Así se explica la eficacia bienhechora de las reliquias, de los huesos de los santos, que, como un vaso impregnado de esencia penetrante, no dejan de exhalar el amor que ha presidido su edificación, la unción que por la cabeza ha penetrado hasta el tuétano, esa virtud comunicativa que en la vida y en la muerte es el privilegio de los obedientes. *Los huesos de José*, nos dice el Eclesiastés, *han sido visitados, y después de la muerte están profetizados*. Es así por lo que la piedra (1) fundamental en nosotros reabsorbe la carne (*absorpti sunt juncti petrae*, Sal. CXL, 6); pero por lejos que puedan ir nuestros despojos durante el novicia-

(1) *Pedro (piedra), ¿me amas?* (Juan, XXI, 15).

do con el polvo, no escapan a la cuenta que su Creador sigue teniendo con ellos: alimentan una promesa de resurrección siguiendo las palabras del Salmo XV, 9, y Hechos de los Apóstoles, II, 26: *Mi carne reposará en la esperanza*. Es por la puerta, por la rendija abierta entre la carne y el alma, por la que Cristo ha querido pasar el primero; pero en el fondo de su tumba bendita, bajo el epitafio roto que ha dejado escapar el nombre destruído, el futuro conciudadano de los astros sabe que no ha sido abandonado. *En efecto, sé*, dice con el Apóstol, II, Tim., I, 12, *a Quién estoy confiado y que es poderoso para conservar mi depósito hasta Aquel día*. ¿Por qué inquietarnos, pues? ¿No hemos aprendido de su boca que *en las cosas que son de Mi padre conviene que Yo esté?* (Luc., II, 49.)

Moraremos, pues, apaciblemente en nuestra tumba, en tanto que Nuestro Señor Jesucristo, como el día que agachándose a lavar los pies a Sus discípulos se quitaba el manto de los hombros, rinda visita a lo que tiene de más hermético la creación y desate el nudo, la cerradura de la que Leviatán forma la armella (1), y se aproveche de las vestiduras depositadas. En seguida se va a mostrar encarnado al mundo de la carne. Hoy es en espíritu como se va a mostrar a los espíritus: sea a los demonios, quienes de su negativa de Dios se han hecho una mansión apropiada, sea a esos pueblos sin nombre ni generación antes de ellos, generación de desencarnados que alrededor de Adán y Eva —aquella raíz tomada a préstamo al Edén al que les liga la vegetación pululante del Pecado original— esperan, tras miles de años, el rayo de la libertad o la confirmación del castigo eterno. *Descendit ad inferos. Descendió a los infernos*, a los habitantes de lo Bajo. ¿Qué querrá decir eso? ¿Qué linaje de ideas puede emanar de esas palabras para nosotros?

(1) *Ese día, Dios visitará con su espada implacable, grande y fuerte a Leviatán, la serpiente que es gozne, la serpiente tortuosa* (Isaí., XXVII, 1).

Ensayemos, ante todo, aclarar nuestro vocabulario. Todo movimiento se traduce en un cambio de posición. La posición a su vez se define por la relación de un punto con otro o con otros muchos puntos exteriores. Estas relaciones se evalúan en distancias, es decir, en cierta apreciación del tiempo que es necesario para recorrerlas. Todas las posiciones juntas forman el propósito de nuestros sentidos, una composición, es decir, una figura en la que la raíz o virtud íntima es la acción, la comprensión, el deseo y la voluntad unificadoras respecto a la realización de un fin común que las diferentes partes de un todo ejercen unas con respecto a otras. La acción, por razón de nuestra constitución humana, es más fácil para nosotros de realizar en el mundo de las condensaciones materiales que en el de las sustancias espirituales; pero hemos aprendido, después de mucho tiempo, que una es traducción, a la vez fiel e ingeniosa, de otra, una colocación inteligente. No debemos, por tanto, tener ningún escrúpulo en servirnos de las reservas del lenguaje que nos suministra el ambiente material. En él opera una metáfora legítima. De una parte y de otra, se trata de las mismas fuerzas en la obra, las mismas ideas para expresarla, la misma obediencia a testimoniar. De una columna a otra del texto hay incesantes referencias que se aclaran una con otra.

Cuando, por tanto, la Escritura nos habla de *alto* y *bajo*, de bajada y subida; cuando San Pablo grita (Efes., IV, 9): *El que descendió es el mismo que ascendió*, nos invita a mirar, no tanto un hecho concreto como un *sentido*. La altura, para nosotros, representa la abstracción y el esfuerzo; la bajeza significa el recogimiento y el peso. Una opera por el camino de la violencia y la llamada; otra, por vía de persistencia y consejo. Al lado de una está nuestra dirección y fin; del otro lado está, para nosotros, el punto de partida y el principio. Del lado de una está el apetito, la lengua interior que aspira, siguiendo la invitación del Espíritu: *Quae sursum sunt sapite* (Colos., III, 2). Del lado de la otra

está la conciencia y la humildad, es decir, el sentimiento de la tierra de que estamos hechos. Dios está lo mismo aquí que allí, siguiendo las palabras del Deuteronomio (IV, 39): *El Señor es Dios en el alto cielo y en la baja tierra*, y las del Salmo CXXXVIII, 8: *Si subo al cielo, estás Tú; si bajo al infierno, también*. Pero está sobre nosotros por vía de amor, y debajo por vía de imitación, de crédito y paternidad. Entre esos dos polos, nuestra vida cristiana es un vaivén perpetuo. ¿Por qué, pues, en el lenguaje corriente es idéntico el bien a lo alto y el mal a lo bajo?

Se trata, simplemente, de una inversión en la percepción que obtenemos del *sentido*. En lugar de ir al Padre por el movimiento rectilíneo que Santo Tomás después de San Dionisio nos ha definido, o bien oblicuamos o nos entretenemos en dar vueltas a nuestro principio, nos miramos, tenemos la curiosidad del punto de partida, el deseo de tomar posesión, de sacar partido en provecho propio: tal es en nosotros la raíz del orgullo, de la concupiscencia y de la avaricia. Con fruición incestuosa nos apoyamos sobre el solo punto (1) que es nuestra propiedad esencial, es decir, sobre la nada. En otras palabras: en lugar de ir en derechura, nos ponemos a dar vueltas (2), lo que se llama *tomar mal giro*. Nos ponemos a gravitar en una órbita infrangible alrededor del punto ideal e inexistente, y en este estudio funesto arrastramos cuanto nos pertenece y tiene con nosotros una relación de peso. Creamos una figura de revolución. En lugar de ser un centro de efusión, devenimos núcleo de opacidad y masa. Y eso es, sin duda, lo que puede ser llamado *el Infierno*.

(1) *Ad punctum in modico dereliqui te* (Isaí., LIV, 7).

In puncto ad inferna descendunt (Job, XXI, 13).

(2) *Miser factus sum et curvatus sum usque in finem* (Sal. XXXVII, 7).

Conversi sunt in arcum pravum (Sal. LXXVII, 57).

Et curvaverunt animam meam (Sal. LVI, 7).

Acordarse de todos los tuerfos del Evangelio que Nuestro Señor ha enderezado.

El Infierno es lo que está bajo, no *per accidens*, sino *per se*, lo que es de una bajeza esencial que excluye toda capacidad de ascensión y la imagen, la realidad física, no hace sino comendiar bajo nuestros pies. Así como el movimiento crea el espacio, así el estudio del alma fascinada alrededor del punto nulo de ella, al que está encadenada, crea el campo de su cautividad y el círculo sin fin donde está prisionera. Eso es lo que el profeta llama *alma del Infierno* (1). *Los lazos del Infierno*, dice el Libro de los Reyes (II Rey., XXI, 6) *se han enlazado alrededor mío*. Esto no es solamente el endoso de un hecho, es un pacto de voluntad. *Hemos hecho un pacto con el Infierno* (Isaí., XXVIII, 15). Ahí no hay libertad; no existe más que la Ley, una justeza, una justicia a la vez penal y matemática. La llamada de lo alto está sustituida por una constrictión inflexible, la imposibilidad de escapar a la mirada, y de asentir, a la vez. Los antiguos han creído unánimemente acordes con todos los tenidos por videntes, intuitivos y poetas, que la mansión de las almas en pena estaba en el interior de la tierra (2). Es cierto que no se ve fácilmente el género de presa que la materia bruta condensada en el globo puede ejercer sobre el alma, que es un principio espiritual. Todo lo que puede decirse es que las fuerzas físicas que aprietan y mantienen en una estricta y ciega cohesión los materiales de la bola planetaria, tienen una cierta unidad, una cierta homogeneidad con la atracción del vacío, con esta succión interior que de los demonios y las almas réprobas hace un solo todo compacto (3). En todo lo que es resistencia, todo lo que se coaliga para resistir a una voluntad exterior, en un esfuerzo

(1) *Dilatavit Infernus animam suam* (Isaí., V, 14).

(2) Eccli. XVIII, 19: *Et convertet in interiores partes terrae. Conglutinatus est in terra venter noster* (Sal. XLIII, 25). Es del inverso de Sión del que se ha dicho: *Cercad Sión y oprimidla* (Sal. XLVII, 13). La serpiente se nos ha representado mordiendo el polvo, como si se alimentase de él.

(3) Job., XLI, 6: *Corpus illius (Leviathan) compactum squamis se prementibus*.

contra Dios, busca apoyo el alma tensa. Como el sabio que tiene entre las manos la figura que ha construido, el aparejo que ha llenado enteramente con su inteligencia, así el alma quiere aprobar, habitar, integrarse con el cristal primordial, y hacer la semilla y el soporte de su propia condensación. Encuentra como una seducción geométrica que sirve para *precipitarla*. Y hay más arriba un pasaje del Evangelio (Mat., VIII) que da mucho que pensar. Quiero hablar del episodio de los gerasenos. Expulsados por Jesucristo los demonios que *poseían* a un pobre hombre, suplicó que se le diera otro excipiente físico, y el Salvador le remitió a una piara de cerdos en los que parecían encontrar toda facilidad para introducirse. Parecía que entre el espíritu y la materia hay, fuera de la conjunción hipostática, una cierta facilidad, y quizá un deseo de aglutinación, a la que responde de parte de ésta yo no sé qué porosidad. El Salmo CIII, 2, nos dice que los espíritus bienaventurados *están envueltos en luz como en un vestido*. Quizá los espíritus malos tienen también alrededor de ellos deseo de una envoltura de opacidad, de una armadura hostil a la luz: *Abyssus*, nos dice el Salmo CIII, 6, *sicut vestimentum amictus ejus*. Y el Génesis nos enseña que desde que se cometió el mal hay tendencia a esconderse, a hurtarse a la mirada.

Si era así, podemos pensar que es una especie de pacto perpetuo entre el pecado y la pena, y que en el seno de la justicia se mantiene el alma suspendida exactamente, siguiendo su peso específico, como un ludión en un frasco. En virtud de una especie de necesidad intrínseca, ella desposa blasfemando la justicia de Dios y está directamente bajo su prensa, sometida directamente a esta necesidad. *Tus grandes olas y ondas han pasado sobre mí* (Sal. XLI, 8). Y Job, II: *Así, pues, tú pensabas que no verías las tinieblas* (quiere decir que la ausencia de Dios ha devenido para él materia de apreciación positiva) y *que por fuerza de las aguas inundadoras no te encontrarías oprimido* (estando en ade-

lante abolido el muro). Tal es el peso de que nos habla la Epístola de los Hebreos, XI, 1: *Pondus et circumstantans nos peccatum*. Tal es la operación de esta prensa (*torcular*) que es tan frecuente cuestión en los libros santos: la muela que muele, la atadura social, la avidez de nombre, la unanimidad sin amor de que las grandes ciudades modernas nos dan una imagen, la atmósfera de sangre vertida, en la que vienen a atascarse hasta el pecho los caballos del Apocalipsis, la expulsión de la medida interior de gracia que nos había entregado Dios para proveer al mantenimiento de nuestra semejanza.

¡Porque del fondo del condenado la acción compresora de la Justicia ha hecho brotar la llama! *Produciré en medio de ti el fuego*, dice Ezequiel, XXVIII, 18, *que te devorará*. E Isaías, IX, 19: *En la cólera de Dios todo este pueblo será como alimento del fuego. Tofet ha sido preparada después de ayer, preparada por el rey, y profundizada y dilatada. Alimentos para ella, el fuego y mucha madera* (las *cortas* que procura todos los días la distribución de la selva humana): *el aliento del Señor, como un torrente de azufre que la abrasa* (Isaí., XXX, 33). ¡Espantosa revelación la del Espíritu Santo soplando así sobre el fuego infernal para mirializar su potencia abrasadora! El soplo tomado nuevamente por el sacerdote el día de nuestro bautismo, el que el Creador ha insuflado por las narices de Adán, el hogar interior alumbrado en el que ha sido modelada nuestra forma plástica! ¡Hele aquí ahora en disputa con el cadáver invencible, con el ídolo irreductible que nuestra voluntad ha construído y esculpido con irrisoria semejanza de Dios! En lugar de la liquefacción, de la glorificación en el amor, he aquí la calcinación, la acusación implacable y detallada de la Justicia (1). Isaías, en capítulos terribles (XXXIV y XXIV), nos habla de la tierra que ha hecho maldita el pecado: *Sus ríos serán convertidos en pez viscosa* (el

(1) *Y el fuego mostrará cuál sea la obra de cada uno* (I Corint., III, 13).

apego del alma a sí misma), y *la tierra de su jardín en azufre asfixiante. No habrá extinción ni de día ni de noche: por siempre se alzarán su humo: será desolada de generación en generación* (¿Cuál puede ser, en efecto, este fruto de error que las generaciones se transmiten unas a otras? San Pablo nos dice que no hay alianza entre los malvados, estando fundada toda alianza sobre el deseo de un bien común): *nadie pasará por ella* (pues el mal no conduce a ninguna parte). *Por disipación, la tierra será disipada, entregada a la mano que arrasa y pillá. La tierra llora, se derrama, se derrite; toda alteza es atacada como por un mal* (1). *Porque ha sido profanada por el hecho de sus habitantes: puesto que han transgredido las leyes, conculcado el derecho, disipado el pacto sempiterno. Y es por esto por lo que la maldición devorará la tierra, y sus habitantes se volverán locos. La vendimia llora, languidece la viña, todo lo que era causa de alegría ha venido entre nosotros a ser fuente de lamentos. ¡Se ha trastornado de confusión la ciudad! Están cerradas las casas y nadie puede entrar. Ese día el Señor pasará su visita: por encima de la milicia del cielo, en las alturas; por encima de los poderosos de la tierra y de cuantos están sobre ella. Y los reunirá en un lugar en el solo grupo de una gavilla, y serán encerrados en un calabozo, y después de muchos días serán visitados. Una medida, la perpendicular que lleva a la destrucción, será extendida sobre ella a fin de que sea reducida a Nada. Todos los demonios encontrarán allí abrigo; allí, en medio de una vegetación inmunda, los onocentauros tendrán sus reuniones; los monstruos velludos entrecruzarán sus llamamientos de un rincón a otro. Allí es donde la peste está agazapada, donde ha hecho su pocilga. E Isaías nos advierte, para que estas imágenes dislacerantes proporcionen una concepción ase-*

(1) Es inútil que el precito, eterno tántalo, intente alcanzarla, y desde allí encontrar el sabor de la buena tierra antigua: *Inimici ejus terram lingent* (Sal. LXXI, 9).

quible: *Buscad con diligencia en el Libro del Señor y leed lo que está escrito. No falta ningún punto: de unos a otros, el vínculo no es difícil de hallar. Porque es la boca de Dios la que ha ordenado todo, su espíritu el que ha juntado todo eso. Es El quien ha echado la suerte de ellos; su mano la que ha trazado todo: hasta en la eternidad poseerán esa tierra, la habitarán de generación en generación.*

Tal es esta muerte; tal este interior de la Muerte, a la que el Hijo del Hombre ha venido a visitar. Tal es esta raíz bajo la tierra a la que Le convenía manifestarse; la invitación en la Cruz, a la que ha juzgado acceder primero en justicia; el camino hasta el final donde El se ha entrado voluntariamente por la puerta abierta del sepulcro. El Señor había de darse a conocer desde luego abajo, en ese Satanás individual y colectivo: El, el primero entre los vivos, a quien Job (XVIII, 13) llama *el primogénito entre los muertos*: había de abrir la puerta para enseñar la llave contra la que no prevalece cerradura. Lucifer no estaba oculto tan lejos que Dios no fuese capaz de volverle a encontrar. ¡Heles aquí nuevamente frente a frente! ¡Ah, se ha tomado demasiado trabajo! ¡Al fin ha llegado el momento de que manifieste plenamente cuál es el punto de esta oculta colaboración! ¡Para que vea y comprenda y le sienta en la boca se le ha puesto descubiertamente ante la cara! ¡Hele aquí realizado, hecho el escándalo que antaño arrastró en el cielo la protesta del primero de los protestantes! Dios hombre está allí, y es él, Satanás, él mismo, quien ha ligado su signo para la eternidad como principal colaborador de esta explosión de la misericordia divina, él a quien al fin ha reducido la sabiduría divina al papel de asociado inconsciente. Por profundo que esté el diablo, hay todavía un cierto grano de sal todavía más profundo que él (1); y *el topacio de Etiopía*, oro mezclado con humo,

(1) *El pacto de la sal es eterno ante Dios* (Núm., XVIII, 19).

no tendrá comparación allí. Pues la Sabiduría está oculta a los ojos de los vivientes. La Perdición y la Muerte han dicho: con nuestras orejas hemos oído hablar. Es como la confesión de su pasmus. Se ha domado al dragón, se le ha puesto un bocado entre las quijadas espumajeadas para conducirlo: ¡Yo seré tu bocado, Infierno, ha escrito el profeta Oseas: tasca cuanto quieras este pedazo de hierro! Y los ángeles que rodean el cielo entonan el cántico de triunfo (Job, XVIII): ¿La luz del impío, es que no se extingue? ¿La llama que sale de su fuego, es la que posee magnificencia? La luz se hará tinieblas en su tabernáculo; la lámpara que lleva dentro se apagará. Los saltos de su fuerza serán reducidos; su propio consejo le despeñará. Ha metido sus pies en las redes y atado todos sus hilos, y en ella camina. La planta de sus pies será presa en lazos, y se exasperará contra él la sed. Una trampa ha sido escondida en la tierra, un lazo a lo largo del sendero. Que el hambre extenúe su fuerza, que la inacción invada los músculos de sus costillas. ¡Esta primogenitura de la muerte le devore la piel y le consuma los dos brazos! ¡Que sea arrancada la confianza del fondo de su tabernáculo y que la planta del Señor le marque la frente! ¡Que todos sus asociados habiten allí y el azufre arrase la casa del que no existe! ¡Que se sequen sus raíces por abajo, que por arriba sea consumida su cosecha! La luz se le ocultará durante la noche y será llevado fuera del orden eterno. ¡He aquí, para él, el lugar que Dios ignora!

Jesús ha bajado hasta los fundamentos de la Creación, no sólo para confirmarlos, sino para confirmar el Infierno y darle su pleno sentido, para transformar la negación implícita de Satanás en una negativa precisa, para perfeccionar, llevando allí sus ojos, la fisonomía de esa ausencia. Ha venido a traer la liberación a esos pueblos caídos que la esperan metidos en la *sombra de la muerte*. Comprendamos bien el sentido de esta expresión. Existe la *muerte*, la *segunda muerte* de la que habla el Apocalipsis,

que es el infierno propiamente dicho, y la *sombra de la muerte*, es decir, no la muerte, sino la sombra que proyecta, el efecto físico que proyecta su vecindad, la interceptación de la luz, la impotencia para el movimiento, que en nosotros resulta de una obliteración de la dirección, el recogimiento de nuestro peso en la conciencia. Leemos en el Libro de los Hechos de los Apóstoles (V, 15) que la sombra de Pedro bastaba para llevar la curación y la vida, así como la sombra de Satanás, el área sin rayo de luz que determina su interposición (1), es suficiente para arraigar en derredor suyo la parálisis y el hielo. Entre el alma y su Creador está interpuesta, en Satanás, toda la espesura del mal cometido y heredado. La atmósfera y la noche mezcladas es lo que respiro. Allí es donde nuestra carne pecadora, recibida de Eva, es admitida a gustar toda la amargura de estas palabras del Cántico (II, 3): *Estoy sentado a la sombra de lo que había deseado*. Ahora han sido capaces de responder a la interrogación de Job (XXXVIII, 19): *Indícanos, si sabes, cuál es el lugar de las tinieblas*. Las sombras, nos dice el patriarca, *protegen la sombra del cautivo*, se amalgaman con su misma opacidad. Estas son las tinieblas de Egipto de las que el Libro de la Sabiduría nos hace una descripción que los profesores de Sagrada Escritura están concordes en encontrar "gráfica" (Sab., XVII), la habitación de todos los que *ha juntado una misma cadena*. Esta cadena es la cadena del pecado original, que se reparte y prolifera por todas partes a manera de una causa, religa las generaciones unas a otras; esa cadena es *nuestro centro íntimo*, adherida a nuestro ombligo, de la que el profeta Isaías nos invita a des-
embarazarnos. Pero nuestras propias fuerzas no son suficientes. Es preciso la mano de Quien se ha dicho que: *escucha los gemidos de los prisioneros, y que librará de sus ligaduras a los hijos de los exterminados*. Si hay entre mis lectores, infortunados

(1) *Pon como una noche tu sombra en pleno mediodía* (Isaí., XVI, 3).

que, aun se han visto vivos en infierno, es decir, que sin perder nada de su fe han hecho mal, sabiendo plenamente lo que hacen, y que durante años, con inteligencia y corazón intactos y llenos de Cristo, han tenido tiempo para contemplar sus miembros agarrotados, y ver ante sus ojos lo que les era imposible cumplir, entregados indefensos durante este tiempo a la obra de Satanás, comprenderán el enorme sabor que para ellos tiene la promesa del salmista: *Yo bajaré, dice el Prometido de Sulamita (Cant., VI, 10) al jardín de las nueces para ver los frutos. ¿Hay, en efecto, algo más herméticamente cerrado y comprimido que una nuez? Es ella misma, desde dentro, la que se liga con todas sus fuerzas a la cáscara. Es preciso romperla para abrirla, para sacar de su ataúd de madera la momia comestible. Así se adhiere el corazón avaro a su propia prisión que no dilata ningún deseo y que el rocío del cielo es impotente para humedecer. Así, con estos ojos, o, más bien, con estas bolas petrificadas, por ceguera congénita o adquirida, es como el ciego rueda bajo sus órbitas al azar, entregado en adelante a la pobre constatación animal de su olfato y sus manos, atendiendo la voz que murmura el todopoderoso Ephpheta. La mirada de Dios no se detiene en la dura pepita, en esta resistencia esférica y perfecta en la que la punta más acerada buscará en vano el defecto y la visagra. Quitaré el corazón de piedra de su pecho, dice Ezequiel, XI, 19, y le daré un corazón sensible. Vivificaré el corazón de los humillados (Isaí., LVII, 15). En lo más profundo del Esqueol, el padre no olvida a su niño. Con industria, el pescador va a sacar la oveja caída por la boca de la cisterna. Bajaré llorando, dice el patriarca del Génesis (XXXVII, 35) por mi hijo que está en el infierno. En lugar de esta nuez compacta que es preciso adivinar tras su amarga drupa, de esas cabezas duras como piedras, que es preciso abrir a martillazos; he aquí todos los frutos del vergel en la profusión de la cesta, todas las variedades de delicias, todo lo nacido para deshacerse en nuestra boca: la pera y la man-*

zana, que realizan todas las promesas de la carne; el melocotón, el albaricoque, la profunda ciruela, el redrojo agrillo de la grosella; las uvas azules y blancas y el peso de su paquete translúcido en la mano; el higo como miel concentrada; el limón para calmarnos la sed que tan alegremente ataca nuestras papilas; la granada, honor del frutero, en la que el tesoro escarlata estalla para nosotros, bajo su jubón de cuero, el zumo que mana deliciosamente entre los dientes... Y ya iba a olvidar el melón y el mango real, y la nieve pura del mangostán en su celda de púrpura, el mango... ¡Ah!, cómo podremos apartarnos nunca, no más que la avispa ferozmente arrebatada por la dulce herida de la ciruela claudia...

Una sola mirada de Cristo a nosotros tiene suficiente poder para hacernos perder el gesto de todo ello, y la manzana, apenas empezada, ha rodado a los pies de Adán.

Ha comprendido, en efecto, que allí no están más que los frutos insípidos e irrisorios en comparación con los que ha gustado antiguamente junto a la orilla del río Hevilath, que produce la esmeralda y el oro, delante del cual las aguas han dado espejo a la rama con su dulce pesadumbre, ningún árbol es capaz de dar frutos aquí abajo. Es el fruto que está mirando el *Padre que ve lo más oculto* (Mat., VI, 4) y que hermosea con una dulce e inagotable guirnalda las márgenes de ese río de cristal viviente y vivificante que Juan, después de los cuatro grandes profetas, ha visto brotar del trono de Dios y del Cordero (Apoc., XXII, 1). ¡He aquí próximo, he aquí, al fin, realizado tras largos rodeos en torno nuestro, la invasión de ese torrente de voluptuosidad! Ha brotado al golpe resonante de la vara de Moisés, *el tesoro de las aguas vivas* (Núm., XX, 6). ¡No es tan sólo un pobre hilillo el que gotea; es la misma compuerta del abismo la que ha saltado; es la profunda cavidad de la Nada la que ha de beber! ¡Y por todas partes se extiende el trueno y el salto de estas cataratas del infinito que le estallan! *He aquí que Descenderé sobre ella*, dice

Isaías, LXVI, 12, *como un río de paz*. No es el río inmenso de que nos habla el Eclesiastés, XXIV, 41, uno de los ríos como el Mekong o el Nilo, que alimentan por los costados la red de irrigación. Es un mar irresistible que sube, que todo lo llena y lo sumerge. *Yo, la Sabiduría, derramé ese río* (Ecles., XXIV, 40). ¡Soy Yo quien entra; soy Yo quien vengo a reunirme con todos los estanques del Tártaro y quien los hinche de un golpe con este empuje cuyo origen está en la raíz de los astros! *¿Quién es el que sube como un río?* Jerem., XLVI, 7. *¡Agradara al cielo, Israel, que hubieses escuchado al Señor que te enseña cosas útiles! Tu paz habría sido hecha como un río, y tu justicia como los abismos de la mar* (Isaí., XLVIII, 17-18). *Cuanto más el pecado abunda, tanto más ha sobreabundado la gracia* (Rom., V, 20). Todo lo sumerge, lo reemplaza, lo levanta; todo lo limpia, lo arrastra todo.

Lector, de ti se trata. No soy el guía profesional encargado de pasearte entre viejos frescos casi borrados, donde medio cansado, medio burlón, el ojo se detiene un segundo en algún detalle "entretenido". Si tú no crees en el Infierno, no tienes más que dejarme ahí, y dar oídos a los guías que en torno tuyo se disputan tu clientela. No tienes más que dejar hacer, seguirles. Están todos ahí: la prostituta, el filósofo materialista, el literato, el demagogo, el traficante de drogas. Conocen el camino y no hay más que empujar esa puerta para pasar. No hay tampoco necesidad de recurrir al traspaso. Se admiten vivos. No tienes más que ofrecerte una "estacioncita" donde alguno te alabe lo pintoresco, la comodidad. Es cierto que no se dan billetes de ida y vuelta; pero una vez llegados, la mayor parte de nuestros clientes se encuentran tan bien, que se aplaza la cuestión de la marcha.

Era él, el Infierno, el antiguo, aquel del que el Hijo del Hombre ha abierto las puertas (Arturo Rimbaud).

Porque el infierno no está solamente fuera de nosotros; está en nosotros. No es mañana, mis buenos señores y queridos cama-

radas, cuando estaremos allí: es en seguida, tan pronto como se ha cometido el pecado mortal, desde que se ha perdido la gracia. ¡Ah!, yo qué bien reconozco todos los síntomas, las características del clima tal como están descritas por los profetas: el estupor, las tinieblas, el disgusto, la cadena, la opresión, el vacío, la punzada, la comezón, la pez que ata, el azufre que corroe, las corvas cortadas, y en la boca el tapón de vitriolo y de cal, y el acceso a nuestra intención de los pisos inferiores del ser, donde residen la rabia, el rencor, la gana de reír, el deseo de vomitar. ¡Dichoso el que en ese lugar repugnante ha comenzado por perder los ojos! ¿Pero qué decir del que vive despierto y clarividente?

¡Es a este pudridero, a esta despensa cadavérica, a este depósito judicial de cadáveres desconocidos, a esta reserva de la muerte, a este *jardín de las nueces*, a esta región que está a la *sombra de la muerte*, donde Jesucristo ha traído de golpe esta presencia, esta fuerza superior, esta dulzura conmovedora, esta severa y suave majestad, este invencible perdón, esta luz irresistible a la vez cruel y deseable! Ya por primera vez, hacía un momento, había sido violada la puerta del sepulcro, y al mandato de ese grito desgarrador y esa diestra formidable, se había visto a Lázaro salir medio devorado de la tumba. Pero ahora no es la muerte la que viene a comprobar a Dios y presentarle enfrente esta cosa terrible que El no ha hecho; es Dios mismo en la Persona de la Segunda Persona quien baja hasta la muerte y el pecado, aprovechando esa ranura y quien viene a interrogar a la Nada. Y a veces de un solo golpe se ilumina la noche como el relámpago que desborda la copa del firmamento. *In ictu oculi*, nos dice San Pablo, el aterrado de Damasco, *in sono tubae, canet enim tuba* ¡Es como la flecha inmensa que dispara el Sol cuando su ojo de llamas aparece en el horizonte del mar por encima de los innumerables surcos de la marejada y atraviesa toda la distancia de un extremo a otro del cielo! Pero sucede también que la

luz viene a nosotros, por una especie de lenta impregnación, de digestión de nuestra nebulosidad. Aún no se ve nada, pero los pájaros en la niebla se han puesto a cantar por todas partes. Y, de pronto, a nuestra derecha, la mancha que se derrama nos ofrece, tintineante de rocío, ese ramo más verde que el esmalte. ¡Ah!, esta vez no hay equivocación aquí. ¡Es él, el Sol, al que no habíamos oído hablar! ¡Continúa tu conquista, divino romero! ¡Todavía hay muchas marismas, muchas frondosidades que vencer hasta llegar al término de tu reposo, muchos ríos empecinados donde mana algo que tiene la consistencia del asfalto y la lava! ¡Antes que en el nudo central de nuestra personalidad, casi incorporado a la piedra, arraigado como un tocón de encina, con todas sus raíces a través de las capas geológicas, no vengas a poner la mano sobre el hombro del viejo Adán!

Cuando Jesús pasaba por la plaza pública de Cafarnaún, o cuando al volver de la sinagoga encontraba de nuevo aquel bazar clínico de ciegos, paralíticos, convulsionarios y leprosos, que las familias del país tenían cuidado de enviarle de todas partes y ponerle entre las piernas, ¡qué clamor, hasta el fondo, de los souks y de las cocinas, cuando todo aquello, un poco vacilante todavía, se ponía en marcha a su alrededor! Pero aquí no se trata de algunas docenas de hampones, una pizca descontada del inmenso hervidero de miseria de una ciudad oriental. Ahora es cuando todos los ojos se abren a la vez —¡miriadas de un solo golpe!— y un montón de generaciones superpuestas se sienten penetradas y vivificadas por El, como por el sol cuando irrumpen en la puerta de Oriente iluminando, de súbito, el hemisferio. ¡Qué acceso general de la Humanidad! ¡Y todo el contenido de las tinieblas evacuan su población! En la mirada de Dios se reconstruye la inmensa familia de la Humanidad, se vuelve a conocer y encontrar el mundo. Es como en la bandada de una colmena cuando el enjambre organizado se dispone a marchar. Cada abeja recién nacida sabe servirse de su ser para el cielo a que ha venido, y

los equivalentes en ella del ala, de la antena y del guía olfativo. Todo lo que ahora va a emprender el vuelo con tan gran tumulto se informa de lo que ha sucedido. ¡Ah!, no había medio de oponerse mucho tiempo a este cielo irresistible. Ha llegado el momento de que el primer bando humano desemboque en el cielo deshabitado y mezcle con el perfume de los ángeles lo que le quede de olor a humedad animal. Todo lo que estaba superpuesto en el tiempo, helo aquí yuxtapuesto en el espacio. Nos encontraremos allá arriba una porción ya reconocida, explorada y repartida, en la que mil señales, mil miradas familiares nos esperan; mas para todos estos escapados del Infierno en la mañana de Pascua, todo lugar alrededor de sí es para la eternidad, lo que cada ser recién llegado aprende a realizar. Dejadles en su tarea. Sigamos, con una mano por visera, uno tras otro, cada bandada, más lejos que las nebulosas, allá abajo, como planea, vira y obedece al palomero. Por Nosotros, quedaremos unidos a Jesucristo, trabados, cuanto más mejor, a ese grupo entremezclado de patriarcas y profetas que le anuncian y que ahora no saben separarse más de El.

Traducción de RAMÓN GARCIASOL.

CRISTOBAL COLON A LA LUZ DE UNA CARTA INEDITA A ISABEL LA CATOLICA

POR

ANDRES MARIA MATEO

ANTECEDENTES

“SE diría que la investigación misma se propone cerrarse la salida del laberinto de los problemas colombinos, pues en lugar del sosegado método científico ha entrado un espíritu tempestuoso nada crítico y lleno de resentimientos chauvinistas, que se siente llamado a derribar en vez de construir.” Así decía el Dr. Streicher al principio del artículo que publicó en *Investigación y Progreso* el año 1929 con el título “La patria de Colón”.

En efecto: el mayor pleito lo dejó el descubridor presentado, no a la Corona, sino a la Historia. Son pocas las voces que se hayan levantado para él o sobre él desprovistas de apasionamiento y parcialidad. Unas veces ha sido eso: el chauvinismo; la Historia no está hecha de partidas de bautismo o de registros de nacimiento. La constituyen los “hechos”, y el del Descubridor de América y el de su colonización y el de su cristianización fué *español*; no gallego, ni catalán, ni extremeño, ni andaluz. Esto es lo que interesa. Tejer panegíricos o rimar diti-

rambos a la figura física e individual del Descubridor interesan menos. Tanto menos cuanto que Dios ha querido (y el mismo Colón debió de hacer lo posible por ello) que los detalles concretos de su vida hayan quedado envueltos en una nube de inseguridades.

Otras veces ha enturbiado los estudios colombinos el espíritu polemista y rijoso del liberalismo, que en España, en Francia, en Italia y en todo el mundo dividía el planeta en dos castas: liberales y serviles, derechas e izquierdas. Parece mentira; pero este criterio de lucha de partidos ha llegado a la figura de Colón, al juzgar de su temple moral, de sus valores éticos o del caudal religioso y evangélico que él puso en su empresa. Algo puede decir de eso la historia del pretendido proceso de canonización del Descubridor.

De ese carácter proclive a la controversia y al apasionamiento participa esta carta, que hoy ve la luz por vez primera en las páginas de ESCORIAL, y que con ser rigurosamente inédita tiene ya una historia de dos años llena de contradicciones.

Mutilada, sin fecha ni firma, sin dirección siquiera en el reverso, no era tarea fácil convencer a los Aristarcos que aplican absurdamente a la verdad histórica un tipo de evidencia metafísica, ni a los espíritus cortos que convierten la Historia en un arsenal de datos disecados, de que dicha carta era de Colón y estaba dirigida a Isabel la Católica, cuyo nombre tampoco aparece en el documento por ninguna parte. ¡Ahí era nada! Una carta de Colón a la gloriosa Reina, a la cual no conoce la Historia ni un solo papel cursado por el Almirante. Una carta que por su carácter íntimo, suplicante, dolorido, nos presentaba una de las más sinceras revelaciones de la psicología atormentada de Colón, y nos venía a demostrar que cuando su espíritu altanero estaba en bache, acudía como a su ángel al que lo fué de las Indias y del descubrimiento: Isabel la Católica. Era preciso andar con pies de plomo y tener presentes

los tropezones que personas de abonadísimo criterio colombino habían dado con los innúmeros falsificadores de la letra de Colón al estudiar supuestos autógrafos del Almirante.

Y a vueltas de estos temores, y a pesar de los serios trabajos críticos que se impuso el que suscribe, la carta quedó sin publicar. Voz tan autorizada en asuntos colombinos como la de D. Antonio Ballesteros y Beretta desdeñó la autenticidad de la carta. Ello estimuló, naturalmente, el trabajo benedictino de cuyos resultados damos la síntesis en este estudio, preludeo de una publicación más extensa que pronto saldrá a la luz, y que Dios quiso que se viesan colmados y ratificados con la aparición en las espaldas del documento de un fragmento de sello de placa, casi invisible, en el borde derecho del reverso y en su parte inferior, como puede apreciarse ligeramente en la fotografía número 2. Agradeciéndole el honor de su intransigencia crítica, he de decir que el Sr. Ballesteros ha reconocido, después de nuestro trabajo, la autenticidad de la carta que publicamos.

En el cubo llamado de "Obras y Bosques" del Archivo General de Simancas, entre papeles y pergaminos aparentemente sin valor, se me vino a las manos, arrugado y desleído un tanto en el agua de los siglos, ese papel amarillento, al parecer insignificante, que, si no encierra la clave de grandes problemas históricos, nos muestra una página del libro interior de aquel "cierto Cristóforo Colombo, varón de la Liguria", como con elegante escepticismo renacentista le llama Pedro Mártir, quien después parece reconciliarse con él al apellidarle pomposamente "Prefecto del Mar" (1).

Como todos los hombres egregios —empleo el vocablo no en una significación exclusivamente encomiástica, sino en su

(1) Puede ser que no signifique más que Almirante, pero Torres Asensio lo traduce así. Décadas, en distintos lugares.

alcance etimológico: *e grege*, separado de lo vulgar, de la masa—, le signó la contradicción, hija siempre de la incompreensión. Se le ha considerado iluminado, vidente, genio, héroe, águila de alturas místicas, apóstol, modelo de honradez para gobernantes..., y un aventurero sin conciencia: “un ambicioso, un codicioso, un hombre todo aritmética desde la cabeza hasta los pies. Fué místico, fué profeta, fué vidente, sin duda; pero todo ello con alma y garras de usurero” (1); “de mendacidad desenfrenada” (2); “nunca puso límite exacto entre la exageración y la mentira” (3). Es Herrera (4), en cambio, el que dice: “fué varón de grande ingenio, esforzado y de altos pensamientos”. Y Oviedo lo califica de “bien hablado, cauto y de grande ingenio” (5). A estos criterios parece acercarse Humboldt cuando nos dice de “la lucidez casi instintiva de su espíritu y de la elevación y temple de su carácter” (6), o de “la agitación de aquella alma fiera y orgullosa, herida por larga serie de iniquidades, que ve fracasar sus más caras esperanzas” (7).

Por eso nos acercamos a este “signo de contradicción” con codicia de averiguar la verdad, pero también con el temor de un desengaño. Esta carta de Colón no puede defraudar a sus panegiristas, aunque tampoco acabe de convencer a sus inculpadores. Aquéllos verán en ella un alma excelsa, azotada por la vida y acercada a Dios por la vía del dolor; éstos, un espíritu insinuante, untuoso, artista de las cuerdas del estilo literario (8)

(1) Pereyra: *Historia de América Española*, t. I, pág. 53.

(2) *Ibidem*, pág. 54.

(3) *Ibidem*, pág. 110.

(4) *Década 1.^a*, lib. VI, cap. XVI.

(5) *Historia General*, lib. I, cap. II.

(6) *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*, t. II, pág. 10. Madrid, 1892.

(7) *Ibidem*, pág. 158.

(8) Sin embargo, él protesta en carta a Ovando desde Jamaica en marzo de 1504.

«Yo no soy lisongero en fabla; antes soy tenido por áspero.»

y de las fibras del corazón humano, peligroso aun cuando implora.

Tiene esta carta, sobre todo, la importancia, impar para la Historia y para la vida del Almirante, de ser la única conocida hasta ahora, dirigida por separado por él a Isabel la Católica. No tiene las formas protocolarias de otras cursadas a sus altezas; ésta es un diálogo trunco e íntimo de dos almas que se conocían de antiguo y se apreciaban. Huye de la dirección pomposa y aparatosa: "Serenísimos e muy altos e muy poderosos príncipes Rey e Reina nuestros Señores." Se cobija en la fórmula cordial y devota: "Christianíssima Reyna."

EL DOCUMENTO

Dice así:

Jhs.

2/ *Christianissima Reyna:*

3/ Yo soy el sieruo de vuestra alteza. Las llaues de my voluntad yo selas di en barçelona. Si le prueba, 4/ fallera cresçido olor y gusto en ella y non poco. Yo voy de continuo pensando en su descanso. Si le 5/ plogiese de provar my industria, puderia ser que pareçeria algo de my deseü. Una confiança 6/ grandissima que yo tengo en aquel piadoso Redemptor nuestro me da esta oxadia, y non abilidad 7/ ny esfoerço que de my cognosca. Yo me di en barçelona a v. a. sin desar de my cosa y ansi 8/ como fue el anima, ansi fue la honrra y hazienda. Fray Johan perez lo diria y el ama yansi 9/ me estoy mas firme de continuo. Lo que yo tengo pensado de my vida yo lo di a v. a. en un memo 10/ rial por my mano. Si yo creyese que v. a. crehe que ali non va malicia ny arte, seria yo muy 11/ alegre. Yo veu este negoçio de las yndias muy grande. Los otros muchos que v. a. tiene con 12/ su indisposiçion non da lugar que el Regimiento deste vaya perfeto. Esto me contrista por dos cabos: el 13/ uno es por lo de yerusalem, de que suplico a v. a. que non le tenga en poco, ny que yo fable en ello por arte; el otro 14/ es que yo he miedo que este negoçio se pierda. Yo suplico a v. a. que non me tenga en esto nyen otra cosa alguna 15/ por parte saluo por seruidor suyo y que sin enganno estoy inclinado

contodos los sentidos aledar 16/ descanso yalegria yale acresçentar su alto sennorio. Vea agora si le aplaz de me expirimentar 17/ como atal en esto de las yndias ydel otro de la casa santa, ycomo digo, sea como acriado ynon como 18/ a contrario, que perdone dios aquien ha profiado de fazer entender a v. a. que ansi era çierto. Puedese 19/ dar orden con que este negoçio se punga en filo luego sin mucha fatiga, ysi le aplaz que yo lo diga, 20/ sera luego yreco que sera mucho asu contentamento.

SU DESCRIPCIÓN E HIPÓTESIS SOBRE SU ESTADO

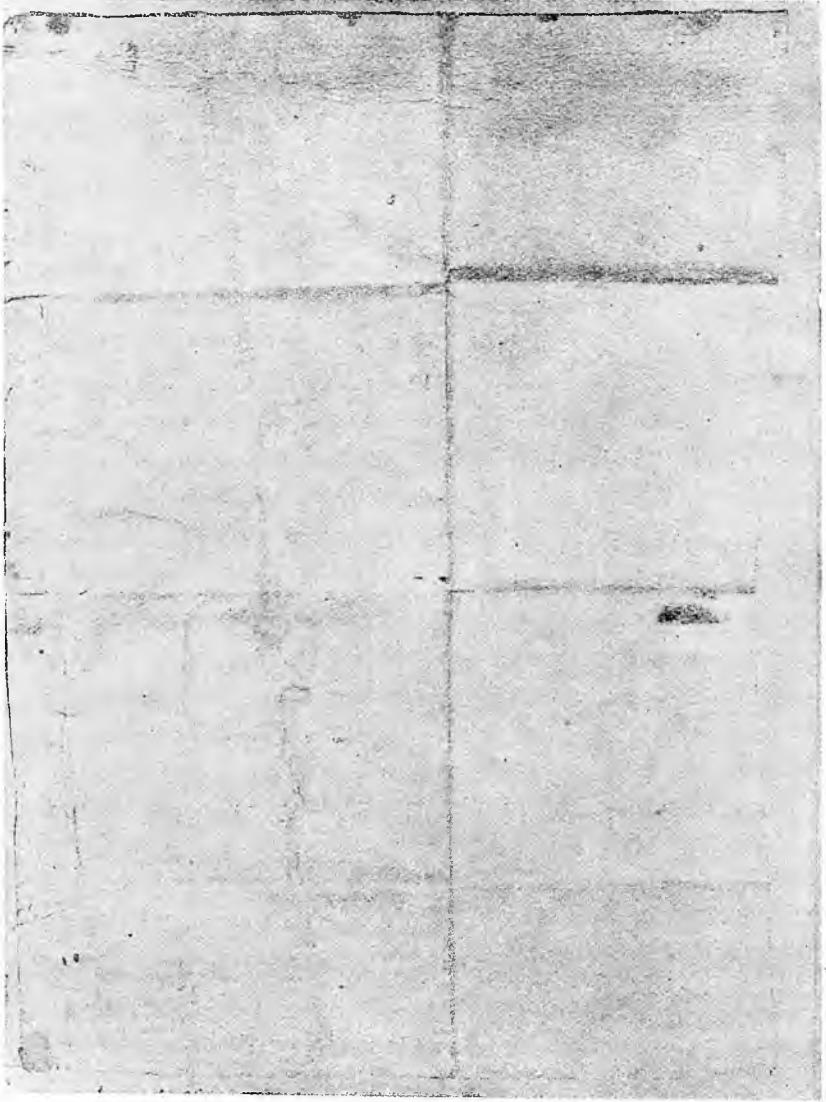
Papel. Sin filigrana, que pudo haber habido en la parte mutilada. Anchura, 218 mm.; altura, 163 mm. en el lado derecho, 158 en el izquierdo. El corte inferior es desigual y curvo, al parecer hecho con un instrumento cortante. Puede verse el detalle de todo en las fotos, tomadas al tamaño original.

El documento no está deteriorado grandemente: tiene una mancha extensa de color violáceo que delata un principio de putrefacción en la mitad izquierda.

Ha estado doblado en el sentido que fácilmente puede apreciarse en la foto; el dobléz horizontal es el más profundo, y son desde luego mucho menos pronunciados los verticales. Doblado a la larga el documento durante el tiempo —¿siglos?— que ha estado en el Archivo de Simancas, y adoptando, cerrado, una forma estrecha y vertical muy corriente en papeles de la Casa Real de los hallados en el dicho “Cubo de Obras y Bosques” (1), sufrió determinadas arrugas, cuya dirección y sentido esquemático puede apreciarse en la foto.

La mutilación del papel objeto de este estudio plantea numerosos problemas, a los que trataremos de dar alguna expli-

(1) Allí, en efecto, he encontrado numerosos macillos de papeles oblongos, formados por hojas de tamaño de folio, doblados dos veces en el sentido de su menor dimensión.



Reverso de la carta. (Foto Magallón; del Laboratorio fotográfico de la Biblioteca Nacional.)

cación ciñéndolos a preguntas concretas: 1.º *¿Se trata del comienzo de un borrador o minuta, o es un papel privado e inoperante del archivo particular de Colón, que nos ha llegado fortuitamente?* 2.º *¿Está mutilado sólo el papel, o la mutilación se extiende también al texto que en él estaba escrito?* O, lo que es lo mismo: *¿el documento (al decir documento nos referimos a "texto") está tan íntegro como salió de las manos de Colón?* 3.º *Si el documento está mutilado y, por lo tanto, Colón lo escribió completo, con fecha y firma (como él solía hacer siempre), ¿fué cursado a la Reina?*

1.º *¿Es un borrador? ¿Es un papel inoperante del archivo privado de Colón?*—No es un borrador; parece claro si se tiene en cuenta el esmero, la cierta lentitud y sobriedad con que está escrito, la profusión de signos de puntuación, como si no quisiese desproveer de un detalle de solemnidad al texto; el frenamiento positivo y voluntario de la cursividad y barroquismo de la grafía, que pudiera de otro modo resultar un tanto irrespetuosa, etc. En cambio, en los borradores que conocemos del Almirante, seleccionados como tales por Streicher (1), se advierten numerosas correcciones, tachaduras, notas interlineares, lagunas, etc., y en ellos ni la letra es tan igual ni caligráfica, ni la puntuación tan esmerada.

Acaso hay quien quiera atribuir esta carta a la constitución psíquica paranoide del Almirante, agitado de violentas crisis, a aquella "gran pena que él llevaba en la péndula", a aquel "arrancársele el corazón por las espaldas" que le producía el panorama de las Indias en los últimos años de su vida, en que "fasta los sastres suplican por descubrir", a un momento de desesperanza y de recelo con respecto a la protección de Isabel, recelo que manifiesta varias veces en la carta y que cuadra per-

(1) *Die Kolumbus-Originale, Spanische Forschungen der Goeresgesellschaft. Gesammelte Aufsätze zur Kulturgeschichte Spaniens*, vol. I, pág. 197 y sigs.

fectamente con el estado psicológico del Almirante entre el tercero y cuarto viaje. En tal hipótesis, ésta sería una de tantas cartas inoperantes y eternamente inéditas de las obsesiones, en que el Descubridor hubiese dado rienda suelta a un desahogo subjetivo, sin intención de cursarla jamás. Claro que en este caso no podía explicarse ni su tono ponderado, ni su escritura sobria, serena y solemne. Su carta no es la de un loco (1) o la de un obseso: si nouviésemos más documento que éste para juzgar el carácter de Colón, si no conociésemos tantos repliegues de la personalidad del Descubridor, ni tantos desiguales y contradictorios detalles de sus hechos referidos por amigos y enemigos, juzgaríamos por esta carta a Colón un alma obsesa, sí; pero obsesa de generosidades, erguida hacia lo alto, hacia Dios, sin que la calumnia le alicorte, ni la lisonja le amollezca el ánimo o la pluma.

Por último, podía darse a la falta de valor oficial y público de la carta una razón menos lírica y más realista: y es que cuando Colón escribía pidiendo que se le sometiese a prueba, que “se le experimentase”, y el negocio de las Indias se pusiese “en filo luego sin mucha fatiga”, recibió orden de preparar un cuarto viaje a las tierras descubiertas. Y su carta quedó inconclusa y sin cursar. Pero en este caso es difícil explicar cómo esa carta truncada, perteneciente a los papeles particulares del Almirante, hubiese llegado a parar al “Cubo de Obras y Bosques” del Castillo-Archivo de Simancas, precisamente entre una balumba de documentos de la Casa Real. Sin querer, hemos llegado al terreno de la segunda cuestión.

2.º *¿Está mutilado el texto?*—La mutilación del papel es

(1) De su locura ya insinuaron algo Humboldt y Pereyra: *Historia de América Española*, t. I, pág. 148, y Streicher, art. cit. Este dice (pág. 237): «Auf Corricios Einfluss ist es aber zurückzuführen, dass Kolumbus in den letzten Lebensjahren in jene apokalyptischen Träumereien verfiel, die ihn zum Phantasten und vor der Welt zur Karrikatur gemacht haben.»

voluntaria, con un instrumento cortante, como se ha dicho, no a mano, ni aprovechando algún dobléz o tazado. El corte está dado sin indecisión y sin el cuidado nervioso de quien quiere "recortar" algo; es decir, que la subida que inicia la curvatura no parece que deba achacarse a la subida de un posible renglón que se haya querido salvar, ni tampoco a que en el seno de esa curvatura comenzase la primera .s. de la antefirma piramidal de Colón, como si alguien hubiese querido sustraer la firma. Esto aun se hace más improbable porque en los autógrafos colombinos que nos han llegado, nunca se estampa la firma sin poner primero la fecha completa o incompleta, *pero siempre a continuación del texto del escrito*. Además, en documentos cuyo destinatario es persona distinguida, o que por cualquier motivo tienen carácter de mayor solemnidad, Colón suele hacer una antefirma larga con enumeración de títulos.

Esto significa que de seguir, pues, algo al texto que nos ha llegado, ese algo no sería la firma. Pero ¿podía ser otro párrafo? El sentido del documento parece completo y cerrado, y la doble virgulilla con el punto final parece echarlo la llave. Sin embargo, nada tendría de particular que en la fecha aproximada que damos a la carta, i. e. hacia la segunda mitad de 1501, el Almirante insertase a continuación un alegato sobre sus privilegios y sobre el tercio, el diezmo y el ochavo de Indias, que fueron el estribillo machacón en los documentos de esta época desventurada del Almirante (1). En este sentido nuestro texto no sería sino la primera parte de un memorial.

Ahora bien:

(1) Esta época iniciada con la carta al ama del príncipe D. Juan está llena de numerosas al P. Gorrício, que pueden verse en Thacher, *Christopher Columbus: his life, his work, his remains*, vol. III, Nueva York, 1903, seguidos de los Memoriales de Agravios e Información sobre sus privilegios en *Autógrafos y Nuevos Autógrafos*. Véase también en *Bibliografía Colombina* la documentación de esta época de los Reyes a Colón. En la carta a Gorrício de 26-II-501 se manifiesta optimista; en cambio, en la de 24-V-501 toma el Almirante sus medidas defensivas, pidiéndole copia de la conce-

a) El texto que siguiese no fué muy extenso, porque hubiese continuado en el reverso de la hoja, como era costumbre de Colón y de su época; en términos diplomáticos, la hoja tendría que haber sido opistográfica.

b) Continuaría después de un espacio en blanco análogo a los que solían separar los párrafos de los escritos colombinos, lo cual explicaría la distancia que hay de la última línea del texto al corte inferior del papel.

c) El documento, aunque no fuese opistográfico, debió de tener bastante extensión, como para ocupar todo el plano de la hoja, bien en la realidad, bien en la intención de Colón; lo abona la costumbre de Colón de espaciar proporcionalmente los renglones para llenar o semillanar el papel. Ahora bien, en el nuestro hay una comprensión y apretamiento de renglones bien visible, aunque no sea exagerada. Por otra parte, los dobleces del documento patentizan que el papel en que se escribió era una hoja tamaño de folio.

Nos encontramos, pues, ante razones de valor relativo para contestar a la pregunta sobre la mutilación posible de texto en nuestro documento. Acaso pueda ayudarnos a formular una hipótesis la cuestión que planteamos en tercer lugar.

3.º *¿Fué cursado el documento a la Reina?*—En caso afirmativo, la segunda cuestión queda clara: el texto del documento nos ha llegado mutilado, porque nadie cursa un documento inconcluso. Para proceder con alguna seguridad observemos las características externas de él: el documento carece de algo fundamental, que es la dirección en sus espaldas; de ella no hay el menor indicio. Y debiera haber sido forzoso, a no ser que el documento fuese entregado en propia mano por el Almirante y en pliego abierto.

Pero aun así sería rara la carencia en las espaldas de signo

sión de Mayorazgo y de otras cartas mensajeras en que los Reyes le hacen promesas, preparando y recelando algo.

alguno cancelleresco o particular de registro, anotando, como ocurre en muchos documentos de la Casa Real de Simancas, la fecha y el remitente. No hay nada. Pero ¿pudo haberlo en la parte de papel que falta?

La contestación a esta pregunta puede depender de la aclaración sobre si fué a pliego abierto o cerrado cursada la carta: en el primer caso, pudo llevar la dirección en cualquier parte del dorso, o no llevarla simplemente; en el segundo, la dirección debía ocupar, según el sistema de dobleces de la hoja, una zona más o menos determinable en el reverso. Ahora bien, el sistema de dobleces apreciable en las fotos parece obedecer al sistema corriente en Colón de cerrar sus pliegos, y no debe atribuirse a la forma de doblar una cuartilla, porque los dobleces no coinciden ni a lo largo ni a lo ancho con el centro de los lados de la hoja, como sería obvio de haber sido doblada una cuartilla y no un folio.

La dirección de la carta debía pertenecer a la parte de dorso perdida. Nos inclinamos a esta hipótesis por exclusión y por analogía con otras cartas de Colón.

Pero la prueba principal de haber sido cursada la carta y de su genuinidad y autenticidad histórica la da el *sello de placa* del Almirante aplicado al borde del extremo inferior derecho del reverso de nuestro documento. Tan poco notable es a primera vista que, habiendo versado y estudiado la carta durante muchos meses y habiendo pasado por manos de muchos eruditos, no tuve la suerte de dar con él hasta casi después de haber agotado todos los recursos de la hermenéutica y de la deducción crítica para demostrar la autenticidad del documento. Es un segmento del sello circular de Colón que tiene como

.S.

tipo la sigla indescifrada de su antefirma piramidal: .S.A.S.

X M Y

La parte que conserva la carta es la correspondiente a la X.

En cuanto a la estampación fragmentaria del sello y a su posición en el documento, su explicación me llevaría muy lejos y no la considero oportuna para este rapidísimo ensayo.

Conclusión.—Después de la descripción y de las hipótesis que hemos hecho sobre el estado del documento, resumimos nuestros puntos de vista, con las naturales reservas que impone lo opinable, así:

- 1.º El documento salió íntegro de mano de su autor.
- 2.º El documento fué cursado y llegó a las manos de su real destinataria, lo cual explica que haya ido a parar a Simancas.
- 3.º Una mutilación posterior y hecha adrede nos ha privado de la segunda parte de la carta, de cierta extensión y de su dirección y señales de registro.
- 4.º La carencia del signo principal de autenticidad histórica de un documento, que es la firma, ha contribuído a que esta interesante carta de Colón haya estado desconocida, aun habiendo podido pasar por muchas manos, que no la consideraron de importancia.

AUTENTICIDAD DE LA CARTA

Dado el carácter críticamente discutible del documento, la medida de este ensayo debería ser la recensión de su autenticidad y autografía. En efecto, en el trabajo a que antes he aludido, y que actualmente está en la imprenta, trato ampliamente este punto, enfocándolo desde el punto de vista histórico-psicológico, paleográfico, diplomático y del lenguaje.

Allí se demuestra cumplidamente cómo en torno de la carta pueden arbitrarse argumentos de congruencia histórica que arguyen a Colón como autor de ella. Penetrando hasta la última consecuencia en el estudio comparativo de su grafía con la de otros autógrafos colombinos indubitados; analizando no sólo el

tipo de letra, sino todos sus valores paleográficos, como enlaces, sistema abreviativo, ortografía, gruesos y perfiles y hasta las letras cegadas y semicegadas; desentrañando la grafía de Colón y descomponiendo una por una las letras mayúsculas y minúsculas de su alfabeto, y estudiando los valores constructivos de su lenguaje y marcando los elementos íntimos de su estilo personal, se llega a la evidencia crítica de que la carta se debe a la mano y a la mente de Colón.

Esta evidencia se acrecienta estudiando los caracteres diplomáticos del documento y cotejándolos con la traza corriente de los escritos de Colón. Todo ello requiere un acopio de fotografías y un aparato crítico que, dada su rígida y enojosa especialidad, no deben ser ofrecidos al lector en esta revista, hecha para solaz del espíritu y para la contemplación elevada de la verdad.

Puede dar por descontado el lector, y así lo han acreditado con su aquiescencia eminentes colombinistas, como queda dicho en las primeras páginas de este ensayo, que la autenticidad de la carta que nos ocupa está a cubierto de toda objeción seria.

Más interesante parece, y más adecuado a este lugar, dar algunas notas sobre la personalidad psicológica y ética del Descubridor tal como surte de la lectura de esta carta suya a Isabel la Católica. Además, al enmarcar de esta manera su personalidad, y al colocarla sobre la falsilla impar y heterogénea de la proyección histórica de Cristóbal Colón, no hacemos sino excoigitar una prueba más de la autenticidad y genuinidad histórica de este documento.

ALGO SOBRE LA PERSONALIDAD DE COLON Y SU REFLEJO EN LA CARTA

La figura discutida y paradójica de Colón señorea todo el ritmo interno y marca los patrones psicológicos del documento objeto de nuestro estudio.

Aunque nos hubiera llegado en una copia, sin el menor margen para una prueba comparativa paleográfica, se rastrearía inmediatamente, si no la mano, sí la mente de Colón como inspirador y hasta dictador de su texto.

El tono de la carta es de absoluta originalidad, que no sólo cuadra perfectamente con la “manera” colombina, sino que repugna con el protocolo más elemental de una carta dirigida a la Reina del Estado más poderoso del mundo. Ya comienza a ser original la dirección: “Christianissima Reyna”. Es original hasta para el protocolo del mismo Almirante, que cuando se dirige a los Reyes, suele encabezar, como se ha dicho: “Serenissimos y muy altos y poderosos Príncipes Rey y Reyna nuestros Señores”, y el comienzo del texto es de un romanticismo inaudito, bellísimo en su efectismo y de tono sincero en su teatralidad. Sólo puede tener igual en los comienzos de las cartas del Almirante a Oderigo, a los protectores del Banco de San Giorgio, al ama del príncipe don Juan y otras.

El sentido todo de la carta es de una gran confianza en la Reina, confianza llena de protestas de fidelidad, y que a vueltas de sumisiones más o menos humildes, entre las que campea el tono devoto de “confianza grandísima” en Dios, termina explicando su propio criterio, exponiendo sus puntos de vista personales sobre asuntos de tanto volumen como Indias y Tierra Santa, manifestando su tristeza personal porque el primero no va bien y el segundo “se tiene en poco”, dando su parecer oficiosamente “si le aplaz que yo lo diga”, y hasta imponiéndole respetuosa pero eficazmente y con prisa.

Esta manera de empezar postrado y terminar erguido, de sentirse dolido y en desgracia y, sin embargo, aconsejar, de poner toda su “abilidad y esfoerço” en manos de Dios, a quien pide que perdone a sus enemigos, y de ver en Isabel el alma y el corazón de las Indias, como evidentemente surge de la lectura del documento, marca un tono especial de confianza y recelo, de

melodrama y dignidad, que cuadran bien a una persona: Cristóbal Colón.

La carta tiene además una particular *fisonomía psicológica*: revela un carácter y un estado de espíritu; ambos son los del Almirante. Su característica más acusada en el terreno de lo psicológico es la obstinación, la pesantez, la insistencia, la machaconería; precisamente una de las peculiaridades más señeras del carácter de Colón, que, según Pereyra, le merecieron de corte en corte, de claustro en claustro, de ambiente en ambiente, salirse con su empresa, y descubrir, sin saberlo, un mundo nuevo. Hay en la carta una repetición implorante y circular de conceptos: hay dos sobre todo que se imponen a los demás: las protestas de fidelidad a la Reina (que se repiten en las líneas 3, 5, 8, 9, 15, 16, etc.) y el deseo de rehabilitarse, siendo probado (líneas 3, 5, 16, etc.); menciona dos veces el día de Barcelona, sin duda alguna el más grande de su vida, ya lejano, como veremos, en el tiempo, pero obsesivamente presente en su recuerdo; como que desde aquel día no ha vuelto a subir tan alto la curva de su prestigio, y dos veces recuerda que se dió “sin desar de my cosa”, y consigo “las llaues de my voluntad” a la Reina.

Si a esta obstinación unimos una innegable y evidente zala-mería, que, en resumidas cuentas, viene a cristalizar en formidable fuerza persuasiva; si además agregamos el tono místico o devoto que invade el escrito (línea 6, línea 18, y el deseo ferviente de atender a Jerusalén y “la Casa Santa”), y examinamos la gama afectiva que en tumultuoso desorden la agita: tristeza y entusiasmo, desánimo e impaciencia, complejo de inferioridad manifiesto en el recelo machacón de fidelidad y al mismo tiempo el ímpetu hidalgo de rehabilitación, que sobrepone “al miedo de que las Indias se pierdan” la confianza, no en su esfuerzo, sino en “aquel piadoso Redemptor nuestro”, habremos captado la “personalidad” de la carta y en ella la de su autor.

¿Puede ser otro que el que escribió la carta al ama a fines de

1500, la de Jamaica de 1503 a los Reyes, el *Libro de las Profecías*, etc., y el que llamado a Granada por los Reyes, cuando llega a Cádiz de su tercer viaje cargado de cadenas y de un oprobio mantenido por el orgullo: "... No pudiendo hablar por un rato, lleno de sollozos y lágrimas, hincando las rodillas, mandáronle levantar; comienza su plática, harto dolorosa, mostrando y afirmando el entrañable amor y deseo que siempre tuvo de les servir con toda fidelidad (como en nuestra carta), y que nunca de propósito ni industria hizo cosa en que ofender su servicio pensase..."? (1). ¿Quién otro pudiera haber sentido, o haber inventado la gama sentimental de nuestra carta? ¿Bartolomé Colón, cuya letra sin duda se parecía a la del Almirante? ¿Esa alma de comerciante y tanteador por ciento? ¿O pensamos con Carbia (2) que esta carta, como tantas otras del Almirante, fué un amaño (paleográficamente, por cierto, excelente) de las Casas? Es absurdo e infantil pensar en una manipulación de ese tipo para un documento no sólo de carácter inútil e inoperante en un sentido práctico, sino en el que se marca un proceso anímico peculiar de Colón. Pueda falsificarse la letra, la palabra, las frases, pero nunca el estilo íntimo, que es el hombre, ni los procesos psicológicos.

Todo el mundo de Colón desfila por el documento: personajes —fray Juan Pérez, quien desde la Rábida hasta los Memoriales de Agravios (3) no ha dejado de estar en la órbita de Colón y de su vida, y el ama (4) del príncipe D. Juan, aliento

(1) Las Casas: *Historia de las Indias*, lib. I, cap. CLXXXIII.

(2) *El problema del descubrimiento de América desde el punto de vista de la valoración de sus fuentes*. Estudio presentado en el XXVI Congreso Internacional de Americanistas.

(3) No es preciso que insistamos cuánto debe el descubrimiento del Nuevo Mundo al hospitalario guardián de la Rábida, y el papel que desempeñó en la formación de los Memoriales de Agravios.

(4) Datos sobre doña Juana de la Torre, aya del príncipe D. Juan y de la princesa Juana, hijos de los Reyes Católicos, los suministra Lollis (*Raccolta*, I, II, 1.^a).

y solaz del Almirante aun en los días grises—. A ambos apela como testigos de que en servicio de la Reina “ansi como fue el anima ansi fue la honrra y hazienda”. Y ambos lo sabían: el primero por su intervención en la “Información de los derechos del Almirante” (1) y en el exigirlos, y la segunda por la carta, no única, como estima bien Lollis, que le cursara el Descubridor volviendo del tercer viaje o poco después de haber llegado.

La mención doble de Barcelona como lugar en que él se diese rendidamente a la Reina, no parece que puede referirse a otra fecha que a la vuelta triunfadora y maravillosa de su primer viaje clavado como un airón, remoto ya, en su memoria.

La alusión a enemigos que han cambiado el criterio de s. a. con “profias” embusteras es también de Colón; y ya veremos, más tarde, cuando tratemos de fechar el documento, cómo cuadran con una época determinada de la historia del Almirante: su perdón de ellos es igualmente colombino. Pero sobre todo la terrible zozobra con que el autor de la carta ve “el gran negocio de las Indias”; el apasionamiento con que habla de las dos absorbedoras ilusiones de su vida, “esto de las Indias y del otro de la Casa Santa”; la mención concreta de Jerusalén y la terminología de “Casa Santa” (2), típica de Colón, que acaso extra-

pág. LIV): «... fu sorella di Pedro de Torres, che nel 1496 entró al servigi del principe D. Giovanni in qualità di segretario, e di quell'Antonio de Torres che prese parte al secondo viaggio di Colombo, e ricondusse i dodici navigli che recavano la lieta novella delle miniere aurifere scoperte in Cibao». Mereció la confianza completa de la Reina, y en una cédula del 11 de julio de 1503 aparece ya muerta. «Suo merito principale agli occhi dello storico é di aver conservato la sua benevolenza a Colombo, anche nel periodo delle avversità: ne é prova questa lettera (la famosa que citamos alguna vez) che non é del resto la sola che Colombo dovè scriverle...» Históricamente, condice, pues, perfectamente el que Colón apele al ama en nuestro documento.

(1) *Autógrafos*, p. 17.

(2) Según Humboldt, nació en la mente de Colón la idea de liberar los Santos Lugares, probablemente en el sitio de Baza. La locución «Casa Santa» es, aunque no exclusiva, sí típicamente suya, acaso sacada de la lectura de los salmos «Domus Domini», «Domus tua», «Domus Dei et porta caeli», «Domus Sancta». Su impaciencia y preocupación por la «Casa Santa» se intensifica precisamente en el tercero y cuarto

jera de su copiosa lectura de la Biblia para el *Libro de las Profecías* (1), si no llegan a abrumar con la evidencia de una comparación estilística y paleográfica, crean, sí, un volumen incontestable de razones no sólo de tipo negativo, sino de indudable fuerza positiva.

FECHA APROXIMADA DE LA CARTA

LUGAR

No tiene gran importancia el descubrimiento del lugar donde Colón escribió nuestra carta. Acaso pueda dar alguna luz sobre este punto la fecha en el tiempo, del documento. Sin embargo, podemos ir ciñendo el marco de probabilidades.

Podemos asegurar que no fué escrita en las tierras descubiertas, ni a bordo. En las tierras descubiertas, no, no sólo porque no hace alusión a circunstancia ninguna del viaje (2), sino porque allí no insistiría una y otra vez en que se le probase y se le “experimentase en esto de las yndias y del otro de la Casa Santa”. Esta forma de expresarse y la carta entera obedece, sin duda alguna, a un estado de inhibición o descalificación, que sólo sufrió Colón estando en Ultramar durante el tercer viaje, con la gestión de Bobadilla, o durante el cuarto, cuando Ovando le prohibió atracar en la Española; o bien entre el tercero y cuarto viaje, o después del cuarto, cuando estuvo en España.

viaje, en la fecha probable en que el Almirante pergeñaba o pensaba en su *Libro de las Profecías* (si es que es de Colón); es decir, en la época cabal en que fechamos nuestro documento, como más abajo diremos.

(1) Después del trabajo citado de Streicher, nadie atribuirá total y exclusivamente a Colón el *Libro de las Profecías*; la intervención de su pluma en él está bien cernida y resulta escasa; pero nadie le negará una parte muy importante en su ideación y composición.

(2) Lo suele hacer en casi todas las cartas despachadas por él desde allí.

Ahora bien; bajo Bobadilla no tuvo tiempo de escribir sino a bordo, y bajo Ovando ya escribió aquella lamentable carta de Jamaica, canto del cisne que va a morir trágicamente. En uno y otro caso, repito, no tiene por qué suplicar quejumbrosa y machaconamente que le pruebe la Reina, porque ya está en funciones de descubridor o de gobernador.

¿A bordo? Tampoco. No sería, sin embargo, la primera vez. Ya escribió “en la Carabela sobre las Islas Canarias a quince de febrero de noventa y tres”, “estando en mar de Castilla”, a Luis de Santángel. Pero, a juzgar por su tipo sentimental y dolorido, la carta que nos ocupa no pudo escribirla a bordo, ni al ir al Nuevo Mundo ni al volver. Al ir, es evidente: llevaba una empresa entre manos: no está descalificado. Al volver, tampoco: después del primero y segundo viaje volvía triunfador; y aunque ya en el segundo había experimentado la visita fiscalizadora de Aguado, volvía con oro y treinta indios con su cacique Caonaboa (1). Después del tercero había de referirse forzosamente a su prisión actual por orden del Comendador, ya que no quiso perder los grillos ni por la benignidad de Vallejo.

Su carta puede parecerse, es verdad, en ciertos detalles, a la que escribió probablemente a bordo y aherrojado, que empieza: “Señores: ya son diez y siete años...” (2), que se juzga minuta o

(1) Según Pedro Mártir (1.^a Década, lib. IV, traducción de Torres Asensio), la vuelta del viaje segundo fué placentera. «Acribando la tierra... —dice—, cada jornalero ajustado para cavar puede sacar cada día tres dracmas de oro (están a sesenta leguas de la Isabela, delante de los cipangos donde creyó Colón haber encontrado las minas de Salomón). Indagadas así estas cosas juntamente con los metalistas, se las comunicaron por carta al Almirante; lo cual sabido, de seguida el 11 de marzo del 95 (era el 10 de marzo del 96) entró alegre a bordo de las naves.» Además de Caonaboa, se llevaba a bordo a la reina o señora de las «amazonas» de la isla de Guadalupe, que Colón no quiso soltar con los demás a tierra; con ella iba su hija. Pone en duda Las Casas la buena conformidad con que se quedaron a bordo, según el Almirante (léase cap. CXI, lib. I de *Historia de las Indias*), y en este capítulo y en el siguiente se aprecian claramente las venturosas circunstancias que excluyen la posibilidad de fechar la carta en ese interregno.

(2) Véase *Bibliografía Colombina*.

borrador de una carta dirigida a varias personas de influencia. Pero en la nuestra no dice, como allí (y juzgamos que sería forzoso psicológicamente): “fuí preso y traído cargado de fierros”, cuando en la carta al ama lo recuerda con bochorno y con ira, y tres años más tarde, en la carta de Jamaica, lleva todavía el recuerdo clavado en el corazón.

Y después del cuarto viaje a bordo no le quedaban al viejo león, entonces sí que “caduco y triste”, como dice Pereyra, arrestos para lanzarse, ni por emulación siquiera, a nuevas empresas, como ahora diremos.

TIEMPO

Como cuatro hitos en la vida conquistadora de Colón se nos presentan sus cuatro viajes a “las Indias”. A ellos nos referiremos para fechar de manera aproximada su carta.

¿Después del primero o segundo viaje?—Parécenos excusado descartar el documento de toda relación con el primero y segundo viaje: Colón escribía la carta bajo una negra tormenta espiritual, y ésta no empezó a desencadenarse sino a raíz del tercer viaje, entre la sublevación de Roldán y el despotismo de Bobadilla.

Con todo, puede pensar alguno, motivos de tristeza no faltarían al Almirante después del segundo viaje. Por orden de 10 de abril de 1495 le habían mandado los Reyes a su visitador Juan Aguado; ello envolvía, si no una censura, al menos una desconfianza. Además, dice Bernáldez, cuyo huésped fué el Almirante en 1496, que “se murmuraba que los gastos eran muchos y los provechos eran pocos fasta entonces” (1). Por último, alguien podía pensar que la alusión doble que hace Colón en la carta a la fecha fausta de Barcelona depende de una pro-

(1) *Historia de las R. C.*, cap. CXXXI.

ximidad en el tiempo del 1493; más bien opino que obsesivamente Colón recordaba aquel día de gloria, que ni había vuelto, ni volvería más, aunque habían pasado más de siete años.

Pero —y con esto dejó definitivamente descartado el documento de toda relación al segundo viaje— debe observarse que por aquellas fechas no tenían las cartas del Almirante (1) el tono de doliente abatimiento que hay en la nuestra, que no había motivo para ello por unas simples murmuraciones, y que no comprendemos cómo podía apelar en una carta que, según tal hipótesis, había de estar escrita hacia 1496 o 97 al ama del príncipe D. Juan, a la cual no sabemos que llorase sus penas, sino en la carta de fines de 1500, única que conocemos (2). Además la apoyan las razones expuestas al tratar de fijar el lugar en que se escribió la carta, y sobre todo lo pone fuera de duda la autoridad indiscutible de Las Casas. Léanse los capítulos CXI-CXII y CXXIII-CXXV de la *Historia de las Indias*. La entrevista de Burgos, de vuelta del segundo viaje, se desarrolló en el ambiente más cordial, y estuvo llena de las pintorescas noticias que el Descubridor refería a los Reyes sobre las “guayças” que traía y los papagayos y las costumbres de los indios. No sólo no vuelve en desgracia, sino que antes de zarpar de las tierras descubiertas, lo ha dejado todo preparado, prevenido y organizado para su ausencia: ha nombrado gobernador y capitán general a su hermano D. Bartolomé, y después de él a D. Diego, y para alcalde mayor de la Isabela y de toda la isla ha designado a Francisco Roldán, quien después le hará traición.

Y ahora, delante de los Reyes, se planea alegremente para el futuro, se le confirman al Almirante sus privilegios, se le hacen nuevas mercedes y se le dan instrucciones para los nuevos proyectos trazados en orden a la gobernación de las Indias. Y en cuanto a Juan Aguado, con él había tenido Colón re-

(1) Consúltese *Bibliografía Colombina*, Navarrete, etc.

(2) Salvo otro fragmento de otra que cita Lollis.

laciones bastante corteses y hasta afectuosas. Además: “de las informaciones que Juan Aguado trajo y hizo a los Reyes contra el Almirante, muy poco se airaron y así no hay qué más contar ni gastar tiempo de Juan Aguado” (cop. CXII de Las Casas).

¿Puede, lógicamente, situarse nuestra carta entre estas circunstancias venturosas?

¿Después del cuarto viaje?—¡Qué hermosa hipótesis! Fondea en Sanlúcar el 7 (según Lollis) de noviembre de 1504. No viene contento de las Indias, aunque él escriba que ha sido el viaje más provechoso, si el más trabajoso. No ha encontrado el Quersoneso Aureo; no ha dado con el paso codiciado; aquella “empresa que se tomó con el fin de gastar lo que della se hobiese en presidio de la Casa Santa”, como dijo al Papa en carta de febrero de 1502 (1), no ha producido lo bastante: no puede pagar “cincuenta mil de a pie y cinco mil de a caballo en la conquista della”; le persigue la insidia y la calumnia. Arriba a España y comienza una carta, nuestra carta...; pero entonces le llega la noticia heladora: ¡Isabel, el ángel de las Indias, ha muerto! Y como a Pedro Mártir, “la pluma se le cae de las manos” materialmente, y la carta queda irremediabilmente inconclusa.

Pensando con el corazón o con el deseo, no cavilaríamos más. Y, sin embargo, la carta no fué escrita después del cuarto viaje, es decir, después del 4 de noviembre de 1504.

En 1503 había fondeado en Jamaica, desarbolado, “perdido del todo de aparejos y con los navíos horadados de gusanos más que un panal de abejas” (2). Allí llevó el Almirante su canto del cisne para morir, en una carta de congoja mortal y de lágrimas; “no tengo cabello en mi persona que no sea cano, y el cuerpo enfermo...” “Yo estoy tan perdido, como dije: yo he llorado fasta aquí a otros: haya misericordia agora el cielo y llore

(1) Navarrete, II, pág. 282.

(2) Carta a los Reyes desde Jamaica, a 7 de julio de 1503.

por mí la tierra. En el temporal no tengo solamente una blanca para la oferta; en el espiritual he parado aquí en las Indias de la forma que está dicho: aislado en esta pena, enfermo, aguardando cada día la muerte...” La robusta encina estaba herida del rayo, ¿cómo hemos de creer que le habían de quedar ya nunca jamás arrestos para pedir impacientemente que le probasen?

Además, nuestras colecciones documentales no abonan esta hipótesis. Desde Jamaica no vuelve a escribir a los Reyes, ni cuando pisa tierra española. ¿Está corrido y “abalumado” de desaliento? El caso es que su pluma se cobija senilmente en los despachos a su hijo D. Diego, “a quien ama más que a sí”. Sus cartas —seguidas— a él van transidas de preocupaciones de enfermo (1), o de inquietudes económicas (2) de que carece en absoluto nuestro documento. Sigue dando alertas: “que las Indias se pierden y están con el fuego de mil partes” (3); “que non se deje de dar prisa porque las Indias non se pierdan como hacen” (4). Pero él ya no tiene arrestos de capitán. “Yo debo de ser juzgado como capitán que de tanto tiempo fasta hoy trae las armas a cuestras sin las dejar una hora”, escribía en líneas doloridas pero llenas de brío todavía al ama, a fines de 1500. Hoy señala el mal, pero no tiene alientos para ponerle remedio.

La carta no puede pertenecer, pues, al ciclo posterior al cuarto viaje. Aparte de que quedan serios reparos críticos: 1.º El ama había muerto ya, según Roselly de Lorgues (5). No podía ser puesta por testigo. 2.º Hemos de suponer, dada la pegajosa comunicabilidad senil del Almirante, que debería haber descubierto a su hijo su pensamiento de dirigirse a la Reina, sobre todo cuando la escribía con inquietud: “plega a la Santa Trini-

(1) Véase carta de 21 de noviembre.

(2) Véase ídem prim.º, 13 y 21 de diciembre.

(3) Véase ídem 1 de diciembre.

(4) 21 de diciembre.

(5) *Monumento a Colón*, t. II, 7.

dad de dar salud a la Reina, porque con ella se asiente lo que ya va levantado" (1); y buena ocasión era para decirle que la noticia de su muerte cortó una carta que la estaba escribiendo, cuando en 3 de diciembre (2) le dice con frase serena y sentida: "su vida siempre fué católica y santa y pronta a todas las cosas de su santo servicio; y por esto se debe creer que está en su santa Gloria y fuera del deseo de este áspero y fatigoso mundo". 3.º Habríamos de suponer a Colón ignorante en absoluto de la enfermedad de la Reina para escribirle una carta de esa índole. 4.º De nuevo repetimos que Colón volvió muy enfermo del cuarto viaje, lo que no rima con el ánimo impaciente y ganoso de acción de la carta (3).

La carta debió de ser escrita poco antes del cuarto viaje. Probablemente en agosto o septiembre de 1501.—Aunque sólo fuese por exclusión, tendríamos la certeza moral de que Colón escribió a Isabel después del tercer viaje y antes del cuarto, es decir, entre noviembre de 1500 y mayo de 1502. ¿Por qué, precisamente nos inclinamos a fecharla en el medio de este período?

Esta etapa, sin duda alguna transida de luchas amarguísimas en el alma altiva del Descubridor, podemos considerarla marcada por dos hitos documentales (4): la carta a D.^a Juana

(1) Carta de 1 de diciembre.

(2) Fecha en que debió de enterarse de la muerte de la Reina.

(3) «Yo llegé acá muy enfermo... En ese tiempo falleció la Reyna my señora...» Carta a Oderigo, Sevilla, 27 de diciembre. Le vemos gotoso, mal de los ojos, pidiendo a su hijo que suplique a los Reyes licencia para caminar en mula, porque teme «quedar en alguna venta»; no puede escribir, «salvo de noche, porque el día le priva la fuerza de las manos». Y, sobre todo, tiene el alma derrotada. Leemos en el capítulo XXXVII del libro II de Las Casas: «Sea cierto que yo le serviré estos pocos de días que Nuestro Señor me dará de vida...» Y más adelante: «... porque él estaba muy fatigado, y se quería ir a un rincón que pudiese haber a descansar», y cita estas palabras del Almirante: «... creo que la congoja de la dilación deste mi despacho sea aquello que más me tenga así tullido»; y sigue Las Casas: «Estaba ya muy tullido y en la cama de la gota.»

Tampoco se puede, pues, situar en esta época nuestra carta.

(4) Me refiero a los documentos que conocemos de Colón. Y el segundo, la carta

de la Torre, ama que había sido del príncipe D. Juan, escrita, según Navarrete, a fines de 1500, y la cursada a Su Santidad en febrero de 1502. Tienen un denominador común: la amargura. Difieren, en cambio, en que la primera, pensada acaso a bordo cuando venía aherrojado, está escrita bajo la turbonada; la segunda, por el contrario, es de un hombre que se ha sobrepuesto ya.

En la carta del ama se complace en su propio dolor (1). Desfilan por su memoria y por el escrito una por una las afrentas, y uno por uno, concretamente, los nombres propios geográficos y personales: Aguado, Hojeda, Bobadilla... Lo tiene todo muy reciente. Y sobre todo su prisión (2). Pero no le ha llegado el ímpetu de la rehabilitación. No se ofrece de nuevo: hasta parece como arrepentido de haber “cometido viaje nuevo”.

En la carta del Papa (3) las afrentas están ya lejanas; un nuevo brío sacude sus arterias: el acercamiento místico a Dios le ha acrisolado en el dolor: es otro hombre. Está pensando en “hacer en nombre de la Santa Trinidad viaje nuevo”, y pide protección y auxilio espiritual al Padre Santo. Quiere sacerdotes y religiosos, “porque yo espero en Nuestro Señor de divulgar su Santo Nombre y Evangelio en el Universo”. Se le ha acentuado su fervor místico por la “Casa Santa”, y aunque ya no puede enviar “para la conquista della... diez mil de a caballo e cien mil de a pie”, porque “Satanás ha destorbado todo esto”, él hace constar que la empresa de las Indias “se tomó con el fin de gas-

al Papa, lo acepto con ciertas reservas después de la austera recensión, citada antes, de Carbia.

(1) «Llegué yo y estoy que non ha nadie tan vil que no piense en ultrajarme... Si yo robara las Indias y las diera a moros, no pudieran en España amostrarme mayor enemiga.» Y más abajo: «Porque mi fama es tal que, aunque yo faga iglesias y hospitales, siempre serán dichas espeluncas para latrones.»

(2) «El, cuando lo supo, echó a D. Diego en una carabela, cargado de fierros, y a mí en llegando hizo otro tanto, y después al adelantado cuando vino.»

(3) Véase Navarrete t. II, pág. 230.

tar lo que dello se hobiese en presidio de la Casa Santa". Y está dispuesto a volver a empezar.

Ahora bien, nuestra carta es evidente que si tiene el tono doliente de la del ama, está galvanizada por el ímpetu de acción y por la impaciencia de rehabilitación de la segunda. Ha superado el estado primero de postración, y una prisa incontenible le empuja: "que este negocio se punga en filo luego sin mucha fatiga, y si le aplaz que yo lo diga, sera luego..." (1). No se le han olvidado los vilipendios y las calumnias; aun escribe con un complejo de inferioridad, como si recelase —ya se ha dicho— de que la Reina haya dado crédito a la mendacidad (2), pero ya no recuerda punzantemente, concretamente a sus enemigos; sobre ellos se levanta su perdón de hombre cristiano: "que perdone Dios a quien ha profiado..." Los nombres están ya lejos: ha pasado, sin duda ninguna, más de medio año.

Y en este tiempo su fervor bíblico le ha dictado el *Libro de las Profecías*, y su acercamiento a Dios, patente en aquellas palabras de nuestra carta (línea 5): "Una confianza grandissima que yo tengo en aquel piadoso Redemptor Nuestro...", etc., y en la carta a S. S. ha hecho regurgitar en su memoria la ilusión tanto tiempo acariciada de la Casa Santa, probablemente, como se ha dicho, nacida en su mente durante el sitio de Baza, en 1489, y a la que alude ya en el Diario del primer viaje (3).

Consideramos en abono de que la carta pertenece a la órbita psicológica de la del Papa, su tono de alta piedad, la magnanimidad para los enemigos que se avizoran a lo lejos ya, el ánimo presto y deseoso de rehabilitarse, la mención de la "Casa Santa" y, sobre todo, su impaciencia por ser experimentado y probado una vez más.

(1) Línea 19.

(2) «Si... v. a. crehe que alí non va malicia ny arte sería yo muy alegre.»

(3) Véase Humboldt: *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*, t. II, página 170 y sigs.

Creemos no equivocarnos si afirmamos que la carta no está escrita antes de octubre de 1501. Las principales razones nos las proporciona el capítulo IV del libro II de Las Casas. Empieza exponiendo lo que fué para las actividades y amargas del Almirante este año de 1501, en el que situamos nuestra carta. Dice así:

En este tiempo del año 501, después que los Reyes le mandaron soltar, y vino a la Corte, y lo recibieron benignísimamente, y le consolaron, y certificaron su prisión no haber procedido de su voluntad real, en especial, la serenísima reina D.^a Isabel, que era, como ya se ha dicho, la que más le favorecía y estimaba, porque mejor sentía, por ventura, que el Rey, el servicio inestimable que les había hecho en haber descubierto este mundo de acá indiano; el Almirante siempre les suplicaba que le tornasen a restituir en su estado, guardándole sus privilegios de las mercedes que le habían prometido, pues él había cumplido lo que prometió, y mucho más sin comparación, como era notorio, y no les había deservido por obra ni por voluntad para que desmereciese y hobiese de perder las mercedes prometidas, antes, por su servicio, había sufrido en esta isla grandes angustias, tolerando y haciendo comedimientos grandes con Francisco Roldán y los alzados, a los cuales no dió causa ni ocasión para que le fuesen rebeldes, pues estando él en su servicio en Castilla, y en el descubrimiento de la tierra firme, se rebelaron a su hermano; y que no diesen lugar a los émulos que ante Sus Altezas le calumniaban, y otras muchas razones que en favor de la justicia que creía tener alegaba. Item, que aunque ya era viejo, y muy cansado de tan inmensos trabajos, todavía tenía propósito de gastar la vida que le quedaba en descubrir, por su servicio, muchas otras tierras más de las que había descubierto, y que creía hallar estrecho de mar en el paraje del puerto del Retrete, que agora es el Nombre de Dios por las cuales, sobre todos los reinos del mundo, fuesen los más esclarecidos y ricos los de España. Los Reyes lo sustentaban con benignas y dulces palabras, certificándole que tuviese por cierto que sus privilegios y las mercedes en ellos contenidas, le serían cumplidas, guardadas y conservadas, y no sólo las prometidas, pero de nuevo le serían aquéllas confirmadas, y otras hechas y aumentadas. Y porque mostraba querer ir a descubrir de nuevo, los Reyes se

lo agradecieron, y comenzaron a tratar dello y a exhortalle que lo pudiese por obra, entre tanto que el Comendador mayor la declaración de las cosas pasadas en esta isla enviaba, y que le mandarían dar todo recaudo. Dió sus memoriales, pidió cuatro navíos y bastimentos para dos años; fuéle todo concedido cuanto dijo serle necesario, prometiéndole Sus Altezas, que si Dios dél algo en aquel viaje dispusiese, a que no tornase, de restituir a su hijo el mayor, llamado D. Diego Colón, en toda su honra y estado.

Después cita Las Casas una orden de los Reyes de 27 de septiembre, y publica íntegra una cédula real de 28 del mismo mes, en que se restituye al Almirante en los bienes y hacienda detentados por Bobadilla y en sus privilegios. E inmediatamente continúa:

Despacharon finalmente los Reyes al Almirante, mandándole dar todas las provisiones que para Sevilla y Cádiz eran necesarias para la expedición de su flota o armada; salió con ellas de la ciudad de Granada, en el mes de octubre, para Sevilla, donde luego, con mucha diligencia, entendió en su despacho. Compró cuatro navíos de gavia, cuales convenían, el mayor no pasaba de 70 toneles, ni el menor de 50 bajaba; juntó 140 hombres de tierra, entre chicos y grandes, con los marineros y hombres de tierra, entre los cuales fueron algunos de Sevilla; llevó consigo a D. Bartolomé Colón, el Adelantado, su hermano. Toda esta gente fué a sueldo de los Reyes, como habían venido, por la mayor parte, los españoles primeros a esta isla. Proveyóse de muchos bastimentos y de armas, y de toda manera de rescates. Desde Cádiz, donde tenía los navíos y se aparejaban, o quizá desde Sevilla, escribió a los Reyes suplicándoles algunas cosas que le parecieron convenir para su viaje; algunas, y otras que a él tocaban y a sus hijos y hermanos.

Está claro, por tanto, que en octubre ya preparaba Colón su cuarto viaje, y, al parecer, en septiembre, había recibido entre las cédulas reales una autorizándole para organizar una cuarta expedición a las Indias. Nuestra carta, de tono insinuante, supli-

catorio e impaciente, es, sin duda, anterior, y no mucho, a la orden de armar una nueva flota. Acaso fué (y con ella quizás otras análogas perdidas, hagamos honor a la obstinación de Colón) la que determinó a los Reyes a confiarle un nuevo viaje.

Las cartas, provisiones y cédulas reales registradas de esta época en *Bibliografía Colombina* no sólo no se oponen a nuestra hipótesis, sino que marcan una completa rehabilitación oficial de Colón a fines de septiembre, previa desautorización de Bobadilla. Al socaire de esa rehabilitación cabe muy bien la orden de emprender nuevo viaje.

Creo que nuestra carta puede estar, pues, escrita en septiembre, o, lo más, en agosto de 1501.

Y como por esa fecha Colón, tras de la Corte, residía en Granada, *opino que en Granada debió el Almirante de haber escrito el documento (1).*

RESUMEN

La carta que publicamos es de Colón.

Es la única que nos ha llegado de su mano a la Reina Católica.

Esto, ya de por sí de interés excepcional, además aumenta en importancia porque son sólo dos las que conservamos de la Reina a él, y ninguna del carácter íntimo que tiene la nuestra (2). En esto reside su trascendencia. No descubre grandes

(1) Desde Granada, en efecto, escribe Colón a Gorrício en 26 de febrero, en 24 de mayo y en 9 de julio. Y, probablemente, según Streicher, hay que fechar también en Granada la que escribió a A. de Morales a 22 de octubre, si bien por esa época, según Las Casas, ya estaría el Almirante en Sevilla.

(2) Una de Barcelona a 5 de septiembre de 1493 enviándole «un traslado del libro que acá dejastes» y pidiéndole una carta de marear (la carta se conserva en el Archivo de Indias), y otra que se guarda en la Academia de la Historia y que publica Navarrete, III, pág. 506, de Laredo, a 18 de agosto de 1496, sobre «el viaje de la Archiduquesa».

horizontes históricos, pero es un jirón del espíritu tenaz, piadoso, melodramático e insinuante del Descubridor del Nuevo Mundo; es ésta una página sabrosa, sin duda. Y por eso tiene meollo de historia. No creemos que la Historia la constituya exclusivamente el dato objetivo, la *noticia*, casi siempre fría y disecada. La Historia es un libro plasmado de *humanidad*. Esta carta es una página íntima y aturdida de rubor del alma de Colón. El acaso aspiró a que eternamente permaneciese en puridad; por eso colocó su sello en los bordes mismos del billete. Nunca hubiese pensado que la Historia iba a sorprenderle de hinojos cabe la Reina y con el alma en trance de súplica ahogada en los pliegues de esta carta. O acaso, ¿quién sabe?... ¡Era el Almirante tan mañero actor!; pudo escribir esta carta precisamente pensando en la posteridad, o previendo la mirada fisgona y la sonrisita despectiva de algún palaciego de Isabel o de Fernando. Porque —y eso es cabal— la carta tiene un incontestable señorío.

Esta carta —sin par entre las autógrafas colombinas que conocemos, por su destinataria, por la época en que está escrita, por la influencia que tuvo en el cuarto viaje del Descubridor y por su tono íntimo— nos viene a consolar desde el Archivo General de Simancas de la tala que en los supuestos autógrafos colombinos hizo la crítica férrea de Streicher, puesto que desde su trabajo ha quedado incontestablemente demostrado que no son de mano de Colón las cartas con que se honraban nuestra Real Academia de la Historia y nuestro Archivo Histórico Nacional. Ahora, en España, al lado de las casas de Alba y de Veragua hay un tesorero más de un precioso autógrafo colombiano: el Archivo de Simancas.

El documento fué acaso el origen sentimental del cuarto viaje del Almirante a las tierras descubiertas.

No está completo por mutilación, que nos robó la segunda parte de la carta y la dirección del dorso.

El documento, en fin, viene a demostrar que la unión afecti-

va entre Colón e Isabel, que la tradición histórica nos ha legado, y la leyenda ha bordado de hechos históricos o maravillosos, no está desprovista de fundamento. Ya tiene un jalón documental aquella frase de Las Casas en el capítulo CLXXXIII del libro I de la *Historia de las Indias*, en la que se refiere a Isabel:

“Ella fué siempre la que, más que el Rey, lo favoreció y defendió, y así el Almirante tenía en ella principalmente su esperanza.”

Y la que estampa en el capítulo IV del libro II:

“Era, como ya se ha dicho, la que más le favorecía y estimaba, porque mejor sentía, por ventura, que el Rey, el servicio inestimable que les había hecho en haber descubierto este mundo de acá indiano.”

DE LAS ARMAS BLANCAS AL EJERCITO BLINDADO

LA EVOLUCION DEL ARTE DE LA GUERRA A TRAVES DE LOS SIGLOS

POR

OSÉ DÍAZ DE VILLEGAS

OBSERVA un tratadista español que la voz “guerra” —seguramente de origen germánico— es quizá por esto relativamente reciente en nuestro idioma. Suena por primera vez y en un solo momento, en el poema de Fernán González. Hasta principios del siglo XIII se habla de “fonsado”, de “fonsadera”, de “lid”, de “facienda”, de “hueste”, de “batalla”. Pero no de “guerra”. Sin embargo, aquí tampoco el nombre hace la cosa. La guerra —llámese como se quiera— es tan antigua y vieja como la humanidad misma. Es cosa que evidentemente no precisa de mayor aclaración ni prueba. Admitida esta verdad, descargamos nuestra labor de remontarnos a las primeras luchas de los humanos. La guerra no podía entonces —al librarse entre tribus y pueblos aislados— merecer los honores que luego le cupieron de constituir un arte: el arte de la guerra. Los pueblos de la más remota antigüedad, egipcios y asirios, medos y persas, constituían realmente conglomerados de países que se disgre-

gaban, al morir sus soberanos, entre luchas fratricidas y sin cuartel mantenidas por los príncipes respectivos, que aspiraban, cada uno, a restituir el imperio o confederación preexistente. No había ejércitos a la sazón, si por ejércitos entendemos grandes masas de soldados, disciplinados, armados, organizados y encuadrados por mandos permanentes. Existían sólo las guardias reales y personales de los soberanos, encargadas de vigilar y custodiar al rey. Estas guardias servían, cuando la guerra estallaba, simplemente de núcleos que aglutinaran en torno suyo masas enormes de vasallos, multitudes, a creer ciertos historiadores de la época, ingentes; pero sin cohesión, mandos, ni disciplina.

Es a la Hélade también a la que corresponde la creación de los ejércitos tal como hoy se entienden y conciben, aunque fueran éstos antaño bien distintos, en su forma, de las tropas actuales. Desde entonces la guerra había de constituir un arte. Del talento y del genio del artista, ¡cuántas cosas no han dependido y aun dependen desde aquella fecha!

El ejército vive en la sociedad, y hasta cierto punto es también una consecuencia de ella. La técnica y la industria crean el armamento, y, por tanto, influyen en su esencia en las instituciones militares. He aquí un concepto viejo que se ha pretendido descubrir ahora al culminar la evolución de la guerra hasta alcanzar la fase actual de "la guerra total". Hay, por tanto, a través de los siglos una evolución constante del arte de la guerra, que se refleja en la táctica, en la estrategia y en la organización.

La táctica —esto es, el arte de combatir— cambiaba, a decir de Napoleón en su tiempo, de diez en diez años. A decir verdad, cambió siempre, y hoy lo hace mucho más vertiginosamente. De los tres elementos que entran o intervienen en la batalla: los hombres, el terreno y las armas, el primero es el único que permanece invariable, porque las armas varían con la industria, y el terreno, absolutamente inmutable, cambia, no obstante, en

su aplicación porque los armamentos le hacen jugar un papel diferente en la sucesión de los tiempos. Un río era mucho más obstáculo, por ejemplo, para los ejércitos primitivos que para los actuales, dotados de poderosos servicios de pontoneros y aun de embarcaciones. Toledo, que tan espléndida situación táctica ofrecía a los ojos de los guerreros del Medioevo, defendida por el foso del Tajo, carece hoy de posibilidades naturales de defensa, como hubieron de comprobarlo los rojos con ocasión de liberarse el Alcázar. Los tombolos del litoral, excelentes posiciones tácticas antaño, no tienen ahora el mismo valor que entonces. Los ejemplos podrían multiplicarse hasta el infinito.

La estrategia dicen los tratadistas que es, en cuanto a sus principios, inmutable. Y es verdad. El principio de la economía de fuerzas, por ejemplo, es un axioma evidente y eterno del arte militar. Pero, en cambio, los tratadistas observan que la estrategia ve cambiar el modo de aplicar sus principios inmanentes. Las comunicaciones, los ferrocarriles singularmente, el automovilismo y la aviación han hecho que los principios eternos del arte se adapten al nuevo orden de cosas.

En cuanto a la organización, es mudable por la transición constante de los armamentos, y no menos tampoco por la evolución de las instituciones públicas. Grecia, por ejemplo, gusta de los ejércitos pequeños y selectos. El ejército ateniense es el ejército de una democracia elegida. No sirven en filas más que los adinerados. Los soldados se pagan no sólo sus equipos, sino que incluso mantienen a sus propias familias y, por añadidura, costean entre todos, los gastos de las expediciones. El ser soldado constituye un honor. Para la revolución francesa, al contrario, el ejército es una masa enorme de hombres, que pasa de 300.000 en febrero de 1793 a 1.200.000 en agosto del mismo año. Todos los ciudadanos son iguales ante la ley. A todos, en consecuencia, alcanza el deber de ser soldado.

La historia de la evolución del arte de la guerra alcanza

fundamentalmente cuatro fases principales. Estas eras de la gran historia militar de todos los pueblos, exactamente como las demás eras históricas de la Historia General, ofrecen gradaciones y matices propios. Pero en todo caso ello, si diferencia, no destruye la unidad admitida. La historia del arte de la guerra nos parece que podría sintetizarse en las fases o eras siguientes:

Era de las armas blancas.

Era de la supremacía de la caballería.

Era de la pólvora.

Era de la motorización.

Era de las armas blancas.—En realidad, ofrece dos períodos diferentes: las armas de hierro y las armas de acero, que mejoran y aligeran aquéllas, y permiten el desenvolvimiento de las tropas rápidas. Los armamentos de la época consisten en espadas, lanzas, picas y “pilum”. Las tropas deben adaptarse a las necesidades que imponían aquella clase de luchas. Nacen las formaciones típicas de la época: la falange helénica y la legión romana más tarde.

El arma nacional de Grecia es la pica larga. Era menester, en consecuencia, adaptar formaciones macizas, de modo que los combatientes se apoyaran entre sí. Los dispositivos de la batalla consisten, en efecto, en rectángulos humanos, compuestos por varias hileras de combatientes, erizados de puntas de picas esgrimidas hacia el frente. Los “hoplitas” se disponían así formando de ocho a doce filas, y aun dieciséis en tiempos de Filipo de Macedonia y de Alejandro. Estas formaciones constituían una verdadera muralla de hierro; frente al enemigo apuntaban agudos las puntas de las lanzas. Los escudos levantados sobre los cascos formaban una cubierta metálica impenetrable a las armas arrojadas. Así la falange podía atacar, defenderse y resistir, a condición de permanecer fieramente disciplinada y compacta.

Lo masivo de la falange no impedía la maniobra, aunque

ésta fuera limitada en amplitud y en posibilidades. Milciades actúa, por ejemplo, sobre las dos alas enemigas en Marathón; Epaminondas, sobre una sola ala en Leuctres; Alejandro escaloa la formación adelantando el centro.

El punto débil de estas formaciones era, bien se comprende, los flancos. Ardant du Picq, que ha estudiado sagazmente el mecanismo del combate en la antigüedad, ha descubierto perfectamente cómo los pánicos se extendían en aquellas formaciones compactas de atrás hacia adelante. Curiosa observación, por cierto, no lejana de lo que en tiempos más modernos ha podido advertirse cuando la evolución del arte de la guerra había superado aquellas formas originales de la batalla. Los soldados de las primeras filas, encuadrados perfectamente, enfrentados con el enemigo, no podían eludir el encuentro. Era al contrario, en los flancos y en las últimas filas únicamente donde la huída y la demoralización podían prender.

Roma comienza, como Grecia, contando con un ejército de elección. Con la república y los triunviros sólo sirven los afortunados de la suerte. Solamente los acomodados y los ricos podían tener el honor de servir en las filas. Fué en el Imperio cuando las cosas debieron cambiar. Roma dominaba toda la cuenca del Mediterráneo. Las legiones ocupaban la Galia y saltaban a la Britania y Germania. Los ejércitos necesitaban ser incrementados. Hasta 400.000 soldados debían reclutarse. Aparece entonces el mercenario. Los legionarios hacen tres juramentos: prometen obediencia, bravura y constancia y disciplina. Antaño, como hoy, esta disciplina debía ser la esencia misma de la institución armada.

Las armas se han aligerado. Los "hastarios" y "príncipes" usan el "pilum", esto es, la javalina, que es el arma favorita del romano. Cada soldado lleva dos o tres armas de esta clase. Los "trarios" conservan la pica. Los "vérites" son soldados ligeros que emplean javalinas más pequeñas. La caballería toma más

importancia. Los jinetes emplean lanzas y espadas. La táctica evoluciona sin cesar. Inicialmente la legión se dispone en orden de batalla de manera semejante a como lo hace la falange. Luego gana en flexibilidad. Camilo la forma constituyendo agrupaciones de diez hombres, dispuestas en sentido lineal, y, por último, aparece la formación cuadrada o en cuadro, disponiéndose sucesivamente por este orden los luchadores: "hastarios", "príncipes" y "triarios". De aquí el origen de la frase "está la cuestión en los triarios", con la que pretende indicarse la gravedad de una situación.

Es típico y característico de los romanos el organizar sólidamente el terreno y los campamentos y el resguardar completamente sus parques y servicios. En toda ocasión estos campos aseguraban la retirada en caso de un fracaso. En tal método veía Napoleón principalmente el fundamento de los éxitos militares de Roma.

Entre las batallas típicas y modelos de la antigüedad clásica, ninguna más interesante, en un ensayo de carácter militar, que la de Cannas librada entre romanos y cartagineses y capaz ella sola de otorgar a Aníbal el puesto preeminente que tiene entre todos los grandes capitanes de la Historia. Aníbal ha partido de España para llevar la guerra al mismo corazón de su rival. Acompañan al cartaginés guerreros ibéricos y nómadas, y en la Galia se le unen indígenas de allende el Pirineo. Salva los Alpes y penetra en Italia. En las orillas del Trebia, los soldados de Aníbal y los de Sempronio libran la primera batalla. El cartaginés logra una resonante victoria. En Trasimeno, Aníbal tiende una emboscada a Flaminius, resultando aniquilado el ejército romano. Roma, que ha perdido así dos ejércitos, pone un tercero a las órdenes de Fabio, que maniobra para no librar batalla y se empeña en hostigar y vigilar los movimientos del cartaginés. Roma prefiere, sin embargo, cambiar de táctica, y pone al frente de sus tropas a los cónsules Varrón y Paulo Emi-

lio. El capitán africano cae audazmente sobre la ciudad de Cannas, que sirve de base y de almacén de los romanos. Estos no pueden eludir el golpe y presentan batalla. Ochenta mil hombres se despliegan en línea; Varrón no aprovecha su superioridad

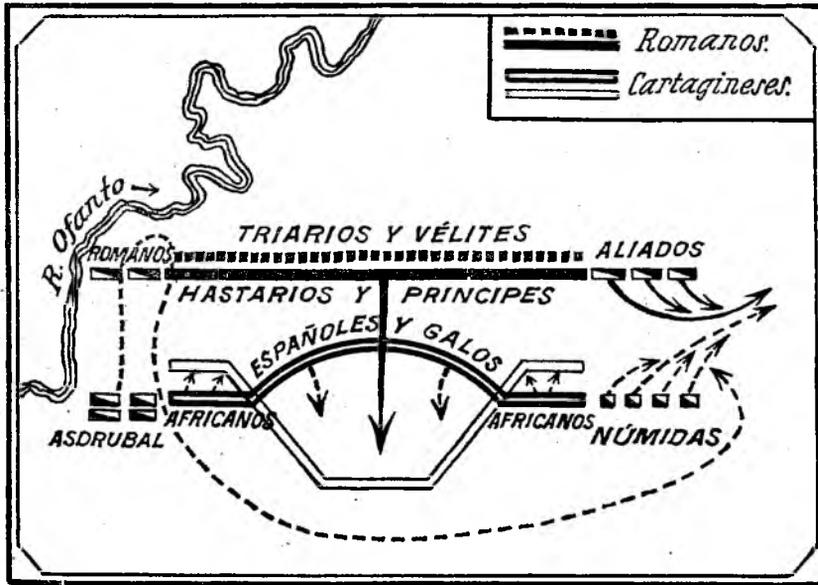


Fig. 1. —Cannas. La batalla librada por Aníbal contra los romanos de Varrón señala el modelo clásico de lo que se denominó luego «batalla de aniquilamiento».

dad de fuerzas. Coloca la caballería en las alas, conforme al modelo táctico de la época; en total, 2.400 jinetes romanos, que se colocan en la derecha, y 4.800 jinetes aliados, que se disponen en el ala contraria.

Aníbal, que había cruzado el Ebro, en el año 218, a la cabeza de 50.000 infantes, 9.000 caballos y 37 elefantes, no dispone en Cannas más que de 32.000 infantes y 10.000 jinetes. Coloca el cartaginés a los españoles y a los galos en el centro, flanqueados por los africanos, mientras que la caballería númida (2.000 caballos) queda en el ala derecha y la de Asdrúbal

(8.000 jinetes) se sitúa en el ala izquierda. Comienza el combate. Los romanos avanzan ordenadamente por el centro abordando el frente español y galo. Estos soldados, valientes, pero mal armados, ceden, aunque sin perder la formación. El frente se flexiona. El centro de Varrón penetra en él como un espolón amenazador. La infantería romana profundiza, como una falange maciza, cada vez más. En este mismo instante Aníbal responde con su maniobra genial. Refuerza el centro, y las alas formadas por los soldados africanos se cierran como charnelas sobre la maciza formación romana penetrante en cuña en el centro cartaginés. La caballería de Aníbal ha puesto en fuga a la romana y contribuye al envolvimiento. El desastre romano es terrible. La mortandad, horrorosa. Varrón deja 45.000 cadáveres sobre el campo. Los cartagineses no han tenido más de 6.000 bajas. Dos mil romanos más fueron hechos prisioneros. Sólo 15.000 consiguieron escapar de la tenaza de Aníbal.

Cannas ha quedado desde entonces como la fórmula completa y el modelo más acabado de lo que se ha llamado "batalla de aniquilamiento". Los estudiosos han profundizado sobre sus métodos y sus lecciones. El conde de Schlieffen publicaba sobre esta batalla un magistral estudio intitulado *Cannas*. Y sobre este mismo modelo, la laboriosidad y las vigilias de aquel genial soldado edificaron nada menos que el plan de operaciones para invadir Francia en 1914. Un plan acabado, completo y magistral, que no tuvo fortuna, sin embargo, porque, muerto su creador, fué encargado de ejecutarle alguien menos audaz o con menor fe en la victoria.

Era de la supremacía de la caballería.—La caballería es conocida de los ejércitos antiguos. Es probable que el origen de este arma montada date del viejo Egipto. Los antiguos egipcios conocían tres clases de caballería: la de los jinetes, la de los carros y la de los elefantes. La importancia que la caballería debía de tomar en el campo de batalla se advierte ya entre los orienta-

les y macedonios, y, como se ha visto, asimismo entre los cartagineses. La supremacía de la caballería debía de ser, sin embargo, absoluta y total. La hegemonía del arma duraría cerca de dos milenios. Prácticamente, desde la antigüedad hasta el Renacimiento. ¡Curiosos tiempos en que había numerosos militares, pero no existían ejércitos! En efecto, los señores alistaban para las empresas bélicas a sus vasallos. Los reyes tenían limitados derechos sobre los señores de la época. El régimen feudal influye, pues, en la organización militar tanto como en los propios armamentos. La caballería es muy numerosa y tiene en el campo de batalla táctico la principal misión. El señor cabalga en buen corcel y, protegido por su armadura, hace de la guerra el medio normal de la existencia de su tiempo. El arte de la guerra sufre un retroceso también en la Edad Media. No hay frentes. No hay batallas al estilo de aquellas de que la Historia se hace eco. Se cabalga siempre de un lugar a otro. Es la época de algaras y de las expediciones. Se domina lo que se ocupa de momento. Enormes extensiones sirven de campo de acción a la movilidad de aquellas fuerzas. Esto explica perfectamente las idas y venidas de nuestra reconquista, por ejemplo, y la existencia de esas "extremaduras" que viene a ser como un confín, un país-frontera, condenado a sufrir las correrías de una y otra parte en todos los tiempos. En su conjunto, la batalla ha sido reemplazada por una serie de encuentros parciales, con la particularidad de que el que manda combate simplemente como un soldado más.

La caballería, actuando contra los flancos del enemigo, vence ya en los combates y batallas antiguas; pero triunfa singularmente con los godos, frente a los romanos, en Adrianópolis (378); con los árabes, frente a los bizantinos; con los griegos, contra los sarracenos (en 863); con los cruzados, contra los turcos, en Dorylea (1097).

La caballería anulaba a la infantería en la época. Actuaba por la masa y por la velocidad. El peón resultaba inerte frente

al jinete. La infantería quedó reducida a montar la guardia en los campamentos, sin otra misión fuera de ésta que la de asaltar y defender los castillos. La caballería pesada, los llamados

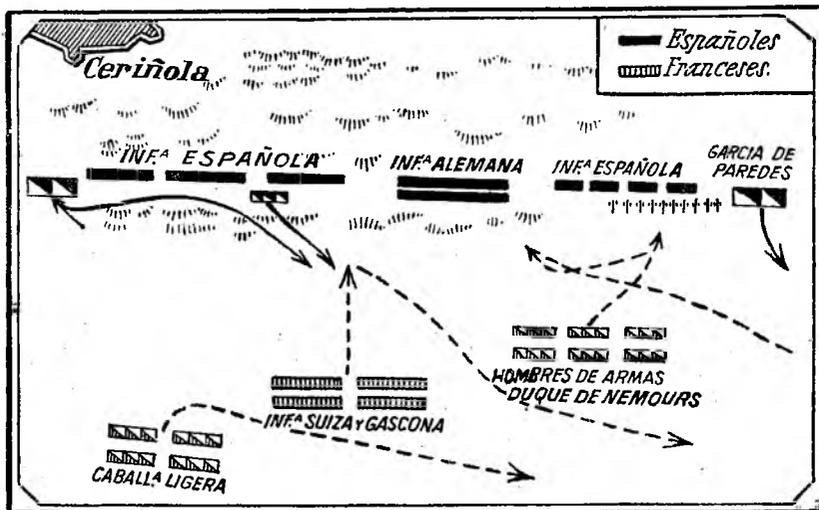


Fig. 2.—Ceriñola es un modelo de batalla defensivo-ofensiva. Con Seminara y Garellano marca una de las etapas más brillantes de las campañas del Gran Capitán, y señala el momento en que se inicia el renacimiento del arte militar, debido al genio y heroísmo de nuestros soldados.

“hombres de armas”, se impusieron así netamente. El arte militar estaba en plena decadencia.

Sin embargo, latía ya entonces el germen de una profunda renovación en los métodos bélicos. Las comunidades empezaron, en efecto, a organizar milicias, fuerzas éstas plebeyas y a pie que tuvieron desde luego la simpatía de los reyes, porque vieron en ellas el arma propicia para combatir a la nobleza. Poco después, por otra parte, los efectos de las armas de fuego se iban a dejar sentir cada vez más intensamente sobre el campo de batalla. Se estaba en vías de transformar completamente el arte de la guerra. La pólvora se ha descubierto en el siglo VII; pero las armas de fuego no surgen quizá hasta el siglo XIV.

Era de la pólvora.—Al compás de los progresos del armamento, no por cierto precipitados, van a evolucionar los métodos tácticos. Los suizos derrotan a Carlos el Temerario, en Morat, porque tienen ya superioridad de fuegos. El arte militar comienza a renacer. Este renacimiento tiene un precursor: un capitán español, Gonzalo de Córdoba. España ha luchado alrededor de ocho siglos contra los musulmanes. El genio de los Reyes Católicos organiza en España el ejército permanente; se mejora la organización de las milicias provinciales; se crean las unidades, que se llaman capitanías, coronelías, etc.

La batalla de Ceriñola puede quedar como ejemplo clásico de una época en la que el arte militar iba a renacer o, mejor —digámoslo más justamente—, renacía ya verdaderamente. Es el 29 de abril de 1501. Despliegan en línea la infantería española, la alemana y la artillería de Pedro Navarro delante de los franceses. El duque de Nemurs carga con sus jinetes. Los cañones de Gonzalo de Córdoba rechazan el ataque y causan graves estragos. Se repite más tarde el intento, y los arcabuceros consiguen nuevamente rechazar el asalto. Entonces el duque de Nemurs realiza una marcha a todo lo largo del frente español, en el que perece él mismo, además de otros numerosos caballeros que caen bajo el fuego de la arcabucería. Nuevos intentos franceses sufren idénticos fracasos. Es entonces cuando el Gran Capitán contraataca y derrota definitiva y completamente al adversario. Con escasas fuerzas el general español ha derrotado a un ejército mucho más fuerte y poderoso. En la derrota perdieron los franceses 3.000 hombres, toda su artillería, los bagajes y la mayor parte de las banderas. Las pérdidas españolas fueron muy reducidas.

Evoluciona el arte de la guerra sin cesar. A la resolución por el choque de la masa va a reemplazar la resolución por el fuego. Federico II debía de decir algún tiempo después: “Las batallas se ganan por la superioridad de los fuegos.” Y el mariscal

Blucher, olvidando su vieja tradición de húsar, pide en Waterloo artillería y más artillería para batir a Napoleón. El propio emperador, que había comenzado su oficio de general pidiendo cuatro piezas de artillería por cada mil hombres, termina de cla-

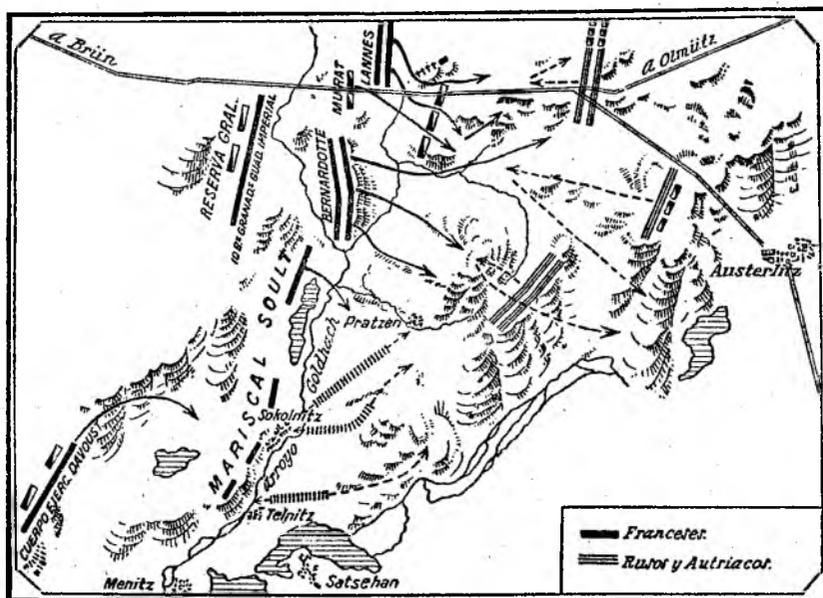


Fig. 3.—Entre las campañas napoleónicas, Austerlitz —la batalla de los Tres Emperadores— marca un hito gigante y es modelo, también, de batalla de aniquilamiento, aunque los métodos seguidos para lograrlo no fueran exactamente los de Cannas.

rando que: “La pólvora ha cambiado la naturaleza de la guerra; las armas de protección son hoy las principales. Es el fuego y no el choque el que decide la batalla. La fuerza de la infantería radica en el fuego. Es con artillería con lo que se hace la guerra.”

Austerlitz es una batalla clásica de la época napoleónica. Estamos en 1805. El emperador francés se encuentra con su ejército en Austria, en guerra abierta con este país y con Rusia. El 2 de diciembre de aquel año se va a librar la batalla decisiva

que deberá permitirle asegurar su posición en pleno territorio contrario. El ejército francés despliega en dos líneas. Detrás, en el centro, quedan diez batallones de granaderos y toda la Guardia Imperial, como reserva. Frente a aquél, los rusos y austriacos intentan una maniobra sobre las alas de las tropas galas. Al atacar divergentemente, los atacantes, es natural, se distancian. En el centro queda la colina de Pratzen, que Napoleón rápidamente ocupa. Desde allí parte, actuando en cuña, contra el dispositivo enemigo demasiado distendido. La caballería austriaca nada puede contra la infantería de Napoleón que al verse atacada forma el cuadro. Las columnas rusas caen prisioneras. Una de ellas cuando cruza las aguas heladas de la laguna de Satsch termina por perecer, porque la artillería francesa rompe, con su fuego, el hielo.

La derrota completa de los aliados significa para ellos la pérdida de 20.000 hombres (de los 90.000 que se alinearon), quedando otros 19.000 prisioneros, además de abandonar 184 cañones. Los franceses no tuvieron ni siquiera 5.000 bajas.

No es sólo la pólvora la que transforma el arte militar. Ha sido la Revolución francesa la que va a influir asimismo poderosamente en la organización castrense. Con Gustavo Adolfo, uno de cada diez hombres tiene la obligación de ser soldado. Francia, a finales del siglo XVIII, va a ser a este respecto mucho más radical que la Suecia del siglo XVII. La Revolución ha proclamado la igualdad de los ciudadanos ante la ley. Inicialmente, es menester decirlo, las decisiones de la Asamblea Constituyente no se implantan prácticamente. Hay por entonces un ejército que ahora llamaríamos regular, y otro ejército de ciudadanos, para la defensa del interior, que podríamos denominar análogamente de ejército territorial. Pero pronto las necesidades reales de la guerra —de una guerra a la vez sobre todas las fronteras— lleva a filas a todos los ciudadanos. Los ejércitos de la Revolución crecen así rápidamente. El 21 de febrero de 1793 hay sobre las ar-

mas, en Francia, en efecto. 300.000 hombres. El 27 de agosto del mismo año, las levadas en masa han llevado al ejército hasta 1.200.000 soldados.

Nace la nación en armas. Cada ciudadano es un soldado. Los ejércitos son el país armado. Se pasa rápidamente de la gran unidad División a la de Cuerpo de Ejército, y al Ejército en fin. Los ejércitos de la época se componen prácticamente de tres cuartas partes de infantería y el resto de las demás armas, singularmente de caballería. Los ingenieros constituyen un porcentaje muy débil.

Desde entonces el fuego ganará de día en día más importancia. Han nacido los fusiles repetidores; las ametralladoras, la artillería de tiro rápido. Los reglamentos definen la ofensiva como “el fuego que avanza”, y la defensiva como “el fuego que contiene”.

La guerra es mera pugna de armas de fuego. El maquinismo crece sin cesar. Aparecen las “batallas de material”, de la guerra europea pasada. El arte militar nuevamente ha retrocedido. Es técnica simplemente. Mero cálculo de balística y de transportes. Las batallas se hacen largas y cruentas. La fase decisiva del combate, que dura en los tiempos de la vieja historia clásica de quince minutos a media hora, que ha durado ya una hora con Federico el Grande, y seis con Napoleón, y ocho en la campaña franco-prusiana de 1870, va a durar ahora semanas, meses incluso, como Verdún, cuya batalla se prolonga, con diferentes alternativas e intensidades, desde finales de febrero de 1916 a diciembre del mismo año.

Como tipo de “batalla de material”, la de Malmaison ofrece un ejemplo característico. Para preparar esta batalla, que debe librarse por iniciativa del mando aliado, acumulan previamente los franceses el siguiente material: municiones de artillería de campaña, 64 trenes cargados; municiones de artillería de trinchera, 20 trenes; municiones de infantería, nueve trenes, y mu-

niciones de artillería pesada, 180 trenes. Esto es, un total de 285 trenes. Pero aun a estas cifras es menester añadirles otros 200 trenes cargados de material de ingenieros (madera, cemento, alambre, herramientas, etc.). En total, pues, alrededor de 500 trenes para el material solamente.

La batalla de material era cara; pero sobre todo era sangrien-

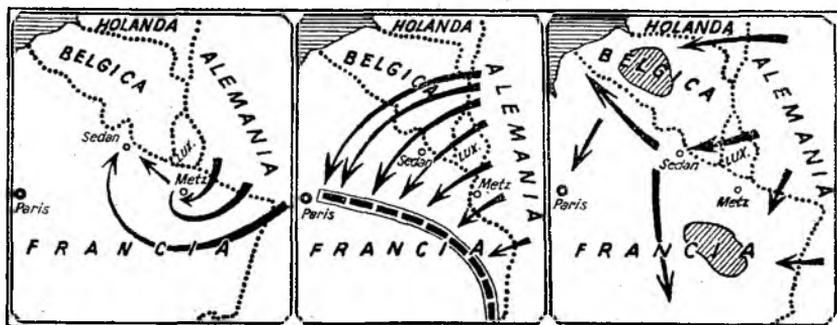


Fig. 4.—Tres operaciones de apertura en las guerras modernas de Alemania contra Francia. De izquierda a derecha: 1870, los prusianos envuelven y baten a los franceses en Metz y en Sedán; 1914, el plan de Schlieffen consiste en desbordar, en alud, por Bélgica; en 1941, los «panzer» rompen en Sedán, y por la apertura, el ejército francés del noreste y las tropas coaligadas anglo-belgo-francesas, en Flandes, son inmediatamente maniobradas.

ta. Francia perdió en la guerra europea pasada un hombre por cada 27 habitantes; Alemania, uno por cada 35; Austria-Hungría, otro por cada 50; Rusia, uno por cada 107; Inglaterra, uno por cada 58; Italia, uno por cada 78; Servia, uno por cada 32; Rumania, uno por cada 30; Grecia, uno por cada 310; Portugal, uno por cada 600; Bélgica, uno por cada 150, y los Estados Unidos, uno por cada millar. En total, las pérdidas definitivas sufridas, en los combates, por los beligerantes, ascienden de ocho a diez millones de hombres. Sin embargo, la resolución de la guerra no la dieron las armas; la dió la economía y el bloqueo. El arte militar había sufrido un retroceso brusco bajo el imperio abrumador del maquinismo. Un general alemán podía decir,

al terminar la guerra, que la victoria no correspondía al general Foch, sino al "general Tank". La defensiva parecía preferible a la ofensiva. El fuego primaba sobre la maniobra. La técnica del ingeniero y del artillero parecían constituir la fórmula sublime de la táctica de la época. La infantería estaba reducida, al terminar la guerra, a la mitad de los efectivos beligerantes. Un 36 por 100 correspondía a la artillería. La caballería resultaba muy mermada. La guerra pasada señala, sin embargo, dos nuevas armas, que se ensayan con éxito y que van a constituir positivas esperanzas del arte militar futuro. Nos referimos a los carros de combate y a la aviación. Ambos son hijos del motor.

Era de la motorización.—El motor, en efecto, es la última conquista de la ciencia que ha ganado para sí el arte de la guerra. El motor ha hecho posible el submarino, ha mejorado la calidad de la flota, ha permitido desarrollar ampliamente los transportes de carretera gracias al automovilismo, y, sobre todo, el motor ha creado los carros y el avión. Nacen nuevas armas; la aviación de caza, la de reconocimiento, la de asalto, la de bombardeo. Cuando la guerra europea termina, Alemania llega al armisticio con 40 tanques. No tenía más en servicio. Sin embargo, en Versalles se prohíbe al vencido disponer de carros y de aviación militar. Pasa aproximadamente un cuarto de siglo. Estalla otra vez la guerra en Europa. Alemania se lanza sobre Polonia.

Como la pólvora revolucionó al arte de la guerra, la motorización la ha transformado nuevamente. El motor ha dado al traste, exactamente igual a lo que antes hiciera el arma de fuego, con los moldes preestablecidos. Gracias al motor la guerra ha salido de su quietud. La "batalla de desgaste", terrible fórmula del arte decadente, ha sido felizmente reemplazada por la batalla clásica de aniquilamiento, según los métodos nuevos de la técnica.

Polonia fué una experimentación. La primera batalla-relámpago de la época. Los alemanes han aprendido la lección de 1918.

El "general Tank" es ahora general del Ejército alemán. Pero con la diferencia que la táctica va a beneficiarse de la mejor técnica del material. Igual novedad en lo concerniente a la aviación. El arte militar y, por consiguiente, la organización se ha complicado. Pero se ha perfeccionado. Al fin y a la postre, la vida es hoy también mucho más compleja que lo fuera nunca. ¿Por qué no debía serlo asimismo la guerra?

Han aparecido las nuevas grandes unidades. He aquí que de la vieja división de infantería clásica, nacida en la Revolución y modificada y perfeccionada luego, se han derivado las divisiones autotransportadas, las divisiones motorizadas y las divisiones blindadas. Estas últimas son como el espolón de acero que abrirá brecha sobre las líneas enemigas. Tras de ella se lanzarán para cercar al adversario las demás divisiones transportadas en automóvil. Las divisiones normales, las viejas y clásicas Divisiones de Infantería perduran. Ellas llevarán el peso de reducir y de aniquilar al adversario.

Ya antes de la guerra de 1939 las unidades automóbiles han crecido en todos los ejércitos. Francia, que comenzara la guerra, en 1914, con 6.000 vehículos militares, tenía al iniciarse la segunda guerra mundial 250.000. Actualmente los beligerantes gastan una cantidad de petróleo y esencia *seis veces mayor* que la que gastaran durante la última gran guerra. Cuando la batalla de los Balcanes comienza, los alemanes ponen en juego un número muy superior al de las grandes unidades blindadas que intervinieron en la campaña de Polonia. En Rusia, en 1941, las unidades acorazadas alemanas aparecen en cuantía siempre creciente. Nadie puede augurar las que surgirán en la batalla que se avecina. Pero en todo caso estamos en condiciones de asegurar que se ha pasado o se va a pasar de la División blindada al Cuerpo de Ejército acorazado. Estos Cuerpos de Ejército que van a operar en Rusia están formados por cuatro o cinco divisiones blindadas, esto es, en total, por 2.000 a 2.500 carros, lo que las

permitirá lograr una gran fuerza de perforación y al mismo tiempo una gran capacidad de penetración. La batalla moderna ha

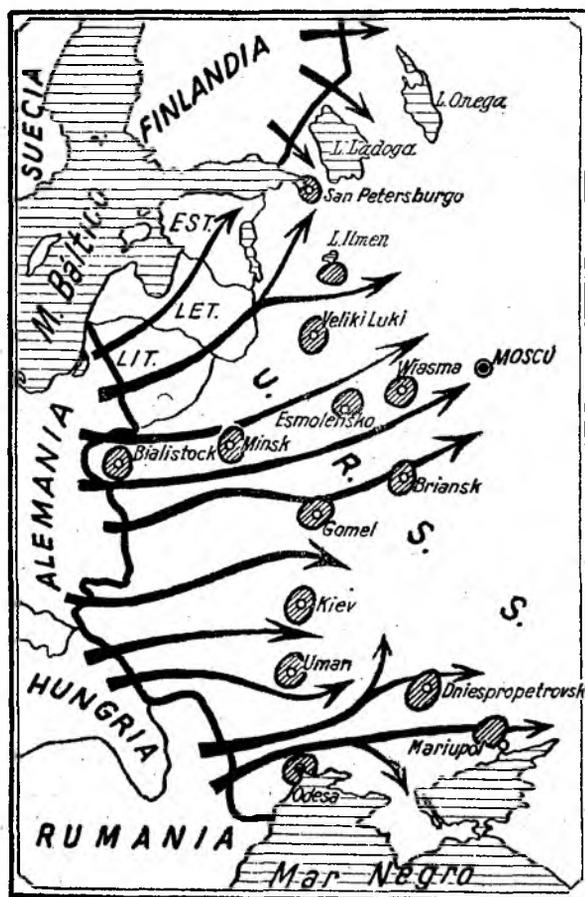


Fig. 5.—Síntesis de la batalla de Rusia en 1941. Los cercos rayados señalan el lugar en donde se libraron las principales «batallas-bolsas», típicas batallas de aniquilamiento en la táctica moderna.

cambiado. El modelo estratégico de Von Schlieffen había sido Cannas. Pues bien, la famosa batalla de Aníbal parece ser también el modelo táctico de la nueva batalla. Los carros hacen el

papel de aquella caballería cartaginesa: envuelven totalmente al adversario, y el aniquilamiento es logrado luego por la acción mordiente y tenaz de la infantería.

En resumen, la fórmula táctica de la batalla moderna es la

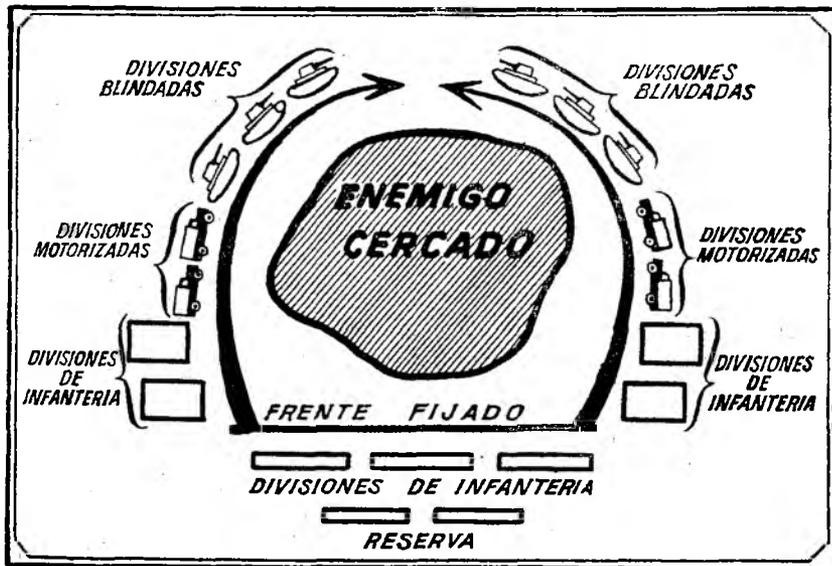


Fig. 6.—Esquema de una batalla de aniquilamiento moderna. La ruptura del frente enemigo por dos lugares permite lanzar en flecha las divisiones blindadas y motorizadas para formar el cerco. En seguida las divisiones de Infantería reducen el enemigo cercado. En sus líneas generales, una batalla de este tipo es como un nuevo Cannas, librado con ejércitos motorizados.

bolsa. Las unidades blindadas rompen el dispositivo adversario. La infantería, en automóvil, y las divisiones normales rodean y cercan. El aniquilamiento es el objetivo final de semejante táctica.

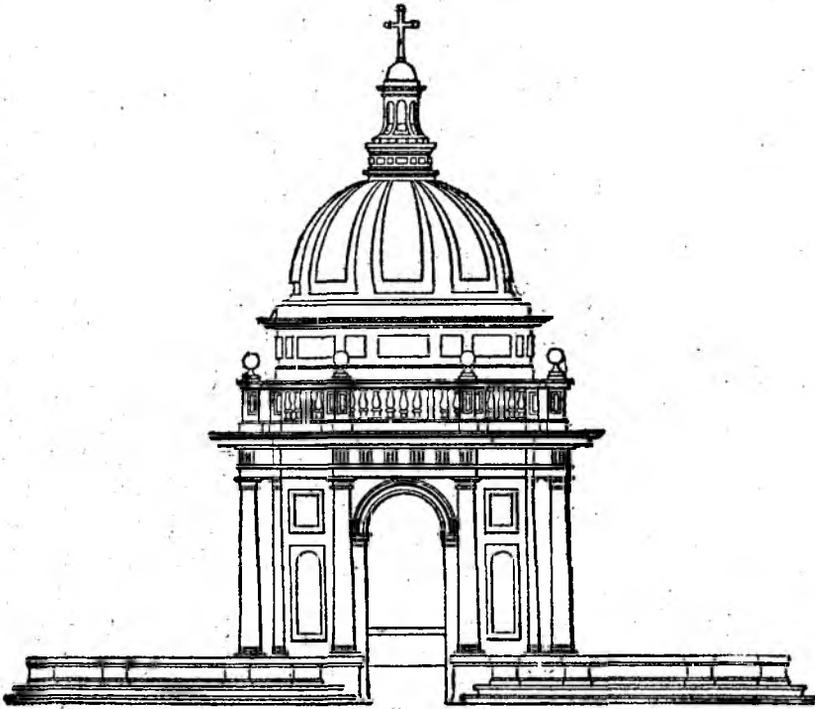
Objetivo clásico, por otra parte. Napoleón lo dijo: “No veo en la guerra más que una cosa: el grueso del ejército enemigo, para caer sobre él y aniquilarle. Conseguido esto, todo lo demás vendrá dado por añadidura.”

Nos encontramos, pues, lector, culminando una nueva fase

del arte de la guerra: la era del motor. Del motor del carro, del "panzer", y del motor de la aviación, cuya arma ha de colaborar al éxito interrumpiendo los transportes y movimientos de la retaguardia, contribuyendo a aniquilar la resistencia y empezando, desde luego, por imponer al adversario su neta superioridad.

La guerra ha evolucionado totalmente. La clasificación vieja de las armas entre Infantería, Caballería y Artillería huele a rancia. La infantería dispone hoy de un arsenal diverso de armamentos y medios que van desde el fusil y la granada, y la ametralladora, y el mortero, al cañón y al jinete de exploración y enlace. La Infantería es así, según la nueva organización, un arma compleja, que comprende diversas tropas. Algo semejante podría decirse de las demás viejas armas. En todo caso, lo más exacto es reemplazar la vieja clasificación de estas armas por esta otra diferenciación actual entre los ejércitos. Hay, en efecto, hoy, un ejército del Mar, un ejército del Aire, un ejército de Tierra y un ejército mecanizado.

He aquí la ecuación táctica y orgánica de la batalla moderna. La guerra se ha liberado así de las ataduras de 1914-18. El arte ha vuelto por sus fueros. Pero la técnica sigue cada día pesando más sobre la angusta misión del mando.



Poesía

José María Castroviejo: *Ascensión (Elegía a la muerte de Ion Motza)*. — Dámaso Santos: *Poema de la integridad del Duero*. — Vicente Serna: *Al río Duero*. — Azorín: *Diario de una mujer*. — Tristán Yuste: *La niña pindonga*.

ASCENSION

ELEGIA A LA MUERTE DE ION MOTZA

NO recompensa, mas victoria pido,
por Cristo ametrallado y por España
en nombre de mi patria, Rumania.
Dijo Ionel, el de la pura frente,
entre altivos y hermosos largos vuelos
de águilas de Valaquia, que deshechas
trenzaban en el aire sus adioses.
Se acercaba la hora de la muerte
soñada en las veladas del Arcángel
y anunciada por cien señales vivas
que los héroes recogen de los astros.
Mas ¿qué importa si firme el alma queda?
Los viles y cobardes gimotean
y, con espanto, de apartarla tratan
entre triste carroña sumergidos.
No así Ionel, que puro entre los puros
firme camina al cierto sacrificio
con el alma preñada de canciones
y una brillante luz en la mirada.
Mujer del héroe y hermana del Capitán
Iridenta en la prima hora del alba
ahoga un sollozo entre el adiós mezclado
un instante no más, luego sus hijos
alza, cual Niobe, al héroe que se inclina.

*

*Hondos los ojos, cual ágatas precisas
que ven España a dura muerte fija,
lentos se tornan, y en vuelco de esperanza,
reciben del Arcángel la promesa.
Los camaradas llegan y se aprestan
en torno de Ionel para el combate,
y Bucarest se siente estremecido
mientras ruge la bestia su impotencia.
Banica Dobre entre sus barbas de oro
sonríe cual Cristóbal del mañana
esperanzado y niño ante la lucha,
y el mal a sus espaldas es ligero...
Vedlos marchar a España desangrada,
a hombres del dócil mar del sur latino
entre un coro de altivos tercios ángeles
que ordenan y que ordenan. ¡Es preciso!
Cornelio, el Capitán, fijo medita.
¿Qué sus ojos taladran en la noche
honda del mundo que mejor soñara?
¿Qué sus manos amadas por fuertes legionarios
dicen al aire en el postrer saludo?...
Roto su corazón, deshecho estalla
en dolor que a los montes estremece;
a Ionel no verá ni a sus valientes,
y él está ya también predestinado.
En la fría llanura de Castilla
entre un surco de palmas y de estrellas,
se hace un alto silencio, estremecido
por San Miguel, que avanza con la espada.
Majada se tornó Majadahonda
ante Ionel al aire traspasado,
cuando fulgente en el avance noble
el corazón desnudo adelantaba.*

*La torpe mano, segadora turbia
de vida tan hermosa, ágil y bella,
¿sintióse retorcida por la cólera
que estremeció las grises hondonadas?
Breve momento. Pronto los hosannas,
el júbilo sin fin entre las nubes,
la ascensión hacia Dios: aunque en la tierra,
sigan sin duelo lágrimas corriendo.*

JOSÉ MARÍA CASTROVIEJO

POEMA DE LA INTEGRIDAD DEL DUERO

*Pudo ir al Mediterráneo, a Roma
madre, y no quiso por numantino.*

EUGENIO MONTES ("Balada de los
cinco ríos").

TOZUDO aragonés, vasco aborigen,
intranquilo y rebelde castellano
desde que nace pobre hasta que muere
rudo y cabalgador. ¡Oh Duero, en nervios
por venas de cristal y aguas carnosas!
Bien barbado en haciendas de maquila,
consciente del camino que te sigue.
Señor por estas tierras y collados
antes que Roma, y ya después, romano.
Que si la Roma antigua a bien te busca,
bravo y blando te encuentra, que tus soles
presienten la caricia de las termas
que con ella vinieron. ¡Castellano
Duero, de cortesías sin rebozo
y de broncos suspiros a manteles
por las praderas tibias, por los llanos
donde el pastor extiende —azul y cera—
su pliego de romances, que es la sola
floración de Castilla castellana!
Como yo y como todos éstos eres.
Tú no encrespas tus ondas a los vientos
nuevos de las estepas ni de la urbe.

*Porque tú, río Duero, con tus puentes
de todas las edades, entrelazas
la virgen muchedumbre campesina
con discusiones y con gestos graves.
El latín se hizo puente romancero
para que tú aprendieras en romance
la nebulosa de tu sueño idílico
y tu concepto puro de las cosas
—piedra es piedra; el fuego engendrador
nube, la ubre que amamanta; rosa
el denodado afán de primavera
que se agosta con sangre sin latido...—
Y así, cristiano. Y el rosario deja
en ti su última cuenta, avemaría
que concluyes en oro. Después trepa
hasta Santiago en nuevos peregrinos
la letanía que te dijo el Ebro.
Ya Portugal, a la vejez, te entrega
saudades y caricias, queja, amores
que apuras delirante como un mozo,
porque sabes a fondo los secretos
todos en que se esconden los milagros.
Los moros no bebían de tus aguas,
que buscaban sus fuentes parecidas.
Todo tu curso en nuestra guerra santa
fué sólo azul. ¡Duero de la Falange!*

DÁMASO SANTOS

AL RIO DUERO

Para Gerardo Diego, en la hermandad del álveo poético.

POR las tierras fecundas de Zamora
—tierras de pan llevar, vides de Toro—,
antes que zambulleses “en buen hora”

*en el Atlante tus lumbarés de oro,
conocí tu gigante reciedumbre
y el destino imperial de tu tesoro.*

*Derramándote casi allá en la lumbre
fosforescente de los verdes mares,
navegando entre mieses la alta cumbre*

*de la gloria imperial de tus azares,
supe del álveo que te trajo el mote
de río sin igual de los cantares.*

*Pues desde el tosco y balbuciente brote
del romano cantar del buen Berceo,
y de Gerardo Diego, el gran islote*

*que rodea su lírico himeneo
de algas marinas, de ocre castellano
y de ardoroso resplandor febeo,*

*hasta Machado, que tendió la mano
bendiciendo tus juegos entre pinos
desde el fanal de su rincón soriano,*

*te han cantado por todos los caminos
y han sembrado al azar por tus riberas
romances de cristal de los más finos.*

*Cantar quise también tus primaveras
al reventar tu amor en flor de harinas
de paso por aceñas maquileras.*

*Gustar quise el sabor de las pristinas
canciones de tu recio nacimiento,
y, ciñéndome al arco en que te inclinas,*

*tus nueve novias visité al momento
buscando el manantial de la fontana
que te diera al final tan bravo aliento.*

*Atravesé la hacienda castellana,
hundíme entre dos viejas cordilleras:
la Ibérica racial, la Carpetana,*

*y al pico del Urbión donde nacieras,
rompiendo el peñascal rebeldemente,
con ansias de cantarte me traieras.*

*Río Duero ceñudo, impertinente,
auténtico y severo castellano
de pulsos de cristal en la corriente,*

*con latidos de imperio a lo romano
y el temple de la espada vencedora
del Mío Cid, de tu bravura hermano.*

*Río Duero, arteria bienhechora
que de todas las fuentes y los ríos
las aguas bebes en felice hora*

*para dar a tus ricos manantíos
el duro cabalgar amplio y gigante
de pulsos firmes y de recios bríos*

*sobre los verdes lomos del Atlante.
Río Duero, pastor en serranías
y argonauta imperial mar adelante,*

*Los recuerdos de tus castellanías,
en el arpa inflamáronme la vena,
y embriagándome el alma de armonías,*

*corrí a la "dulce soledad amena",
de hondos silencios musical venero,
y compuse esta epístola serena
junto a los Arcos de San Juan de Duero.*

VICENTE SERNA

DIARIO DE UNA MUJER

POR

AZORÍN

¿Y por qué no he de escribir yo mi diario? ¿Y por qué no he de poner en el papel todo lo que voy haciendo y pensando? Estas preguntas me las he hecho muchas veces; otras tantas, después de haberlas escrito a la cabecera de un cuaderno, como ahora, he comenzado a escribir; quería yo escribir, naturalmente, cosas bonitas; pero no podía; mis esfuerzos resultaban vanos; todo lo que escribía era vulgar. Y he decidido escribir sencillamente. Pero ¿es que, en efecto, era vulgar lo que yo iba escribiendo? No era ni mejor ni peor que estas líneas, y estas líneas son sencillas y claras. Debo comenzar por el principio: no sé si soy joven o vieja; no sé si tengo muchos años o pocos; por un lado siento curiosidad despierta por todo —señal de juventud—, y por otro me siento desasida de las cosas del mundo: señal de serenidad que sólo los años traen. Escribo todo esto para darme gusto a mí misma; cuando tenga un cuadercito lleno con mi letra, me pondré en la baranda de la galería, la galería que da al huerto, y lo haré trizas; los blancos pedazos de papel irán cayendo sobre los verdes pámpanos

del parral. Iba a decir que como esos pedazos de papel que caerán son las ilusiones, que también caen, es decir, se desvanecen. Pero no soy sensibilera; si hay algo que me repugne es la sensibilería; no puedo sufrirla ni en el teatro, ni en las novelas; lo cual no quiere decir que no procure, cuando llega el momento, ser tierna de corazón.

¡Ay, si yo no lo hubiera sido tanto! Al llegar a este punto no sé si debo seguir. Hay cosas que, aun para mí misma, no debo decirles. Cuando vuelvo la vista atrás, vienen a mi memoria días de que no quiero acordarme. Ha pasado el tiempo y parece que es ahora; son de ahora —son como si lo estuviera sintiendo— las esperas angustiosas en las madrugadas, los muebles aporreados violentamente, los gritos de ira, las riñas en la mesa a la hora de comer, los desaires en público. El dolor continuado marchita el rostro; he pasado yo muchos dolores; no creo que mi tez haya perdido su tersura; acabo de mirarme en un espejito que tengo en la mesa; hace un año, las tocas de viudez hacían resaltar lo blanco y lo delicado de mi cara y mis manos. Ahora se me ocurre que en un diario debo decir algo del sitio en que me encuentro; acaso todo vaya algo desordenado. No me importa; si lo digo llanamente, habré conseguido mi propósito. Deseaba decir que el patrimonio de la familia —el de mis abuelos y el de mis padres— ha sufrido grandes mermas; de la hacienda por mí heredada no me queda más que esta casa y unos olivares, unos viñedos y unas tierras paniegas; la casa está en una vieja ciudad, a cuatrocientos kilómetros de Madrid; paso yo en Madrid algunas temporadas. La salita en que estoy escribiendo está orientada a poniente y da al huerto; me gusta sentarme aquí por las tardes y ver cómo el sol va descendiendo por encima del follaje de los frutales, y cómo después se colora el cielo, con el crepúsculo, de oro, de carmín y de nácar.

Hago un alto en mi tarea —tarea de muchacha— y luego

prosigo. Tarea de muchacha, no. ¿Cuántos años me quedan a mí de lozanía? ¿Seis, ocho, diez? (Algunos más serán; necesitaba abrir este paréntesis.) El huerto se halla ahora en su momento más bello —el del otoño— y yo estoy también en la edad otoñal. No, todavía no. Creo que este sosiego del otoño, junto con bellas prendas personales, es precisamente el mayor hechizo de la mujer. Tengo prisa por llegar al conflicto que me conmueve. ¿Cederé o no cederé? ¿Abriré un nuevo camino en mi vida o no lo abriré? En caso afirmativo, ceder es ceder a la bondad de un carácter franco y generoso, a una probidad nunca desmentida, a un perfecto caballero. Pero me acuerdo de que hace mucho tiempo me dijeron que no sé qué escritor francés tenía por lema esta frase: “Acuérdate de desconfiar.” A veces, estoy decidida a ceder, y, a veces, acordándome del pasado, aparto de mí ese pensamiento. Anoche escribí la carta decisiva; no diré si en ella digo que sí o que no; aquí la tengo sobre la mesa. Puedo echarla al correo o puedo hacerla añicos, como yo creo que sucederá con este diario.

No he de decir dónde estoy, ni cuánto tiempo ha pasado, ni lo que ha sido de mí en ese tiempo; desde el anterior fragmento de mi diario a éste han ocurrido muchas cosas y han transcurrido los años. No he de decir nada de lo que no quiero decir; y, sin embargo, poco a poco, sin querer, iré diciendo lo esencial. Y ahora me encuentro, después de haberme sentado para escribir, con que no sé lo que escribir. En la mesa donde escribo arden dos llamitas alargadas, ondulantes a veces, de dos bujías bermejas, puestas en un candelabro de plata labrada. Cerca de mí hay un montón de rescoldo en una chimenea de mármol negro. Voy diciendo lo que es accesorio en mi vida. ¿Y por qué no he de añadir que un reloj de bronce, colocado en una consola, acaba de dar dos campanadas que han resonado

en el profundo silencio? Una campanada y otra campanada; las dos de la madrugada; he estado leyendo, sin darme cuenta, como otras noches, hasta este momento. Todo reposa en la ciudad; en la ciudad y en el huerto, donde los cipreses recortan su silueta negra en el cielo traslúcido. Todo calla y duerme: la catedral, el palacio del Maestre, la Plaza Vieja, la Frenería, las Clarisas del arrabal. Y yo estoy en vela; en vela ante algo que acaba, como otras noches, por desconcertarme. En la misma mesa en que escribo tengo un espejo con recio y labrado marco, también de plata; el espejo es de obsidiana; muchas veces he ido al diccionario a ver lo que significa obsidiana y siempre se me olvida; compré en París el espejo a un anticuario; obsidiana es una piedra negra o de un verde oscuro que servía antiguamente de espejo. El mío es de un verde casi imperceptible. Y yo digo: ¿qué dama romana, o egipcia, o persa se habrá contemplado en esta piedra brillante, en una hora de soledad y desesperanza como esta hora?

No ha de publicarse este fragmento, como no se publicó el anterior; por eso hablo de desesperanza; en este momento las llamas tenues de las bujías bermejas ondulan. No soy sensible, ni supersticiosa. Pero esta noche, en esta hora de la madrugada, más que en ninguna otra noche, más que en ninguna otra hora, siento algo que me desazona. Parece que a lo largo de todas estas noches pasadas se ha ido formando un ambiente, en torno al espejo de obsidiana, que acaba también por envolverme a mí. El espejo está sobre la mesa, resplandeciente en la penumbra, y se ha convertido en el centro de todo; el espejo acaba por ser mi obsesión. ¿Y por qué? Porque han pasado los años y no soy la misma; me lo dice, desde el fondo de los siglos, esa bella obsidiana. Sí, no soy la misma. Tenía una vaga conciencia de ello y ahora cristaliza esa conciencia. Desde el primer fragmento del diario hasta el presente he ido viendo —lo veo casi angustiadoramente ahora— cómo, rodeada del cariño,

respetada, querida por todos, me iba faltando algo. Lo que me faltaba por grados, insensiblemente, es lo que falta a una mujer hermosa cuando, por el tiempo, deja de serlo. Y ese es el drama, sin drama; ese es el drama que la obsidiana, en esta madrugada, acaba de recordarme. Y lo más doloroso es esto que voy a decir para mí misma; lo más doloroso es lo que supongo yo que, desde hace miles de años, habrá ocurrido; lo que seguramente le habrá ocurrido a la dama romana, o egipcia, o persa que se haya contemplado en este espejo. Y es esto: ahora, cuando me falta la belleza y la juventud, es cuando tengo —y podría dar— una delicadeza, una ternura, una percepción del matiz, una comprensión de todo, que antes no tenía en igual grado. No tenía en igual grado esto que ahora tengo, y todo ello se perderá. No; perderse, no. Lo que quiero decir es que no puedo acompañarla, acompañar todas estas condiciones —como hubiera hecho antes si hubiera logrado esa finura—; no puedo acompañarlo, digo, con la belleza y con la juventud. Y acompañarlo, no para mí, sino para... No continúo; oigo la campana de las Clarisas del arrabal que está tocando a maitines. No, no continúo; ni aun sabiendo que escribo por escribir.

LA NIÑA PINDONGA

POR

TRISTÁN YUSTE

I

ENTRE dos luces la trajo un hombre a cuestas. Un cortejo de niños, de escandalosas brujas y de desocupados pregonaron su suerte. Vino doblugada, partida, sobre el tizado dorso de un carbonero. Su cabeza penduleaba inánime, acompañada al caminar saltón de las humanas parihuelas que la conducían. Parecía que jugaba, toda despeinada, buscando las cosquillas del hombre carbonero. Jugaba, sí; pero con la muerte. La muerte la venía persiguiendo, y ella le daba achares, achares que se rindieron en el frío lecho de la mesa de operaciones. Y fué de la muerte...

II

Por Cuesta Grande, gritos y carreras de gentes curiosas, sofocaban el véspero oloroso de otoño, con jaleos de furia desatada. Nos asomamos a las tapias del pilar de infecciosos a ver

qué era. Un hombre corría, llevando a las espaldas a una niña, en dirección de la puerta de la Casa de Socorro.

MÉDICO.—Alguna aporreadura —comentó mi colega al irse a la sala a esperar a la necesitada.

Puesto encima del portal de la casa, oí la irritación de la voz de la caridad pública, voz que era de niños y de viejas brujas y de gente privada por el sensacional relato. El barullo humano se amontonó en la puerta de la Casa de Socorro y se informó en la agria gacetilla de las mujerucas que asistían a la niña y rabiaban por contar el suceso.

VIEJA 1.^a—¡Maldito chofer!, borracho *perdió* y guiando un camión. Así ocurren, así ocurren las desgracias.

Una niña, esmirriada y redicha, escurrióse entre la multitud, llevando un cántaro que gorgojeaba agua rebosante, agua que chorreó encima de las manchas de sangre que la malograda dejó al pasar, diluyendo el lamparón llamativo de quimeras y de perros husmeadores.

NIÑA DEL CÁNTARO.—Escupe sangre.

El carbonero que la aguantaba en sus espaldas resolló arreglando la postura de la necesitada de socorro.

CARBONERO.—*Rebentá* que está.

VIEJA 1.^a—¡Añicos! ¡La ha hecho añicos!

El carbonero, la vieja y otro hombre entraron, con la niña, en el recinto de la Casa de Socorro. Su murmullo, chupalatrinero y repetidor, se fué parando en la distancia de los pasillos y, de él, no supe más. Fuéronse arremolinando los curiosos en la puerta hasta atreverse a entrar. Carrucho, el portero, salióles al encuentro. Los cuentos de los mirones se alargaban interminables.

LA PACA.—¡El borracho! ¡Y todavía quiso pegarle! ¡No le pegara a su...!

TÍA PARRACA.—Pues yo sí que le pegué. ¡Una *guantá*! ¡Ni su madre se la quitó!

LA PACA.—¡No se atropellara su...!

EUFEMIA.—No seas mal *hablá* y ten conciencia de adónde estás.

LA PACA.—Llora-penas, ¡llora y calla!

El portero las detiene de un golpe vocinglero, harto de parar enfermos resabiados, duchos en marrullerías.

CARRUCHO.—¡Fuera! ¡Lejos de aquí! ¡Largo!

Eufemia, la llora-penas, se acercó al portero, muy dueña del efecto de sus artimañas de sensiblería de mendiga caminera.

EUFEMIA.—*Probetica*, ¿se morirá? A San Braulio, don de los despachurrados, le rezaré por su gloria.

CARRUCHO.—¡Rézale a tu San Braulio o al diablo! ¡Largo!

TÍA PARRACA.—Mira el matarratas. Como si fuera esto suyo.

CARRUCHO.—¡Fuera, fuera!

TÍA PARRACA.—¡Pues no me he de ir!

La *tía* se plantó, despatarrándose, en el quicio de la puerta, con zuño de *no te menees*, y sostuvo, marimacha y agresiva, un atravesado parpadear del portero. Olores de botica de urgencia sintiéronse, turbando el aire otoñal, y la niña del cántaro, despabilada por el charro color de la sangre, se entusiasmó contando con los dedos sus gotas caídas y pisoteadas por el trucu-lento bullicio de los mirones. Un perro mamón, el de la Eufemia, hociqueaba la sangre, y la niña, para que el chucho no rabiara, lamiéndola, la enjuagó con el agua de su cántaro. Átareada en borrar la trágica pintura del sangriento rosario desgranado por los suelos, tropezóse con un objeto, una peineta, de la niña herida.

NIÑA DEL CÁNTARO.—Esto se le cayó.

CARRUCHO.—A ver.

El portero acudió presuroso a la arrebatía.

VIEJA 2.^a—No se la des —aconsejola, enterada y sabia de los sucesos de la vida.

EUFEMIA.—¡Ladrón de *probes*!

CARRUCHO. — ¡Llora-penas, las que vas a llorar! Y como la niña se le escapara, atajó su huída ordenándole: ¡Trae, tú!

Carrucho perseguía a la chiquilla del cántaro, y ésta, salvando el interés del hallazgo, esquivóse entre la gente, que por fastidiar y oír al portero le ayudó a escabullirse.

NIÑA DEL CÁNTARO.—No. Déjame verla. Y cuando estaba lejos de las manos del portero se detenía en la curiosidad de esta pregunta que a todos atraía: ¿La están rajando?

Carrucho, no cejando en su persecución, seguía la por el porche de la puerta, y la gente, ya olvidada de la que el camión destrozara, se divertía insultándole o jaleándole.

CARRUCHO.—¡Trae!

VIEJA 2.^a—¡Deja a la niña!

TÍA PARRACA.—¡Mira con quién se atreve!

CARRUCHO.—¡Trae!

NIÑA DEL CÁNTARO.—¡Que no! ¡Déjame que pase!

CARRUCHO.—¡No! ¡Trae eso! ¡No es tuyo!

NIÑA DEL CÁNTARO.—¡Más que tuyo!

CARRUCHO.—¡Se lo daré al médico!

NIÑA DEL CÁNTARO.—¡Eso, y yo, no! ¡Déjame entrar!

VIEJA 2.^a—Sí. Al *meico*. Ya quisiera... ¡A tu comadre, *pa* que la cuelgue en su moño pelón! ¡No se la des!

Desesperado, Carrucho no sabía adonde acudir, si a la vieja pécora, si a la niña, que desde lejos le sacaba la lengua y le hacía burla, si a las mujeres, que echaban un cuarto al pregonero de lo que vieran en hospitales.

EUFEMIA.—No quieren que la veamos porque le están dando su sangre a un tísico. Y luego, *pa* que *naide* lo sepa, la harán picadillo en la carnicería del cementerio. Eso fué lo que le pasó al *Burlaero*. La familia, cuando lo *vido*, lo encontró abierto en canal, tripas *p'arriba*, tripas *p'abajo*. Los hombres de

Dios, ¡si tienen *reaños!*, rajan la barriga a un vivo; pero ¡a un muerto! ¡Santa Leocadia bendita!

LA PACA.—Ni rechista. *Amos* adentro. Le han *pinchao* el corazón *pa* que el tísico lo chupe.

CARRUCHO.—¡Que no! ¡Bestias! ¡Fuera!, ¡fuera!

TÍA PARRACA.—¡*To pa* ellos, *to pa* ellos! *Pa* luego matarlos. Y ellos sanos y *coloraos*. Míralo que gordo está. De comer carne de criatura.

CARRUCHO.—¡Calla, tía Parraca, que te voy a *eslomar!*

TÍA PARRACA.—¿Tú a mí, tío borracho? ¡Calla ya, que le echas al alcohol matalauvas y te lo embuchas!

CARRUCHO.—Como no os vayáis, ¡por... que os arrancaré los pelos del moño! Y desató su boca, y la dió al diablo de las injurias, que se cebó en los pingajos que no dejaban de ase-diarle.

LA PACA.—¡Atrévete, roba-muertos!

EUFEMIA.—¡Te saco los ojos!

TÍA PARRACA.—¡Valentón! *Pudistes* con el difunto cuerpo de Rosalía la *Palilla*; pero no conmigo.

Las mujeres se abalanzaron contra él, lo acorralaron, lo golpearon, y él se defendió como pudo, a puñadas, a puntapiés, gritando y enfureciéndose más que las arpías, que chillaban por chillar, importándoles tres cominos el hospital y los enfermos y todo aquello que antes las apiadara. La niña del cántaro, aprovechándose del tumulto, se coló puerta adentro por el mismo camino que viera tomar al carbonero que llevaba a cuestas a la atropellada.

III

Me llamó una monja a la sala, y, al ir a ella, me encontré a la niña del cántaro que, una vez dentro del edificio silencioso de las camillas y de los embatados, había perdido su primitiva

audacia, la que pudiera con Carrucho. Medio oculta tras una gran maceta de boj, seguía, asustada, el ir y venir de las hermanitas y de los enfermeros. Pálida y anhelante, desorbitaba su mirar a cada ruido, a cada paso, llegado de la sala, de la terrible sala de operaciones que olía tan extrañamente. Su cara chupada, reducida en la barbilla a un ángulo, indicaba el vicioso desparpajo de sus modales, que la insultaban de golfanta por cada descolorido empeine de su cutis roñoso y transparente, de brillos resbaladizos e insanos al darle el reflejo de luces de puertas al abrirse y cerrarse. Me aproximé parsimonioso a ella, sin que lo notara, por evitarle el sobresalto histérico del podrido que ve al doctor, sobresalto que predispone al descaro de una enemistad franca y al odio.

Yo.—¿Qué buscas?

Miróme espantada, revueltas de miedo sus entrañas. Tullida de pasmo por verme y hablarla. Las pupilas de sus ojos removiéronse tímidas y pasmarotas señalando el quirófano.

Yo.—¿Es tu hermana?

Resolvióse a contestar, casi sin fuerzas, presurosa al decir:

NIÑA DEL CÁNTARO.—No. No tiene familia. Anda por ahí, por las calles...

Yo.—¿La conoces?

NIÑA DEL CÁNTARO.—Me rompió mi cántaro mocho.

La raíz de todo la suponía en sus instintos, extraviados por la mala sangre de una pésima crianza. Debió de vislumbrar estos reproches en mi quietud inquisitorial que pedía calladamente explicaciones, y ella, comprendiéndome, animó a su amor propio a desoír la prudencia del no responder y a justificarse, deslumbrando mis desconfianzas con su más sentida sinceridad, sinceridad que respunteó en sus órbitas ascuas encendidas al rescoldo de su corazón verdadero, y su boca replicó rápida, tragando salivilla airada:

NIÑA DEL CÁNTARO.—Le rompí otro.

Yo.—¿Quieres verla?

NIÑA DEL CÁNTARO.—No.

Yo.—¿Antes, sí?

Sin saber qué decir, de un respingo de caderas apoyó, nerviosa, el cántaro en su cintura. Miró para la calle, y, luego, se me confesó con la mirada, una mirada de desesperación y de inconsciencia a la vez. Trágica y juguetona. Con culibrilleos de picardías escarmentadas.

Yo.—¿La esperas?

NIÑA DEL CÁNTARO.—Se le cayó esto.

Yo.—Trae y vete. Se lo daré yo.

NIÑA DEL CÁNTARO.—¡No!

Callamos, sin saber qué decir. Yo, curioso por su pequeñez y grandeza que desconocía. Ella, no atreviéndose a lo que más ansiaba. No pudo más e inquirió, asustándose de su pregunta, temerosa de ella.

NIÑA DEL CÁNTARO.—¿Se morirá?

Su alma prendióse de la hebra de mis palabras, insistente, con ganas de saberlo todo y no enterarse de nada.

Yo.—Todavía no la he visto. Anda, vete. Tengo que hacer. Aquí no se puede estar.

Quedóse indecisa, sin saber qué partido tomar, restregando la peineta de la amiga contra sus muslos, atenta a los ruidos de la sala de operaciones, medrosa de ellos. Me volvió a llamar la monja.

Yo.—Si quieres, la puedes ver un momento, e irte en seguida.

La niña del cántaro no me respondió. Me alargó la peineta; mas, cambiando de parecer, la ocultó en su pecho y salió corriendo, sin fijarse en nada, ni en Carrucho, que, desde el descansillo de las flores del patio, observaba la escena, y que atajó su carrera. La niña fué a estrellarse contra el pecho del portero. Escurriósele el cántaro y se rompió en el suelo, con gran

estrépito de pedazos rebotones y charcos de agua. Desentendiéndose del desastre, sin parar mientes en él, dió un revoleo a Carrucho y escapóse por el zaguán del hospital, perdiéndose entre la noticiada gente de afuera, de plantón todavía por el desenlace del folletín gratuito de la niña pindonga y desamparada hecha añicos por la camioneta de un chofer borracho.

IV

La niña pindonga y desamparada, la sin familia, la vagabunda, la amiga de la chiquilla del cántaro, estaba tendida, boca arriba, en la mesa de operaciones. La habían desnudado, y sus ropas, hechas un liote sanguinolento, taponaban el boquete del brazo en jarras del carbonero. Situados todos alrededor de la niña, no pude verla de pronto. Mi compañero, inclinado hacia ella, la palpaba, meneando la cabeza vagamente, con desilusión de curarla. Me acerqué al ruedo amarillo del foco que alumbraba las manipulaciones de mi colega.

Yo.—¿Qué tiene?

MÉDICO.—La muerte encima.

Yo.—¿Pero...?

MÉDICO.—Siete fracturas. Conmoción cerebral, visceral. Heridas. De todo, y, luego, ¡tan depauperada! Un pingajo fisiológico. Ven y verás. Mira...

Vi a la niña. Tendría doce años. Sí, tendría doce años aquella noche, la noche de su muerte, la noche que jamás supiera, rodeada de tocas blancas y de pobres gentes apiadadas de ella y condolidas de su dolor, del dolor de esas sus angulosas formas, apenas pubescentes, contraídas y tronchadas, pálidas, con franjas oscuras de mugre y de sol, con pelusilla de fruta verde, agria todavía, con movimientos de espíritu niño que agoniza enmudecido. Su piel, curcusida de mataduras y de verdugones de cariz grosero, era una

piel fina, una piel transparente, una piel que era gasa cubridora de esa carne enflaquecida y de esas sus anémicas venas.

UN HOMBRE.—Y ¿no se puede hacer nada?

MÉDICO.—Muy poco. No durará ni media hora.

El médico enmarañó sus dedos en las greñas suaves y largas de la niña y analizó sus pupilas. Por las comisuras entreabiertas de la chavala un hilo de sangre, regurgitado en respiración rendida, pintarrajeó de rojo sus labios descoloridos y, salpicando por su cara, la enmascaró.

VIEJA 1.^a—Después de todo...

CARBONERO.—Después de todo, tú vives y ella agoniza.

VIEJA 1.^a—*Pa* ser una perdida, *pa* rodar por los caminos de Dios. Más le vale...

CARBONERO.—Dios crea a las criaturas y eso basta para que vivan, sea como sea, que todos tenemos nuestra cruz. ¿Verdad, hermanita, que todos tenemos nuestra cruz?

La monja de San Vicente de Paúl negó su opinión a aquella gente que no alcanzaba a la benignidad y dulzura de las tristezas terrenales, a aquella pobre gente angustiada por bondades que sólo eran humanas: de persona a persona, de yo por ti, y nada más; de aquella gente que, sólo y tal vez, eran buenas a causa del dejo melancólico que les embargaba, dejo debido al buen amor, a la melancolía de contemplar aquella niña, prometida a los hombres y a la vida, en aquel momento y para siempre ahuyentada de la existencia. La monja interrogada no contestó; pero la vieja sí que negó rotunda:

VIEJA 1.^a—Pero no *pa* que tú te la echés de buenazo! ¡Hipócrita!

MÉDICO.—¡Callad!

VIEJA 1.^a—¡Hombre sin entrañas!

Al ir el carbonero a apaciguar con gesto viril la gresca fomentada por la vieja insidiosa, el otro hombre desmayó las iras con un:

UN HOMBRE.—¡Que se muere!

Y era verdad. ¡Se moría! Sus miembros, cual caña de azúcar aplastada, exudaron un líquido viscoso que pedía dulzores de piedad y duelo, y se estremecieron cogidos por las últimas boqueadas de la agonía, y, agotados poco a poco, perdiendo su jugo vital en un leve trajinar de vientre y pechos, paráronse suavemente. Y el sudor chorreó hasta la cubeta rastrera, ya harta de sangre, siempre harta de sangre, y también de algodones y gasas henchidos y pesados de ella.

V

Desosegado y melancólico por el recuerdo de la niña pindonga, desconocida y muerta. Sí, desosegado y melancólico, con desalientos en mi pecho y en mi pulso, cavilé, sentado en una banqueta del quirófano, ideando toda su vida frustrada. La niña..., esa niña perdida para siempre, ¿qué significaba? ¿Perdida? ¿Para quién? La gente vocinglera ida y olvidada... ¿Quién pensaría a aquellas horas en la niña atropellada? Yo mismo, ¿cavilando por ella? ¡No! ¡Por mí! ¡Sólo por mí! Por ese choque contra una verdad súpita, vacía de palpitations, inconcreta, extendida por todo. No vista, sentida en el aire, en mi pecho, en mi pulso; desmadejándome, tambaleando el mundo que me sedujo antes de hoy, de ahora, de ese instante en que vislumbré, teñida de pajizo eléctrico, la fracturada forma de los huesos de los brazos, de los muslos, de las pantorrillas, de la niña pindonga y sin familia.

La tenía metida en mí, quieta, sin sentido alguno, dominadora en la elocuencia silenciosa de la noche. Me hablaba vagamente, y sus palabras, mudas, suspensas en su imagen desolada, gritando el aborto de su mocedad, me decían cosas de insuperable ternura. No creía en la misericordia, no creía en la vida, ni en lá

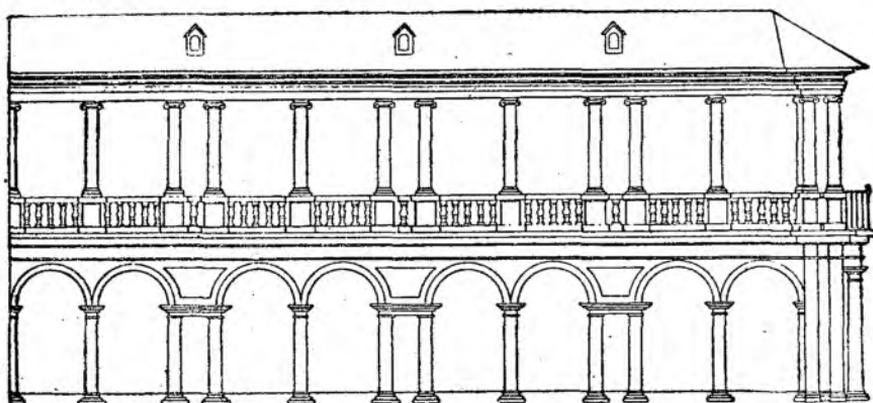
muerte, no creía en nada: ni en ella, ni en mí. No sentía su desgracia, no honraba su memoria, ni tampoco la desdecía. Sólo creí en la tibieza de una dulzura sin límites, comprometida en la igualdad constante de un reloj, allí presente, marcando ecuánime el tiempo y dando energías insospechadas a este anhelo mío de sumergirme en imprecisos ensueños, ensueños que me salían al encuentro al esforzarme en ahondar en el más allá de todo lo que acababa de ver.

A media noche fuí al depósito. Ya sabes. El depósito se encuentra al final de los pasillos bajos cubiertos de parrales enanos. Los pámpanos, una umbría punteada de diáfanos clarores de luz lunera, murmuraban el secreto y la lúgubre vigilancia de los tres grandes candelabros de latón dorado, erectos y sin cera, en una esquina del patio delantero del depósito. Por la atmósfera, una rara mezcla de olores jardineros de nardos, de uvas maduras, de pámpanos, de otoño, de paz y de difunto insepulto que empieza a pudrirse hinchándose, sonando a gases flatulentos y descompuestos, que se expanden desagradables, repicando la degradación de humores y de líquidos sin autonomía, que caen bajo la gravedad y el ansia terrible de la tierra.

Me paré ante las puertas del depósito de cadáveres del Hospital. Las encontré entreabiertas. Por primera vez me fijé en sus adornos. Cinco o seis tachuelas grandes de hierro roñoso y arañado, manchas de sangre y de pus, de miseria y de sudor pringoso, y chorreando allí por el trajín de los enfermeros al llevar y traer muertos. Inconsciente hurgué su madera y levanté una astilla. Vi presuroso el umbral de la fosa común y entré al depósito. Me apuré un poco por la niña hecha miga al presentármese tendida en el suelo pelado, en cueros, con los brazos alejados de su cuerpo. Su cabeza se inclinaba recostada en una camilla renegrida y paticoja. El rostro de la niña, guarnecido de cuajarones, sonreía vagamente. Acaso... No sé. ¿Qué sería lo que pensé entonces? ¿En su desdicha? ¿En que tendría que hacerle la au-

topsia? Al día siguiente la observé bien, y me pareció que su mirada vidriosa se hacía a la ceguera de la muerte, y que sus mejillas tenían un pronto amago de una gangrenosa gusanera.

Estuve allí un rato largo, quizás varias horas, compungido, inmóvil, hasta que tapé su desnudez con la lona de la camilla en desuso, y luego me fuí y me acosté en el diván de la sala de guardia. Amanecía. Sentí a la carreta del cementerio que venía a por la niña pindonga y sin familia.



Notas y Libros

NOTAS: *Valencia en Azorín*, por Agustín del Campo; *El secreto de Zunzunegui*, por Juan Antonio Tamayo; *Neologismos y arcaísmos*, por José D. y Díaz-Caneja; *El nuevo Conservatorio Nacional de Música*, por Federico Sopena. — **LIBROS:** *La preclara Facultad de Artes y Filosofía de la Universidad de Alcalá de Henares en el Siglo de Oro, 1509-1621*, de Juan de Urriza, S. J., por M. C.; *Psiche. La inmortalidad del alma entre los griegos*, de E. Rohde, por Emiliano Aguado; y otros.

NOTAS

VALENCIA EN AZORIN (1)

EL hallarnos pensando y escribiendo sobre Azorín nos trae al pensamiento todo el problema interior que late en la obra de un artista. Porque Azorín crea y constantemente vuelve la mirada a lo creado y a lo por crear.

La primera cuestión es ésta: ¿hasta qué punto se sincera el escritor con sus lectores? Yo respondería: hasta que bordea lo inconsciente o lo angustioso. Sirvanos un ejemplo. En cierto momento, escribe Azorín: "No he querido hablar nunca de mis libros, ni mucho menos... que me hablaran de ellos." Así, su espíritu parece querer evadir de lo ya hecho. El mismo afirma que lee sus obras anteriores con ojos extraños, algo sorprendidos; y que pensar en su producción pasada le impide centrarse en la presente y en la futura. Pero, como otras veces, el maestro no es del todo exacto. En realidad, toda su obra le interesa profundamente, le conmociona y angustia. Cualquier pasaje de sus últimos libros confirmaría lo que digo. En *El escritor* (Colecc. Austral, 1942) se pregunta: "¿Podría escribir hoy del mismo modo?" Y esta interrogación va dirigida a un período de juventud, de fluidez de estilo, que añora insistentemente. Habla, otras veces, con orgullo de los cincuenta hijos de su espíritu. Y la aparición de la vejez, que puede interrumpir las facultades creadoras, le produce miedo, un absoluto miedo. De este modo llega la inadvertida falta de sinceridad. Más fácil sería demostrar cómo lo inconsciente puede llevar a terreno engañoso.

En *Valencia*, Azorín no se ha propuesto objetivos tan complejos como en *El escritor*; todavía se conforma con ser analizado por la crítica, aunque quizá en su interior se rebele ya contra "quien es ajeno a la obra". Pero no por ello es tarea fácil la que se propuso el artista;

(1) Sobre *Valencia*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1941.

rememorar un período brillante de la ciudad levantina, a fines del siglo XIX. Período en el que Azorín estudiaba Derecho y empezaba a intervenir en la prensa. Interesa aquí, por tanto, saber lo que antes he averiguado: qué verdad nos espera en la confesión íntima. No obstante los casos aludidos, el autor es de una delicada sinceridad en la mayor parte de las ocasiones.

Mas, ¿qué significa ese volver la vista al pasado? Si en *Madrid* es evocación de una generación literaria, en *Valencia* es pura añoranza, embriaguez del espíritu en días juveniles y en tierras calientes, pintorescas. Y, prendida al recuerdo, también la ilusión de todo lo que vivió en Valencia, aun en tiempos remotos: historiadores, artistas, costumbres. Por último, reflejo de todo lo que Azorín supo después de Valencia. La obra pierde así el carácter puramente descriptivo y gana —suprema ganancia azoriniana— la ilusión, el cruce de lo real y lo imaginativo. También son de Azorín —en *El escritor*— aquellas palabras: “Nos situamos en lo futuro, y lo pretérito tira de nosotros violentamente.” Otra vez la presencia de lo vivido en el alma, la mirada perdida hacia atrás. ¿Cómo no pensar en las obras de antes?

Azorín defiende y admira la Valencia de fines del pasado siglo. Desde lo puramente natural —el paisaje, la inclinación— hasta lo transmitido por los siglos, hasta las personalidades de la época: Sorolla, Benlliure, Querol, Llorente, Serrano; los catedráticos de la Universidad, etc. En este caso también el pasado es mejor que el presente. Azorín escribe su obra después de haber visto la Valencia actual, que pierde mérito a sus ojos, comparada con la ciudad pintoresca, vívida, de su juventud. En esta apreciación no sólo interviene un criterio de artista, más también un criterio de hombre maduro, que ve cómo todo lo que constituyó un día su núcleo de vida, se ha desmoronado con el tiempo: “Conflicto entre lo pasado y lo presente. Lo pasado, que no podemos volver a sentir, y lo presente, que, ya faltos de fuerza, ya en la declinación de la vida, nos acucia, nos desconcierta y nos obsesiona.” Y para que el recuerdo se transforme en algo vivo, verdaderamente fresco, Azorín escribe una serie de capítulos emocionados, nostálgicos, breves, sobre temas diversos, pero todos relacionados con Valencia. Hasta de una comedia de Lope de Vega extrae tema —interesante y justo— para elogiar a la mujer valenciana. La voz del maestro suena a algo grave, dolido, mientras su pensamiento vuela hacia la depuración de los motivos más hondos de su vida.

No creo que Azorín haya perdido el impulso creador. Uno de los problemas que me atraen más en él —¿es Azorín un novelista?— me acude de pronto, aunque *Valencia* no haya sido catalogada como novela. No, nunca ha sido Azorín un novelista: sus tendencias estéticas se oponen a ello. El no desarrolla una acción como lo haría un espectador desapasionado. Sus personajes no se mueven por sí mismos ni llegan hasta el fin de sus objetivos. Constantemente, Azorín se mezcla entre ellos, interpone sus impresiones entre lo descrito y el lector. Es más: mediante la “interpolación” —de que después hablaremos— hace vivir a sus héroes en un mundo imaginativo, irreal, superpuesto al mundo en que se mueven. Lo escuetamente narrativo se deja ganar por la impresión personal, absorbente, y todo ello sin medida, sin contención. ¿Pero es que el maestro no se da cuenta de esto? Estoy seguro de que sí. Además, él lo tendrá como un avance en la técnica de la novela; yo no opino lo mismo. Por otra parte, el estilo azoriniano contradice al novelista: es demasiado fino, demasiado delicado, demasiado fluido para ser propio del género novelesco. Lo que nos cautiva por el balanceo estético rara vez adquiere categoría de fuerza directa, agitada. Creo a Azorín un maestro de la prosa “delicada” —según su adjetivo— o imaginativa, pero no un novelista. Y a la novela no se puede llegar exclusivamente por la intuición, que es el punto más alto hacia el que deriva Azorín.

En *Valencia* leemos notas interesantes sobre el estilo del autor: “Porque de la eliminación depende el tiempo propio a la prosa. Y un estilo es bueno o malo según discurra la prosa con arreglo a un tiempo o a otro. Según sea, más o menos lenta, más o menos rápida. Fluidez y rapidez: esas dos son las condiciones esenciales del estilo, por encima de las condiciones que preceptúan las aulas y academias: pureza y propiedad.” Hacía tiempo que yo había observado la función integral que desempeña la “eliminación” en Azorín. No se trata sólo de suprimir lo inútil; cualquier escritor hace lo mismo. Pero sí de poder “saltar intrépidamente” de la nota anterior a otra nota más alta. Y el lector imagina ya lo que ha quedado en medio, lo que el artista no ha dicho; es dar participación al lector en la obra literaria. Un ansia pura de originalidad, de selección de perspectivas, se desarrolla así en Azorín, que recorta paisajes diversos y los une con una extraordinaria habilidad. La “eliminación” puede darse de distintas formas: unas veces, de acción a acción o de descripción a descripción, es

decir, de igual a igual. Pero a Azorín le gusta más pasar de la acción a lo pensado, de lo real a lo invisible, de lo agudo a lo cándido, o sea correr por un plano inclinado, desigual. Piénsese en la arquitectura de su capítulo "Las fallas", uno de los más certeros y originales de la obra, en que el tema de lo exterior, de lo popular y chillón se cierne como una amenaza invisible sobre el dolor femenino; aquí la "eliminación" ha sido completa.

Mas tampoco deja el autor de utilizar otro elemento, al que para nada alude. Es lo que yo llamo "interpolación". Si la "eliminación" era dejar en una oscuridad súbita detalles conocidos, la "interpolación" ilumina regiones no sabidas, zonas a las que se llega por una ávida imaginación. Acaso este esclarecimiento tenga mayor importancia en la obra azoriniana que la supresión de elementos indiferentes. Para eliminar es precisa la observación; para interpolar, la intuición. Azorín no puede dejar de imaginar, de sostener nuevas ficciones. Aun teniendo todos los datos en su mano, necesita añadir una impresión inédita, propia. Ni siquiera al tratar un personaje histórico evita esta forma de crear. Porque no cree en los historiadores al uso ni en la mera erudición. Piensa siempre en una súbita iluminación del espíritu que no proporcionará el documento. Pero el eliminar, el buscar el detalle convincente, puede llevar anejo un peligro, al que alude conscientemente Azorín: "Y tal vez en el acervo de los recuerdos quede más grabado lo que es accidente que lo que es fundamento." Maestro: ¿sólo en el acervo de los recuerdos? ¿Y no en la obra finida, caliente?

Hay una lucha en el alma del autor; una lucha entre cientifismo y literatura creadora. "De esa pugna había de nacer en mí toda una estética" —dice él mismo—. Nada más cierto. Azorín, como todo ser de espíritu elevado, tiene por más alto lo que sea humano y eterno, con preferencia al mísero vuelo del libro de consulta. El maestro se obstina en sus obras por mantener el predominio de la creación, aunque no desprecie completamente el cientifismo en su más puro sentido. Pero *Valencia* representa, en algunos momentos, una peligrosa concesión. En casi todos sus capítulos hay alusiones a libros, a veces no muy conocidos, que le sirven de apoyo para algo. No me parece mal emplear con justeza ese procedimiento; mas en esta obra resulta excesiva. Hasta hay instantes en que no entreveo la finalidad de la cita, y menos aun el nombrar a los editores o el lugar de impresión. Mas no por eso creo en un alarde de erudición. Considero este hecho como resultante de la

edad del escritor y de su desconfianza, en ciertos instantes, por la labor realizada.

Azorín, como siempre, enmarca perfectamente a sus personajes. Hay una verdadera obsesión en él por no dejarlos sueltos, vagando en el espacio. Aunque se trate de una relación rápida, Azorín describe minuciosamente —sin dejar de eliminar— el paisaje o la casa, el pueblo a la región. Unas gotas de lluvia o el brillo de sedas en un cuarto le basta para componer un cuadro intenso, con vértices atractivos, en el que la presencia de los objetos, esa “obsesión por las cosas” de que él mismo habla, se deja sentir fuertemente, uniéndose de magnífico modo a los vaivenes interiores de los personajes. Por algo Azorín ha deseado siempre ser pintor. Sobre todo le seduce presentar interiores, estancias finas, delicadamente amuebladas con pinturas españolas, o bien pintorescas viviendas de cualquier región, en las que se alinean bellamente figuras estilizadas. Azorín ama la insistencia musical de lo accesorio sobre el tema.

Los intérpretes de sus narraciones suelen ser poco vulgares. Casi siempre figuran en ellas entes arrobados, invadidos por penetrantes sueños. Azorín no tantea en lo propiamente psicológico. Juzga al psicólogo y al filósofo equivocados por distintos caminos. Así se separa una vez más de la novela. Los personajes azorinianos viven irrealmente, traspasando los límites de lo cierto y lo concreto. Escribe el autor: “Toda literatura... no puede subsistir si no se apoya en una base auténtica y sólida de realidad.” Y sus obras parten de la realidad, pero la dejan en seguida —a ella, la grosera, la material— para adentrarse en esas nostalgias que simbolizan una realidad espiritual.

Se plantea el maestro finos problemas sobre el estilo y el idioma; en esta última época de su vida se han renovado con fuerza. ¿Cómo debe ser el estilo? Natural, claro, sintético, rápido. Azorín desdeña las gramáticas oficiales, ataca el purismo intransigente y las normas escuálidas. Censura a Bello y hasta al erasmista Juan de Valdés, al que se refiere con frecuencia; no se fija en todo lo popular que hay en el *Diálogo de la lengua* —los refranes como punto de partida de una norma lingüística— y sí, en cambio, en que es un libro que no sabe a castellano.

En cuanto al idioma, Azorín vigila sin cesar las palabras. Admite un vocabulario claro, sencillo, comprensible para todos, pero en el que se dé cabida al arcaísmo y al neologismo.

El uso del arcaísmo abre una puerta al vocablo rezagado, caído

en el olvido. Hacia él asciende Azorín a través de sus lecturas clásicas, que le permiten espigar en la abundante perspectiva. Y el maestro se pregunta a veces por qué determinadas palabras bellas se han fosilizado, siendo sustituidas por otras menos eufónicas. Azorín resucita arcaísmos, movido por una intención estética. Pero considerar más elegante la forma antigua que la moderna, no presupone, de ningún modo, el que, en principio, esta forma que ha persistido no triunfase también sobre otra por cuestión igualmente estética. Recordemos que Vossler dice que, en toda transformación lingüística, el punto principal, determinante, es el gusto, la estética. Así, puede hablarse de gustos de época. El de Azorín —y acaso el nuestro— prefiere otras palabras menos gastadas. Y es que el uso empaña lo más bello. Debe tenerse en cuenta ese desgaste corrosivo que se ejerce sobre ciertas voces. Sea como sea, Azorín resucita arcaísmos, mágicamente dormidos en la conciencia y en la voz —sobre todo en la voz— de un pueblo.

¿Y el neologismo? Se produce más fácilmente, trayendo una nota de mayor creación individual que el arcaísmo. Crear palabras nuevas, ¿quién no lo desea? Crearlas y también propagarlas. El idioma no lo forja sólo el pueblo —¿es ésta una idea primaria en el neologista?—, sino también el intelectual. Pero el neologismo no suele nacer por motivos tan estéticos, tan de color, de gusto de época. A veces, lo inicia una posibilidad dada por el mismo juego del pensamiento: cambio de sustantivos en adjetivos o verbos, y al contrario. Otras veces resulta por la concreción de la frase o por la brevedad de un período. Es cierto que la concreción o la brevedad pueden ser normas estéticas, pero el vocablo nuevo entra como uno más y no se destaca por sí solo, armónico, perfecto. Mas tanto el arcaísmo como el neologismo pueden nacer —y éste es su mayor valor en nuestro caso— de verdadera necesidad idiomática para expresar lo que en nuestra lengua falta. El pueblo crea y transforma una lengua, pero su mentalidad es múltiple, heterogénea. Al artista toca seleccionar, recoger, aunar tantos trozos dispersos, creando un lenguaje literariamente nuevo.

Azorín roza un problema que apasionaba también a Bécquer: el artista y la lucha por la expresión. ¿Puede darse forma a todo lo que siente el creador? En general, casi todos los artistas han intentado alzar una estructura formal sobre sus sensaciones e imágenes. Pero hay quien ha ido aún más lejos: “los que han luchado por expresar lo inexpressable”. Para estos seres, de arte puro, selecto, Azorín tiene siem-

pré un elogio. No puede extrañarnos ya que el maestro proclama que en el arte lo esencial es lo selecto. Sin embargo, no imaginemos que su selección está elaborada de un modo frío, forzado, pues lleva siempre el contrapeso de lo añejo, de lo agradablemente arcaico, de lo popular. Y todo su arte refinado, íntimo, de planos cruzados, tiene un sabor claro y dulce, de frescura amable, de simpática expansión, matizado de refranes y modismos. No se encierra Azorín en sí mismo. ¿Cómo podría dejar sus pueblos, sus vecinos, sus vidas recias y calladas?

Para Azorín, el tiempo constituye una verdadera obsesión a todo lo largo de su vida. Es doloroso ver la destrucción que el tiempo impone en lo que nos rodea; pero nos es en cambio tan querido el transformarse de las cosas. ¡Si, al menos, el ser presente pudiera detenerse en sus impresiones y recordar tales como fueron las imágenes, los sucesos de una vida amada! Mas tampoco esto es posible. El tiempo nos devora, se sacia con nuestras reacciones, y exige siempre una postura ante lo nuevo, ante la variabilidad, el fluir de las cosas. En uno de sus más dolidos capítulos —el del caballero de Alberique, pálido y grequista—, Azorín expresa la angustia por las cosas que, sin morir físicamente, se transforman. Podemos amar a una configuración determinada; pero cuando ésta se diluye o se deforma por la dolencia interior, ¿qué nos queda ya del ser querido? En realidad, amamos ya sólo un recuerdo, una ausencia de este ser presente que va cambiando en nuestros brazos.

Presente, pasado, futuro. ¿Quién los gobierna, quién los determina? Azorín retrocede supersticiosamente al verlos barajados en las gramáticas. Algunos tiempos verbales, apenas pronunciados, se convierten en verdaderas obsesiones. ¿Cuándo se realiza la acción que expresan? ¿Antes, ahora, después? Como siempre, el concepto del tiempo se escapa de las manos. Si Azorín —como Bécquer— no sintiese tan hondo el poder del ensueño y no confundiese la realidad con lo imaginado, el problema del tiempo en él sería menos agobiador. Mas, de este modo, él vuela y hace volar a sus personajes por regiones en que el tiempo y el espacio se cruzan y se entremezclan. ¿Qué más da una época u otra en la evocación, uno u otro paisaje? Pero, en otras ocasiones, Azorín busca el emparejamiento histórico y espacial con la exactitud relativa que él les concede. Es característico el retrato del profesor Villó. Parecía estar dando clase en Valencia y, sin embargo,

se hallaba muy lejos de allí. El presente y el pasado se confundían en él, pero no físicamente, como en el caballero de Alberique, sino espiritual y profundamente.

El tiempo y el espacio son "barreras infranqueables". Azorín ha luchado siempre por saltarlas. Y, al fin, lo consigue en su obra. Uno de los hermosos capítulos de ésta —"Los milagros de San Vicente"— demuestra ese modo maravilloso, único, de transgresión de todas las normas, en una prosa emocionada, llena de un cariño profundo por el joven soñador, héroe de la narración. Es cierto que éste vuelve al presente, pero, en un momento dado, se evadió de la peligrosa tiranía. En este sentido, recuerdo una no muy moderna película —*La plaza de Berkeley*— donde el mismo resultado se logra con igual encendido brío.

Mas el maestro no deja de hallar eternidad en las cosas. Valencia puede haber perdido muchos de sus caracteres; pero en ella perdura algo inmutable, algo válidamente sustancial, eterno, que el escritor percibe y agradece al final de su obra. Difícil es hallar lo eterno en la vida terrestre; pero la compenetración interna, absoluta, con algo, produce ese choque rápido de lo fugaz y lo permanente, ese choque que tiene mucho de creación propia, de originalidad. Y Azorín, sin poder contemplar Valencia, encuentra su espíritu en un momento así.

Aun más: Azorín es un gran amador de lo pretérito remoto, de lo que él no llegó a conocer. Esto puede evocarlo a través de lecturas y de impresiones vividas en las calles o en estancias de típico sabor. Un viaje por el pasado —pero no por el pasado de uno mismo— puede realizarse. De nuevo, se sale el maestro del tiempo cercano, opresor. La inseguridad de la vida, la mutable condición de las cosas, estrecha, acomete, el ánimo azoriniano.

Recordemos los finales de Azorín. Finales de capítulo o de obra. ¿Acaso no están resueltos según una angustia del tiempo? Siempre el final es una interrupción, una bella interrupción. Como si nos apartasen súbitamente de un mirador, la escena desaparece. Pensamos por un momento que aquello podría haber continuado, pero no: así está mejor. La acción queda detenida; el tiempo está allí con sus personajes, y no deja de circular por el aire de la obra, como no dejan de moverse los héroes descritos.

El recuerdo, la añoranza pretérita de la patria, aguija también su carne. Mejor aun: todo lo que puede evadirse lejos del contorno nativo. Se gana el conocer más, mejor, a la Patria, pero se pierde el con-

tacto con su espíritu, con su tradición y con su lengua. Hablando de Luis Vives, no puede Azorín reprimir un estremecimiento y una pregunta: ¿cómo hubiera escrito el valenciano de no haber usado el latín? Y lanza una dolida exclamación: “¡Ay, pagamos nuestra culpa y vamos a ser, perpetuamente, extranjeros en nuestra Patria!”

El antiguo contraste entre lo variablemente personal y lo austera-mente objetivo se deja notar en estas frases: “¿Es lo perfecto la carne palpitante o lo es el cristal límpido? ¿Lo es lo subjetivo o lo impasible?” Mas, si no aquí, la pregunta se halla contestada en otras obras: lo perfecto es la carne palpitante, lo móvil, lo vivo.

También su “desasimiento de las cosas” —con el acercamiento a los místicos españoles— forma parte de una tendencia latente en toda su producción. El creciente influjo de la voluntad, los elogios a su propio teatro, las citas abundantes de clásicos —Gracián, siempre en cabeza—, junto con un “individualismo irreductible”, completan las facetas múltiples de esta obra digna y amable con todos. *Valencia*, en fin, llega como un recuerdo insistentemente próximo, melancólico y dulce del gran escritor.—AGUSTÍN DEL CAMPO.

EL SECRETO DE ZUNZUNEGUI

EN aquel pueblecito de la ría, con iglesia gótica y calles empinadas, con un muelle “que se mete Abra adelante y sirve en verano los mejores sorbetes de brisa”, había dos muchachos, Andrés y Anselmo, con vocación de escritores. Inevitable rivalidad los separa; coincidencia de aficiones los une. ¿Quién sino Anselmo podía entender las brillantes metáforas de Andrés? ¿Quién sino Andrés era apto para gustar de las deshumanizadas historias de Anselmo? Ambos se reparten artísticamente su ría tirando desde la cumbre del Rontegui una línea bien recta que dividiese su mundo literario de igual modo que la línea alejandrina quiso separar las rutas de los navegantes portugueses y españoles. Anselmo, al fin, triunfa en la lejana gran ciudad; su sensibilidad, atenazada por la fría mano de la vida del solitario entre la multitud, se vierte en las cuartillas. Andrés, fracasado como escritor, ha compartido con otros seres dichas y sufrimientos; su obra, que le son-

ría filial, es una jovencita de ojos claros, gentil promesa adolescente. "Créeme, daría toda mi obra por una hija así...; en el fondo soy un equivocado", afirma Anselmo. Pero Andrés, para quien la gloria literaria no lograda es aún espejuelo, no cree en la sinceridad de su amigo.

Forma parte este cuento —"En aquel puerto de mar"— del volumen *El hombre que iba para estatua*, que acaba de publicar Juan Antonio Zunzunegui (1). El autor ha sabido en él dar dimensiones de humanidad a los personajes de su relato. Se trata de una pequeña obra maestra; una obra maestra de veinticinco páginas. ¿No tiene, acaso, tanto valor estético un soneto —catorce versos estrictos— como un largo poema? ¿No ha habido escritores inmortalizados por un cuento? Pensamos ahora en obras plenamente cuajadas, como *El sombrero de tres picos*, *Adiós Cordera*, *Malpocado*.

Un modelo de relato breve, rotundo y perfecto, en que nada hay que quitar ni poner, este de Zunzunegui. La gloria literaria está hecha de valores reales, pero también de oportunidades y coincidencias. Tampoco hoy, como en tiempos del gran D. Francisco, tiene seso la Fortuna. Pero si, a pesar de estas reflexiones, nos sintiéramos con la petulancia necesaria para el gesto augur, profetizaríamos la jerarquía y exaltación de "En aquel puerto de mar".

El relato breve es un arte difícil. Pocos escritores cultos tienen el don de narrar con la sobriedad necesaria. Por eso son tan numerosos los cuentos en que una exposición morosa y lenta culmina en un desenlace precipitado y huidizo. Ocurre esto, sobre todo, a los escritores realistas, continuadores de una técnica ya superada; esos escritores a los que Anselmo hubiera llamado "notarios vulgares de su mundo circundante". Hoy el cuento, más desasido de la realidad, se provee de alas metafóricas que saben elevarle al reino de la poesía. Pero, al deshumanizarse el relato, puede alejarse de tal modo la anécdota de nuestros planos vitales, que se convierta en simple funambulismo técnico desprovisto totalmente de interés humano. Zunzunegui ha llegado a esa plenitud que suponen la adecuación perfecta entre el pensamiento y el estilo. Su extraordinaria riqueza imaginativa, su gran sensibilidad, su fina perspicacia, le proveen largamente de material humano. Le vemos, como a Anselmo, su personaje —en el que inevitablemente se en-

(1) Juan Antonio de Zunzunegui: *El hombre que iba para estatua. Cuentos y patrañas de mi ría*. II. Ediciones Escorial. Un vol. de 176 págs. 215 × 155 mms. Madrid, 1941.

cuentran rasgos autobiográficos—, paseando sus argumentos como un padre cariñoso saca sus hijos al sol del invierno. Zunzunegui sabe ver el cuento; su imaginación está poblada de relatos tan ricos y numerosos que por larga que sea su vida literaria nunca los podrá desarrollar. Por eso no le importa sacrificar personajes concebidos con tal densidad que hubieran podido dar vida a largas novelas, para proyectarlos sobre un relato breve. Para esa autolimitación necesita ser, como es, maestro en una técnica rápida y esquemática que no dudamos en llamar poética. Poética es, dentro de su profunda humanidad, la técnica con que están creadas estas dos figuras de insatisfechos, Anselmo y Andrés, a cada uno de los cuales no basta su pequeña parte de obra creadora—en las letras y en la vida—, y que aspiran, sin duda, en lo más hondo de su ser, a proyectarse íntegramente en el futuro con ese vivir varias vidas en una que ha sido siempre inconcreto anhelo humano. Zunzunegui no necesita de prolijas descripciones para dibujarnos a sus personajes ni al paisaje en que se mueven; conoce a la perfección el poder descriptivo de la metáfora y sabe utilizar esta técnica poética para dar, con una pincelada, el rasgo esencial.

“En aquel puerto de mar” es uno de los cuentos del tomo, que recibe nombre del primero de la serie titulada *El hombre que iba para estatua*. Al frente del volumen va un largo e interesante ensayo de Joaquín de Entrambasaguas consagrado a “Zunzunegui y su obra”, en el que se examina con agudeza la labor ya copiosa del escritor vasco. No estamos acostumbrados, ciertamente, a que en la vida literaria actual se publiquen obras precedidas de tan considerables estudios. El autor puede ostentar orgullosamente un prólogo que no es el acostumbrado “delantal del libro”, según frase de Quevedo, concesión vergonzante a amicales compromisos; el prologuista, por su parte, debe estar satisfecho, pues pocas veces, aun los más pertinaces heraldos de las letras, tienen la oportunidad de prologar un buen libro como este de Zunzunegui.

Seis relatos, además de “El hombre que iba para estatua”, integran el volumen, que viene a constituir la segunda serie de los *Cuentos y patrañas de mi ría*, la primera de las cuales fué publicada en 1935. La ría del Abra, más o menos próxima en cada relato, es siempre el fondo del mismo, que está oreado por su fresca brisa marina. Esta conjunción de verde, azul y gris—agua, cielo y nube— presta unidad a estos cuentos vistos y sentidos en la orilla izquierda del Abra—la de Ansel-

mo—; sería fácil, por otra parte, señalar en ellos claras divergencias de técnica. Dejémoslos arrastrar —con toda reverencia ante la unidad poética de la obra— a la divertida operación de la clasificación literaria. Tres tipos de relato hallamos en la segunda parte de *Cuentos y patrañas de mi ría* (1):

a) Cuentos plenamente deshumanizados, en los que se dota a seres inanimados de cualidades humanas —“Fortunas y adversidades de un llavín de buenas costumbres”—, se hiperbolizan, hasta un límite extremo, posibilidades reales —“Historia apacible de un hombre gordo”—, o se da forma humorística a sentimientos hiperestesiados —“El hombre que iba para estatua”.

b) Cuentos en los que, sobre un terrible fondo humano, se borda el agudo humorismo que no llega a anular lo dramático del sentimiento. Así, “En aquel puerto de mar”, “El milagro” y “El amor del otro cuarto”.

c) Breve relato, en forma de parábola, con intención filosófica y política: “El Charco y la Fuente”. Esta breve página, que en realidad no puede denominarse cuento, está tan bellamente escrita y de tal modo cumple su objeto de servir poéticamente a una idea —el más noble y alto modo de servicio—, que no dudamos de calificar de necesaria su máxima difusión (2).

Aun reconociendo la belleza de todos los relatos, no podemos ocultar nuestra predilección por los que hemos citado en segundo lugar, entre los que hemos incluido “En aquel puerto de mar”, a nuestro juicio, lo más logrado de la colección. A su lado, con toda justicia, pueden ir: “El milagro”, en el que hay un magnífico tipo de labrador castellano que se aparta algo de la ría para encorvarse sobre lo que ama, la tierra dura y fecunda, y “El amor del otro cuarto”, drama primero exasperado,

(1) Igual clasificación tripartita puede ensayarse en la primera serie, como se advertirá inmediatamente.

(2) Análoga división puede hacerse con los trabajos contenidos en la primera serie de *Cuentos y patrañas de mi ría*, titulada «Tres en una, o la dichosa honra». He aquí su distribución:

a) «Tres en una, o la dichosa honra». —«El hombre y su hábito». —«La voz de la sangre».

b) «El enemigo». —«Niceto y su obsesión». —«El hombre que hacía y deshacía grasa».

c) «La nube y la ventana». —«Parábola del agua salada y el agua dulce».

después silencioso y tranquilo, hecho de sacrificios y renunciaciones. El autor, por el contrario, siente simpatía por los cuentos de técnica más libre, en que puede dejar desbordarse su originalidad sin el lastre de los límites de lo humano. Por ello, sin duda, ha puesto al frente de su libro (1) las páginas de plenitud humorística de "El hombre que iba para estatua", intencionada sátira de los hombres célebres desconocidos y de la ambición concreta de la perpetuación material.

Vuelve a lucir Zunzunegui en esta obra su estilo expresivo, aunque cortado, y su vocabulario rico y jugoso, cuyo estudio sería tan interesante. Observemos que su gran conocimiento del idioma le permite utilizar palabras de ortodoxia indiscutible, aunque no usuales en el vocabulario actual (*vendeja*, pág. 67; *melancolizó*, pág. 124), o términos anticuados, pero que pueden haber perdurado en el habla popular de su región (el *somo* del monte, por la cumbre, pág. 151); su ardimiento creador le lleva a dotar a palabras ya existentes de nuevas acepciones (*garabero*, vocablo de germanía, en el sentido de gracioso o con garabato, pág. 126; *pajarero*, con el valor de ágil y saltarín: *aquel pisar pajarero*, pág. 123). Zunzunegui llega a más, y, como los grandes creadores del idioma, no tiene empacho en nutrir su léxico con neologismos cuyo acierto puede ser discutido, pero acerca de los cuales solamente el fallo del tiempo puede determinar si se incorporarán o no a la sustancia del idioma. [Entre otros muchos anotamos *labió*, *pavorrealean*, *netitud*, *hodierno*, *ventolío* (2).] El vocabulario de los *Cuentos y patrañas* está fecundado, asimismo, por la savia popular; ya en vocablos aplicados en el país a frutos y productos —*berrechicos* (pág. 43), *magurios* (pág. 47), *cerezas ampollares* (pág. 67)—, ya en frases y locuciones de sabor local (*hacer calva*, por hacer novillos, pág. 161). El ambiente y aire de la ría se logra plenamente con el hábil empleo de términos marinos que, aunque en menor número que en el riquísimo vocabulario náutico de su novela grande *El Chiplichandle*, da a su prosa inconfundible personalidad. Estas palabras marineras están emplea-

(1) Igual hizo en la primera serie que se abre con «Tres en una, o la dichosa honra», que da título al volumen.

(2) *Labió*, por habló (pág. 80); *pavorrealean*, por andan con presunción (pág. 119); *netitud*, por claridad («Los gemelos le servirían para contemplar con netitud el incendio y saqueo de su hogar», pág. 151); *hodierno*, por de hoy («Era un pan hodierno, sano y trigoño», pág. 155); *ventolío*, por viento ligero («Los grimpolones de los barquitos tienen un ventolío especial», pág. 171).

das muchas veces con intención metafórica para describir personas y paisajes de tierra adentro (1).

Y, a pesar de todo, el libro no es obra de un costumbrista ni de un pintor de la vida local. El que se mantiene en el ámbito de un Fernán Caballero, un Trueba o un Pereda, está atraído, ante todo, por la acumulación de detalles y notas de ambiente que inunden su libro de verdad observada. A Zunzunegui, por encima de ello, le interesa la verdad poética, las almas. Sus personajes viven y sufren junto a su ría; pero, triunfante bajo los accidentales detalles escenográficos, está la almen-
dra del conflicto espiritual, a veces sangrante en la amargura recón-
dita de la nota de humor. Un personaje de Zunzunegui —Anselmo—
(una vez más volvemos a “En aquel puerto de mar”) nos dice así su se-
creto, textualmente: “Andrés recordaba ahora las palabras de su ami-
go. El secreto está en levantar lo local hasta lo universal.” Esto nada
más, no quedarse en lo local —el ambiente— y elevarse a lo univer-
sal —las almas—, es lo que ha hecho el autor de este libro.—JUAN AN-
TONIO TAMAYO.

NEOLOGISMOS Y ARCAISMOS

TOCA hoy el turno al carro sajambriego, de bueyes, que se cons-
truía, y construye aún, exclusivamente con madera del país: las
piernas o bastidor, de corazón de *cajigo* o *rebollo albar* joven, de fres-
no o de *jaya*, por este orden de preferencia, no prescindiéndose del re-
bollo más que por la escasez o falta del mismo; las *rejas* de las rue-
das son siempre de corazón de roble; el eje, de *mostayo* o haya; el
pinón y el *cillero*, de tilo; los *estadonios*, las *argazas*, *tornos* o *clavijas*
y *pinas* o *cuñas*, por lo común, de fresno o cajigo, y todo el resto casi

(1) Obsérvense frases como las siguientes, de las que pueden anotarse muchas más:
«—No tengo ganas de nada — y un suspiro largo le desarbola» (pág. 59).

«La noche había dado ya por calafateadas las últimas coyunturas del horizonte»
(pág. 92).

«Lucía un lunar en estribor de la boca» (pág. 113).

«El negocio empezó a sentir en las velas el fresco viento» (pág. 114).

siempre de haya. Para los *verdugos*, pequeñas piezas cambiables, que soportan el peso del carro y sufren el rozamiento que ocasiona la rotación del eje de las ruedas, se emplean distintas maderas, según que en los gustos del labriego o carretero predomine un criterio práctico y esencial de amortiguar el rozamiento y desgaste del eje, o el superficial de que el carro *cante* más y mejor, o con este o el otro tono, empleando al efecto maderas más o menos duras.

Este carro no llevaba ninguna pieza de metal, si bien, desde hace bastante tiempo, se emplean en su construcción una o dos argollas de hierro para sujetar las piernas una contra otra, manteniendo su separación y curvatura adecuadas con la ayuda o intermedio del pinón, que hace a la vez de molde, horma o plantilla. Pero aun esta argolla o par de ellas fueron primero también anillos de madera o *barazones* formados de varas retorcidas y trenzadas de rebollo, avellano, haya u otra especie. Hasta hace muy poco tiempo, las ruedas eran todas *blancas*, sin herraje alguno. Modernamente ya se les pone con frecuencia aros o llantas de hierro.

En esta nomenclatura particular incluimos, además del carro, la yunta o tiro con su *atabeo* o conjunto de arreos para uncir y para engancharlo al yugo.

La descripción que de la palabra *carro* hace la Real Academia en su diccionario, corresponde bien a este carro tradicional antiquísimo. No así la de *carreta*, ni la de *carretón*, cuyas diferencias o discrepancias con los sajambriegos indicaremos al final de este artículo, en el que prescindimos del orden alfabético para seguir más bien el natural descriptivo, empezando por la delantera.

Camellego, ga, adj.—Dícese del buey o vaca, de yunta, no ambidextro o maniego, colocado en el lado o mano a que no está acostumbrado a ir uncido ni a trabajar. / fig. Dícese del que anda roncero o está sin buena disposición para hacer o decir algo.

Zarapico, m.—Palo o trozo de madera, como de un palmo escaso de largo, por lo común apuntado hacia los extremos, terminados en cabezuela, con una ranura circular en el centro para encajar en ella, mediante un ojal adecuado, el extremo grueso del sobeo longitudinalmente doblado, y como asidero o traba, a uno de cuyos extremos suele *encapiarse* o anudarse la punta delgada de aquél. / El mismo palo, más o menos moldurado o adornado, colocado o para colocar en otra correa fuerte cualquiera como elemento de unión, enlace, asidero o

tope. Cuando es más pequeño y se destina a unir correas más finas o endebles, o a otros menesteres parecidos, suele llamársele tornillo o tornín.

Camella, f.—Gamella o coyunda.

Cuerno o cuerno del yugo, m.—Torrecillas que en número par lleva el yugo en su parte media, sobre el agujero para pasar la tablilla que sujeta a él la *mesa* del carro, o los *barazones* del arado, y por entre las cuales pasan, cruzadas generalmente, las vueltas del sobeo, sirviendo para que éste se mantenga en el punto medio del yugo. / Ú. m. en pl. / *Cuernos de la hierba*. Armadura complementaria con que se prolonga el cuerpo del carro, por delante, para cargar hierba, constituida por el *mazo* o tajo que se ajusta o encuella al *cabezón* en su parte trasera, sujetándolo por medio de una tabla o pasador que va por debajo enhebrado en los espigos de los cuernos, que, hincados en las cabezas del mazo, divergen hacia arriba, a modo de *estados* largos, y con curvas adecuadas para aumentar su abertura, los cuales reciben en sendas series de agujeros o puntos unas *varas* que enlazan con los adrales discontinuos que estos carros llevan.

Mesa del carro o del yugo, f.—Pequeño prisma de madera con una muesca o *talla* en el centro, en la que se encaja, de arriba abajo y transversalmente, el yugo por su punto medio, al cual se sujeta o fija a la mesa por medio de una tablilla del mismo largo e igual ancho que ella, que atraviesa por un agujero de sección rectangular la barriga o curva central del yugo, uniéndose el conjunto por medio de dos clavos o tarugos de madera de cabeza ancha, uno en cada extremo, cuñados y remachados por el lado opuesto, que es el de abajo, por donde la mesa se asienta a lo largo del *cabezón* del carro, al que se ata después todo con el sobeo, sirviendo, con éste, para dar estabilidad al todo sin una rigidez inconveniente.

Melena, f.—Colchoncillo forrado de piel, que se pone a los bueyes sobre la nuca, y cayendo por delante de la frente, para que no le hagan daño el yugo ni la cornal, que se apoyan sobre él. / *Sacudir o tirar la melena*. fr. fig. Rehuir el trabajo y el sacrificio.

Cobertero, m.—Cubierta de cuero o piel de oveja, cabra, *robeco*, y, con más frecuencia, de perro, con todo su pelo, que se pone a las melenas para resguardarlas y resguardar las cornales o atabeo en general, a excepción del sobeo, si la lleva aparte, de la lluvia y del sol.

Tapadera del sobeo, f.—Cubierta de cuero, piel o tela, por lo co-

mún con un agujero en el centro, por el que sale una punta del zarpico, que se coloca, atado con cintas o correas, sobre el sobeo, cuando está atado al carro, para resguardarlo contra la intemperie. / fig., fam. y fest. Sombrero ruin, muy roto o ridículo, aludiendo a la poca belleza o estética de esta parte del apero, y a la frecuencia con que a tal menester se destina cualquier sombrero desechado y roto.

Cornil, m.—Pitón o cuerno que a modo de muñón lleva el yugo a cada extremo para anudar en él la punta delgada de la cornal correspondiente, una vez uncido el buey, a fin de que no se afloje ni suelte. Los carreteros y gañanes lo mojan con saliva, y, así escupido, hacen a su alrededor un nudo, lazo o anillo con la punta de la cornal, reapretándolo bien con una o ambas manos. El extremo de la coyunda se pega así, con la saliva y la mugre, a la madera, al secarse aquélla.

Encapiar, tr.—Anudar la punta de la cornal al cornil del yugo. / Uncir muy a la ligera; sujetar el buey a su camella con unas vueltas muy provisionales de cornal.

Cabezón, m.—Pértigo o lanza del carro de bueyes, formado por la reunión, en una pieza, de sus dos piernas. / adj. Testarudo, terco, tozudo, necio.

Cabezonear, tr.—Ladear o virar el carro hacia uno u otro lado tirando de su cabezón o empujándolo. / intr. Porfiar con testarudez. / fig. Dejarse o no dejarse gobernar o llevar con facilidad. *Antonio cabezonea mal.* / Ramalear.

Cabiyal, m.—Cabillo, *torno*, pezón o estaca de madera que, en número de dos o más, lleva clavados de abajo arriba, y fijos, a distancia de ocho o diez centímetros, el cabezón del carro, cerca de su extremo delantero, por entre los cuales pasan cruzadas las vueltas del sobeo, que lo enganchan o atan al punto medio del yugo. / Clavija suelta, por lo común de hierro, con una cabeza y anillo en un extremo, que se mete por el otro, de arriba abajo, en el timón del arado, a la que se enganchan los barazonas del yugo, para el tiro. / Ú. m. en pl. / El extremo del cabezón del carro u otro vehículo, del timón del arado, *corza* u otros semejantes, en que van los agujeros o puntos para los cabiyales. Esto último poco usado. / ¿Clavijar?

Pierna, f.—Cada uno de los dos brazos, largueros o gualderas, en que se bifurca el bastidor del carro sajambriegó. / Ú. m. en pl., refiriéndose a las dos o brancal. Son de una sola pieza o vigueta, dividida en dos, a sierra o con cuñas, hasta el comienzo del cabezón, separadas

y curvadas después lentamente sobre un patrón formado por estacas clavadas en el suelo, o sobre unas jaulas de madera.

Pinón, m. Aumentativo de *pina*.—Pieza del carro, que, en forma de gran cuña, va colocada entre las piernas del mismo, y ajustada a ellas, desde donde empiezan a separarse, al final del cabezón, hasta donde comienza el sitio del cillero o de la armadura complementaria para cargar hierba, unos setenta centímetros antes del *armón* delantero.

Cillero, m.—Cajón cambiable con que se complementa el carro sajambriego para ir de viaje. Tiene forma de ataúd, para que se adapte a la divergencia de las piernas del carro, sirviéndole de fondo el tabladillo que el carro lleva desde el pinón a la cadena y armón delantero, con tapa de una sola pieza, de madera, en forma de teja común, a fin de que preserve de la humedad el interior, en que el carretero que va de viaje lleva sus comestibles, ropas y enseres de más cuidadosa guarda.

Cadena, f.—Cada una de las cuatro tablillas que por sus extremos respectivos atraviesan las piernas del carro por debajo de los correspondientes armones, dan trabazón y solidez a aquél, sostienen su tablado o piso, y son a su vez sostenidas y clavadas en su lugar por el espigo de los estadonios, que las atraviesan después que a los armones. / pl. Travesaños, también agujereados en sus dos cabezas, para lo cual llevan en ellas el correspondiente refuerzo, que unen o enlazan por arriba, dos a dos, los estadonios delanteros y traseros del carro.

Armón, m.—Travesaño o madero que, sobre las cadenas, atraviesa, en número de cuatro o cinco, de una pierna a otra del carro, un poco encajado en las mismas por sus cabezas mediante el *encualle* adecuado. En sus extremos van hincados los estadonios.

Llobacho, m.—Madero o travesaño embutido o ensamblado a cola de milano, por sus puntas, en las piernas o bastidores del carro, en su línea central de gravedad y sobre el eje, manteniendo fija la anchura de aquél.

Cociyón, m. ¿Aumentativo de *cocia*?—Pieza curva, generalmente obtenida de tronco *raigaño*, naturalmente torcido en forma adecuada, que suele henderse o serrarse por mitad longitudinalmente, y se ajusta debajo de cada pierna del carro, reforzándola principalmente en la parte correspondiente al eje y sus proximidades, en la que lleva una prolongada y gruesa pella que descansa sobre el eje, el cual entra

en una caja que la pella lleva a propósito en su centro. El cociyón se clava y ajusta en todo su largo a la pierna respectiva con dos o más tornos de madera llamados *funeras*, de las cuales, remachadas o cuñadas por el extremo superior, queda el otro saliente y libre en ocho o diez centímetros para pasar por él la soga al *trezar* la carga. Los cociyones son los cojinetes del bastidor del carro.

Trechera, f.—Cada una de las dos piezas que a cada lado lleva el carro en forma de gran espiga tableada, que de abajo arriba atraviesan en su punto medio el correspondiente cociyón y la respectiva pierna, más un gran tarugo o pella, entre cuyo par va encajado el eje por su correspondiente *morena* y cabeza. Las trecheras llevan por el lado opuesto al eje su correspondiente cuña o apelladero.

Apelladero, m.—Cuña de madera con que se fija y sujeta o consolida la trechera a la pierna y cociyón del carro.

Morenas, f. pl.—Conjunto de entalladuras y rebordes que lleva en redondo el eje del carro en sus cabezas, que con la ayuda de las trecheras, y comúnmente de la *traba*, mantiene la caja del carro fija en su sitio sobre el eje y equidistante de las ruedas. / *Salirse o levantarse de morenas*. Hablando del carro, levantarse y salirse éste, con sus trecheras, de las entalladuras y rebordes del eje, separándose totalmente de las ruedas o quedando uno y otras fuera de su propio lugar y disposición, con el grave desorden que ello supone. / fig. Suceder un grave desorden material o moral; ocurrir una grave anomalía o mutación del orden natural o lógico; sublevarse o enfurecerse alguien.

Estadonio, m.—Estaca, barra o barrote, generalmente labrado con esmero, ochavadas sus cuatro esquinas, y con una espiga fuerte en el extremo inferior para introducirla verticalmente en los agujeros que llevan los armones del carro en sus dos cabezas, y uno o dos agujeros para recibir las llatiellas si el carro no es de cajón corrido, caso éste en que los estadonios no llevan agujero, por ir clavado a ellos, por dentro, el tablero correspondiente.

Llatiellas, f.—Cada una de las tablas que forman parte del adral del carro; atraviesan y unen por la parte alta o media todos los estadonios de un mismo lado o banda, mientras que las que forman la parte baja del adral van metidas entre las espigas de las trecheras y los estadonios, con muescas para que ajusten a los armones y al suelo de la caja. Se llaman, respectivamente, llatiella de arriba, del medio (que muchas veces falta) y de abajo, y forman un tablero discontinuo.

*

Llatas, f. pl.—Armazón en forma de escalera, con un extremo curvo, que sirve para alargar considerablemente el carro de bueyes por su parte trasera, formando, con los *cuernos*, fijos en el mazo, y las *varas*, encajadas por el extremo grueso en aquéllos y enlazadas con los *costeros*, adrales o llatiellas y extremos de los estadonios, la *armadura de la hierba*, para acarrear ésta.

Argaza, f.—Clavija de madera con que se fijan o aseguran los espigos en sus cajas respectivas, así como los encuálles o ensambladuras. El carro lleva argazas en diversos sitios, como llatiellas, estadonios, trecheras y sus apelladeros, etc., con alguna más que tiene nombre particular. Esta palabra tiene otras acepciones, de que prescindimos por no referirse al carro.

Funera, f.—Clavija, torno o cabillo de madera que, además de ajustar el cociyón a la pierna del carro, traspasándolos de parte a parte, lleva una cuña y remache por arriba, a ras de la cara o canto superior de la pieza, y tiene por debajo un sobrante y engrosamiento o cabeza libre, de unos ocho o diez centímetros de largo, para pasar por él la vuelta o vueltas de sogas al trezar la carga. Cada carro lleva cuatro funeras por lo menos, dos en cada banda, siendo frecuente que lleven otras dos auxiliares a cada lado, en las que se apoyan los extremos libres de los *verdugos*.

Verdugo, m.—Pieza de madera, cambiable y muy especial, del carro, con un extremo grueso, en forma de pella, que se coloca entre la morena del eje y el cociyón o la pierna, para evitar que con la rotación del eje se desgaste y debilite el bastidor. En el extremo grueso lleva una mosca que encaja en una muesca de la trechera; el otro se lleva, flexionándolo, a estribar en una de las funeras auxiliares.

Meúl, m.—Pieza central y más importante de la rueda del carro, en cuyo centro encaja la manga o espigón respectivo del eje. En ella se fijan también las rejas.

Reja, f.—Tabloncillo que en número par atraviesa de canto y perpendicularmente el meúl de la rueda, fijo en su agujero por medio de bien apretadas cuñas opuestas, y en cuyos extremos libres encajan, se ensamblan o enhebran los *sobrechos*, las *segunderas* y las *cambas*, que completan la rueda en blanco o sin llanta.

Sobrecho, m.—Primera pieza que para formar la rueda del carro se pone sobre el meúl, unida a él por *siarugas* en sus cabezas, y ade-

más de ir enhebrada en las rejas. No se diferencia de la segundera, cuando la hay, más que en ser el sobrecho el más próximo al meúl.

Segundera, m.—Pieza de la rueda, que va después del sobrecho, entre éste y la camba.

Camba, f.—Cama o pina de la rueda del carro. Cama del arado.

Siaruga, f.—Torno o clavo cilíndrico, de madera, con que se unen o ensamblan por sus cabezas, manteniéndolos en su posición, el meúl, el sobrecho, la segundera y la camba.

Escontroz, m.—Clavija o pasador que atraviesa la punta del eje del carro para evitar que se salga la rueda.

Rameco, m.—Parte trasera del carro o de otra cosa semejante.

Trabar, tr.—Hablando del carro, atar o sujetar con *barazonas* o *be-lortas*, en el centro o en ambos lados extremos, el eje de las ruedas al llobecho, para evitar que el carro se salga de morenas con las *taballadas* o por una gran inclinación del camino.

Carreta, f.—Carro especial, más pequeño y menos fuerte que el común, de caja cerrada por adrales o tableros corridos y continuos, así como el *frontal* y *compuerta*, para transportar frutos sueltos, estiércol o cosas semejantes. Suele llevar en la parte trasera de su suelo una *trapa* o trampilla para facilitar la descarga de su contenido.

Carretón, m.—Carro pequeño y muy fuerte, constituido por una vigueta o madero central que se prolonga formando el pértigo, y dos largueros rectos y fuertes, enlazados con el anterior por resistentes cadenas o pasadores, con un suelo de tabloncillos, unos estacones a los lados, a modo de toscos estacionios, algunos tabloncillos más sueltos y cambiables para reforzar el suelo o formar contenciones laterales, y ruedas muy pequeñas, que facilitan la carga; destinado a transportar piedra de construcción u otros cargamentos brutos.

Carro ajuares, m. Expr. elíptica.—Conjunto de ropas, muebles y demás enseres de casa que dan los padres a la hija que se casa, y que suele llevarse al domicilio de los futuros o nuevos esposos en un carro engalanado.

Cantar el carro, intr.—Chirriar éste cuando va cargado y sin engrasar.

Cantar el carro de vacío.—Frase con que se da a entender que hay truco, contrasentido o gran inconsecuencia en algo.

Los carros de Caín cantan de vacío.—Se alude irónica o satíricamente con esto a que en el pueblo de Caín, por no existir carros ni camino a ellos adecuado, todos los transportes los hacen las personas, las cuales suelen cantar cuando van en busca de la carga, pero no cuando la llevan encima.

Cargar, estar, ir o llevar el carro delantero, fr. adv. m.—Tender el carro a este desequilibrio por defecto de cálculo al determinar el sitio del eje en relación con el punto o línea de gravedad, o por haber distribuído mal la carga. / fam. y fest. Tener alguien costumbre de emborracharse; estar o ir borracho; llevar borrachera.

Andar o correr más el carro que las ruedas.—Frase fig., fam. y fest. que se aplica al noviazgo o relaciones amorosas en que es ella la que lo busca a él, la que procura apresurar los trámites o le pone prisa o estimula a casarse cuanto antes. Empléase como augurio de fracaso del noviazgo, o de matrimonio poco feliz, aludiendo al accidente y desorden, casi siempre catastrófico, que se produce el *salirse el carro de morenas*.

Pa' con Dios, tener po'l carro.—Enseña este proverbio que debemos encomendar a Dios los asuntos graves, pero poniendo al mismo tiempo los medios a nuestro alcance. Alude a la frecuencia con que en malos caminos de montaña hay que tener del carro para que no entorne o vuelque, significando lo mismo que "a Dios rogando y con el mazo dando".—JOSÉ D. Y DÍAZ-CANEJA.

(Colunga, mayo de 1942.)

EL NUEVO CONSERVATORIO NACIONAL DE MUSICA

FINALIZA la temporada musical con dos acontecimientos de indudable trascendencia y que, como veremos después, es útil presentarlos en comunidad. Hablamos del nuevo Conservatorio Nacional de Música y del homenaje rendido a la Agrupación Nacional de Música de Cámara. Varias veces he recorrido sucintamente la historia pocas

veces gloriosa del Conservatorio Nacional; parece ya, sin embargo, ganas de refocilarse con lo irremediamente ido. Por ello, damos el adiós definitivo al tema para quedarnos en el puro regocijo ante esas aulas grandes y blancas que, fronteras a la Universidad, inauguran para los estudiantes de música un nuevo estilo de acicate para las grandes cosas. La enhorabuena debe prodigarse, sin regateo y con un amplio margen para el futuro, al P. Nemesio Otaño. Ha hecho lo más difícil: romper una inveterada tradición de ineficacia. El, con el solo empuje de su milagrosa voluntad, planta un jalón decisivo en la historia de nuestra música. Da gozo, mucho gozo, entrar en ese viejo caserón de la calle de San Bernardo y encontrarse la luz por todas partes y asistir a la renovación de un material pedagógico antediluviano.

Estamos obligados a vocear la belleza del nuevo Conservatorio porque éste es el momento de iniciar una política de colaboración con todos los sectores de la creación artística y literaria. Así se romperá esa cruel insolaridad que maltrató tanto la vida espiritual de nuestros músicos; es éste uno de los principales puntos de un programa de renovación. El proyecto de decreto que va a reorganizar la vida de los conservatorios españoles apunta ya concretamente a este deseo, constituyendo cátedra aparte para la historia de la Música y de la musicología española, y para una introducción general al estudio de los estilos; dos cátedras desde las cuales se puede y se debe espolear un ansia de cultura en los estudiantes de música. Ahora bien: el movimiento de renovación no podía ser orgánico si desde el otro polo, desde la Universidad, no se intenta también una franca acogida a los estudios musicales. Yo sé que una de las grandes ilusiones del P. Otaño es llegar a la creación de un doctorado en musicología, doctorado que existe ya en las primeras Universidades europeas. Bueno es volver a repetir que, sin un exacto conocimiento de la historia musical de nuestros siglos mejores, resulta imposible una visión panorámica justa del estilo de nuestra cultura. Un estudiante alemán no dudará nunca en emparejar a Goethe con Beethoven; aquí, en España, pocos son los que asignan su puesto a Cabezón y a Victoria, que representan, precisamente, una auténtica cima europea y un símbolo exacto y espléndido, el segundo, sobre todo, de la lucha religiosa contra la Reforma. En los años de redescubrimiento del Greco se editaba también, muy lejos de España, la obra completa de Victoria...

En el decreto de reorganización de los conservatorios desaparece

la cursi denominación de “música de salón” para sustituirla con la tradicional y justa de “música de cámara”. Coincide esto, como antes decíamos, con el homenaje tributado a la Agrupación Nacional de Música de Cámara. Después de dos años y medio de labor, es justo el homenaje y obligado el aquilatar sus razones esenciales. La Agrupación Nacional de Música de Cámara nace en momentos difíciles: ausentes, por razones varias y fatales, los mejores cuartetos de Europa, la vida musical española iba a ver interrumpido su contacto con los que garantizaban, a pesar de su poca frecuencia en la visita, un mínimo de eficacia. Ahora, a los dos años y medio de la fundación del quinteto nacional, existe un núcleo apiñado y entusiasta, con el cual se puede contar como el mejor y más constante fondo minoritario de nuestro público musical; sus conciertos, por su frecuencia, por su orden y por su perfección, realizan lo que soñábamos cuando vivíamos pendientes del cuarteto extranjero. Hoy, por fin, a los dos años y medio, los compositores españoles tienen el preciso instrumento para que sus mesas de trabajo se iluminen con el afán del cuarteto. Estas son las causas del homenaje. Añadamos, sin embargo, lo que se debe planear para el futuro. En el Conservatorio está la misión más fructífera de nuestra Agrupación; ella puede educar en la música de cámara a esa nueva generación que fatalmente ha de salir del Conservatorio.—FEDERICO SOPEÑA.

LIBROS

La preclara Facultad de Artes y Filosofía de la Universidad de Alcalá de Henares en el Siglo de Oro, 1509-1621, por Juan Urriza, S. J. Editada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1942.

Cuando un estudio monográfico sobre un tema histórico de la importancia del que ahora nos ocupa es llevado con la minuciosidad, buena fe y competencia que ha puesto en su libro el P. Urriza, no solamente colma las alforjas de nuestra curiosidad, sino que también nos permite levantar el pensamiento a consideraciones de orden general. Este doble fruto se obtiene, en efecto, leyendo el libro que reseñamos, escrito por un discípulo de los viejos maestros de nuestra Central —heredera de la Complutense— D. Eduardo Ibarra y D. Pío Zabala. A pesar de sus quinientas y pico de páginas, se lee este libro con sostenido interés. Aquella vida universitaria alcalaína, que todo aficionado a nuestras letras ha visto reflejada, en su sesgo picaresco, en el *Buscón* o en el *Quijote* de Avellaneda, cobra ahora su exacto diseño merced a un esfuerzo ingente de erudición afortunada. Nos podemos dar así cuenta del sentido que la Universidad —en este caso la Complutense— tuvo en la vida española del siglo XVI. ¿Cómo vivían maestros y escolares en la Universidad de Cisneros? ¿Qué se enseñaba y cómo en aquellas aulas? He aquí las preguntas capitales a que el libro responde.

De los dos grandes intentos que se hicieron en los comienzos del quinientos para instaurar una *nueva* Universidad —el malogrado de Villaseca y el de Alcalá—, sólo éste, obra de Cisneros, llegó a cuajar en obra duradera. Ideada la Complutense a imagen y semejanza de la de París, pudo contar pronto con famosos maestros. En sus enseñanzas pueden distinguirse, en aquel su primer siglo de vida, dos tendencias: La primera, hija de la corriente científica dominante entonces en París, está supeditada a los últimos destellos de la escolástica decadente. El nominalismo y las sutilezas lógicas de los *sofistas* imperan en la enseñanza. A mediados del siglo XVI un reformador decidido de-

nuncia vigorosamente las viejas enseñanzas e inicia el nuevo tono doctrinal con una apelación entusiasta al estudio directo del gran estagirita. Este cambio pedagógico y doctrinal va unido al nombre de Gaspar Carrillo de Villalpando. Este aristotelismo de primera mano —obsérvese que por aquel entonces se insiste particularmente en Alcalá en el estudio de la lengua griega— y la vuelta a la lectura de los grandes escolásticos del XIII harán posible el florecimiento en España de la filosofía aristotélico-escolástica, que se dilata hasta fines del siglo XVII. Baste recordar que Suárez residió varios años en Alcalá, donde probablemente compuso gran parte de su obra. No es éste el lugar de discutir el valor que en definitiva tuviera para el desenvolvimiento del pensar español este hecho, claramente investigado por el P. Urriza. Los caminos de la inteligencia son intrincados, y no era, por otra parte, ni mucho menos, inútil la labor dialéctica de los *moderni* y sus secuaces. Pero sí es ahora interesante hacer resaltar una consecuencia importante que se desprende —en el orden sociológico— de la inspección de los planes de estudio y de su realización en Alcalá —o en cualquier otra Universidad del tiempo—. Es ésta: la Universidad daba una idea unitaria del saber a sus alumnos. Había *una* filosofía, no oficial, sino simplemente *común* a todos los intelectuales de aquel siglo. Por otra parte, el intelectual poseía eficientemente los medios técnicos que le hacían asequible el saber de su tiempo. Ahora bien, sin esta ordenación suprema del saber, sin esta filosofía, desde la que, como seguro campo de partida, se podía salir a todos los aires de la vida científica y moral, no hubiera sido posible nuestro siglo imperial. Hubo, sin duda, disidencias, heterodoxias, pero éstas tuvieron que contar siempre con la formidable posición de un pensar profundo y en cierto modo suficiente y satisfactorio. No era, pues, posible la irresponsabilidad ni la superficialidad. De este modo la vida intelectual se asentaba sobre una base que le es imprescindible: la seriedad. Y es precisamente la Universidad a quien le está encomendada esta misión de dar unidad y solidez al pensamiento de los intelectuales, de quienes salen no solamente los profesionales del estudio, sino también los hombres de toga, los ministros del Señor, los jefes del Ejército, los literatos; en una palabra, los sustentadores espirituales de la nación. Basta pasar rápidamente la vista por los capítulos del libro del P. Urriza para darse cuenta de con qué autenticidad llevó a cabo esta misión la preclara Facultad de Artes de Alcalá en su primer siglo.

Pero como una Universidad no es solamente las doctrinas que en ella se enseñan —su espíritu—, sino que también es cuerpo, algo en el espacio y en el tiempo, y hombres, maestros, alumnos, bueno es saber cómo era aquella y cómo eran éstos. El P. Urriza nos pone a la vista con fehacientes documentos toda la vida material y temporal de la Facultad. Resalta en primer término aquella decencia modesta de sus colegiales y aquella aplicación ejemplar de maestros y alumnos. Se estudiaba desde mucho antes de amanecer —¡cuánto pleito y dificultad con los *sebos* y el *aceite*!—; se asistía a números, clases y repasos. Los profesores estaban realmente sobrecargados de trabajo, sólo soportable en años de juvenil entusiasmo pedagógico y de insatisfecha ambición. Pasaban pronto a ocupar cargos más lucrativos y descansados dentro de la Administración civil o eclesiástica. Lo cual nos indica, una vez más, hasta qué punto era la Universidad pieza viva en la vida nacional. Había diversas clases de estudiantes: desde los privilegiados becarios del Colegio de San Ildefonso hasta los pobres sopistas; desde los hijos de los grandes, que se establecían con boato, hasta sus pobres criados, que estudiaban de limosna casi. Pero se ve que el hambre quevedesca no era frecuente, ni mucho menos. Algunos pormenores y cifras ilustrarán al lector. “Cada semana habían de ponerse manteles y servilletas limpias, y a tiempo de la comida y cena se habían de distribuir a cada uno de los colegiales mayores —se trata del Colegio de San Ildefonso— vasos de plata del peso de un marco.” Los *porcionistas*, especie de estudiantes residentes por su cuenta en el Colegio, pagaban “cada año 24 ducados de oro. Debía proveérseles de cámaras con sus llaves, de camas de madera con sus cuerdas, de mesa, de silla y de escaño, de recado de afeitar y cortar el pelo y de lavabo”. La alimentación de los colegiales corría a cargo del Colegio. “Con este fin se daba al año 12 fanegas de trigo, y al día la cuarta parte de una moneda de plata a cada uno de los teólogos, médicos y *artistas* graduados al menos de bachiller, y a los no graduados 10 fanegas de trigo al año y la octava parte de una moneda de plata al día.” Los estudiantes que vivían en “pupilage” lo hacían en casas autorizadas, bajo la dirección de un bachiller o licenciado —rara vez en casas de huéspedes no dirigidas por graduados—. A mediados del siglo xvi pagaba cada estudiante 20 ducados anuales por la pensión, aunque los había que pagaban 50 ó 60. “Matamoros llevaba a unos 100 ducados; a otros, 90; pero no sólo les daba de comer, sino que les leía en su casa.” Del capí-

tulo de la alimentación sabemos bastante: “preguntando qué carne da el licenciado Angulo —encuesta de una visita de inspección— a sus pupilos, dixo que traen carnero y oveja y también les suele dar hígado de vacas y que los sábados les da asaduras de ovejas, y otras veces les da menudo de carnero guisado en el mercado. Preguntando si se lo dan bien guisado, dixo que no: sino mal guisado. Preguntando si les dan lo que han menester de pan, dixo que al almuerzo o merienda, de un pan hace 10 ó 12 partes.” Pero no siempre era tan mala la comida del Colegio Mayor a que se refiere la anterior encuesta. “De ordinario les da principio y postre en comida y cena.”

La biblioteca de la Facultad es capítulo curioso. En 1523 “contaba nada menos que 23 plúteos”. Los libros estaban sujetos con cadenas. Fueron frecuentes las piraterías, y hubo escolar que en vejez mandó en su testamento, para calmar su conciencia, que se devolvieran a la Universidad los libros que había hurtado durante su estancia en ella. Aun se conservan varios catálogos de la librería —de 1523, 1565, 1591 y 1621—. Según el catálogo de 1523, había hasta 853 obras diversas, muchas de ellas ediciones completas en varios tomos. En 1621 el catálogo enumera 1.347 obras, propiedad de la librería de la Universidad.

Para los amantes de la erudición española hay mil pormenores curiosos en el libro del P. Urriza. Por ejemplo, Lope no se graduó de bachiller en Alcalá, aunque él lo afirmara en conocidos versos. Se conservan los registros de los años en que pudo bachillerarse, pero su nombre no consta. Tampoco Cervantes tomó en aquella Universidad grado alguno.

¿Cuántos bachilleres se graduaban cada año en Alcalá? ¿Cuántos se licenciaban en Artes? En 1525 se hicieron bachilleres 76 estudiantes. En 1592, año en el que más grados, 283. El mayor número de licenciados corresponde a 1583, en que se graduaron 149. A comienzos del siglo xvii decreció visiblemente el número de graduados.

Con el libro que sucintamente hemos reseñado ha venido el Consejo Superior de Investigaciones Científicas a llenar, como suele decirse, una laguna importante en el conocimiento de nuestra tradición española. Por ello merece plácemes.—M. C.

E. Rohde. *Psiche. La inmortalidad del alma entre los griegos*. Ed. Summa. Madrid, 1942.

A poco que reparemos en las obras que se han escrito hace unos sesenta o setenta años acerca de asuntos históricos, se nos revelará que hay una manera peculiar de saber y de creer tan íntimamente unida al destino del historiador como hay una manera de ciencia y de fe que comportan la experiencia y la meditación. Las fronteras en que se aparta lo que es ciencia de lo que es fe en el historiador no son ni siquiera parecidas a las que separan estas actitudes primarias ante el mundo en el hombre de ciencia. Desde que se comenzó a acumular denuestos contra ese pretenseo realismo histórico que intentaría nada menos que apresarse la corriente furtiva del mar valiéndose de tres o cuatro vasijas, que no son otra cosa las categorías con que operaba, se echó de ver algo muy singular. De una parte, se lanzan improprios sin cuento contra el realismo histórico; pero, de otra parte, cada día se afina la sensibilidad, se extrema el rigor en la comprobación y cotejo de documentos y se acrecientan las exigencias de probidad y dedicación. ¿Hay en todas estas cosas algo inconcebible?

Podría pensarse, en primer término, que la enemiga contra el realismo histórico fué inspirada por el ansia de liberación; las categorías en uso eran, ciertamente, demasiado angostas, y no es que redujeran la tarea del historiador a términos intolerables, achicando su campo de investigación, es que le impedían entender ese aliento de tibieza y de estremecimiento que nimba los acontecimientos, es decir, le incapacitaban para apresarse la vida y le dejaban como fruto de sus desvelos unos cuantos hechos descarnados que podían muy bien servir de fondo de cualquiera de las infinitas clasificaciones que entonces andaban en uso.

Ya es bastante el que a estas horas, cuando ha remitido en alguna manera la fiebre que inspiró el movimiento humanista alemán del siglo pasado, nos encontremos con una coincidencia tan alentadora como la que van pregonando por el mundo los libros más egregios de aquel tiempo: de una parte, se estudia, se indaga y se colman las demandas de la probidad más refinada; pero, por otro lado, esa balumba de hechos rescatados con tanto trabajo y tanta pasión no impide en lo más mínimo el vuelo, sino que, como si infundiera aliento y cer-

tidumbre, lo impulsa a regiones adonde ni siquiera se creía que hubiese vida ni ansias humanas. El realismo histórico no podía alegar nada contra este afán desbordante de documentación y de cotejo; pero el anhelo de hacernos el mundo a nuestra imagen y semejanza no tenía razones que oponer a este ímpetu de comprensión y poesía que penetraba hasta los más arduos menesteres de la investigación. Después de todo, los grandes historiadores, como los grandes científicos, descansando en una labor pertinaz y fundándose en montañas de experiencias, se han entregado siempre como cima de su vida y de su indagación al impulso de adivinación que arde en el fondo de toda vida humana que fluye en claro consigo misma. El historiador tiene que adivinar su realidad como el hombre de ciencia tiene que adivinar la suya; el que sean distintos los caminos es cosa que ahora importa poco. Y aunque a primera vista suene a paradoja, una meditación leve es bastante a convencernos de que el mismo Hegel, en las primeras páginas de su *Filosofía de la Historia* nos da ya los fundamentos de esta actitud, que, pese a las malas inteligencias que solemos padecer acerca de lo que más interés tiene en nuestro oficio, es la misma actitud que inspiró el realismo histórico. ¡Menguada es la ambición del que quiere nada menos que reflejar en sus obras la realidad, como algo independiente de quien la mira y la busca!

Porque se ha caído en la cuenta de esto ha sido tan honda la influencia de Nietzsche, que vivió condenado a auscultar el conflicto entre lo que nos pide nuestro corazón y lo que nos permite el mundo que hay en torno. Las adivinaciones que sobre el pasado, y en particular sobre el pueblo griego, tuvo Nietzsche podrán ser más o menos rehechas en lo que tienen de accesorio; pero de que se han convertido en juego de sombras y de luces que nos revelan de manera ya inalienable el alma griega, es algo que está fuera de duda. Este libro de Rohde que acaba de publicarse ahora en castellano es buena prueba de ello.

Lo primero que nos sale al encuentro en este libro es que parece que se ha ido haciendo solo, sin autor determinado y sin ideas que hayan ido perfilando unos hechos para dejar los otros en la sombra. Rohde ha entresacado del imponente repertorio de sugerencias que mana de la historia griega las que se refieren de manera directa a la inmortalidad del alma; la tarea de separar y organizar luego las cosas separadas presupone ya un criterio y unas cuantas ideas sobre el

tema, y es imprescindible que así sea, porque sin estos supuestos no hay tampoco temas, que, en fin de cuentas, son abstracciones que practicamos en medio de un mundo que amenaza ahogarnos con su desorden y su estridor. Rohde se ha propuesto que sean los hechos de la historia griega quienes digan la última palabra, instituciones, costumbres, creencias populares, prácticas secretas. Y precisamente por esto, su libro parece una historia del tema de la inmortalidad en el pueblo griego; lo parece y, al menos en lo esencial, no dista mucho de serlo.

Si nos fijamos en la mera sucesión de sus capítulos, nos percataremos en seguida de que aquí, más que de la historia de una creencia, se nos invita a asistir a su conquista. Lo que el pueblo griego hace en la obra de Rohde es conquistar sus ideas y su culto de la inmortalidad. No son, pues, los pensadores quienes llevan la conducta del resto de los griegos; es la vida misma, que unas veces recoge retazos del pasado todavía palpitantes en cultos y ritos locales, otras veces reagrupa ideas y vislumbres de carácter que se hubiera creído inconciliable, y otras veces plasma en instituciones animadas de un sentido nuevo lo que toma de otros pueblos y de otros tiempos. Este espectáculo maravilloso a que nos hace asistir Erwin Rohde, en que el pueblo más ágil, más puro y más propicio al entusiasmo se lanza al combate para poner en claro lo que lleva en sus entrañas, es una lección de juventud y, ¿por qué no decirlo?, de libertad. No hay estorbos que puedan impedir el vuelo de este pueblo dispuesto a asimilar todo lo que han hecho los demás y a entender lo que sigue haciéndose en el mundo. ¿No ha sido ésta la actitud más íntima de todo pueblo sano? Lo cierto es que, tal vez por la conciencia oscura de su profunda originalidad, los griegos no repudian nada: primero lo comprenden, luego lo asimilan. Como si el mundo fuera pequeño para la empresa que habían acometido, los griegos nos aparecen a lo largo de las páginas de Erwin Rohde como ganosos de anchura y de diafanidades. En la sucesión de cultos y mitos se van mezclando cosas tan distintas como el culto de Dionisos y el de Apolo; se van resucitando costumbres, y, quizá por este afán de abrirse a todas las aventuras del espíritu, acaba por poblarse el cielo y la tierra, los bosques y los mares, la soledad y la montaña, de seres sobrehumanos que ponen en todos los menesteres de la vida cotidiana un nimbo de ensueño que, aun no habiende conseguido más, bastaría por sí solo como gallarda recompensa de tantos ensa-

yos generosos y de tan entrañable afán de comprender todo lo humano. Este mundo alado y lleno de luz y lejanía es el que hizo del hombre griego un adolescente incapaz de discernir las fronteras que separan la realidad del ensueño; Jacob Burckhardt ha descrito este estado de alma y esta manera de obrar en el mundo con mucha precisión y con no menos entusiasmo.

Los que van siguiendo las páginas de este libro de Rohde llegan a hacerse la ilusión de asistir al florecimiento de la creencia en la vida eterna, y lo que se apodera del ánimo cuando vemos un pueblo que se hace dueño de su destino y al par es digno de la fe que ha conquistado, es un sentimiento de anchura y de aire fresco que inspira confianza en el valor de todo lo humano y nos enseña a mirar todas las cosas con más amor y más libertad. No es libre el pueblo griego porque se desembarace de obstáculos o viejas creencias; lo maravilloso es que no se deshace de nada importante: busca lugar apropiado para todo y luego lo anima de otro sentido. La libertad, como un don del cielo que es, mana de nuestra propia fuerza, y es más o menos honda según que nos sintamos más o menos seguros, es decir, en la medida en que madura nuestra personalidad. Al través de las indagaciones de Erwin Rohde tenemos la certidumbre de que los griegos son libres porque han encontrado una tarea. Y ¿qué quiere decir esa cerrazón de los que viven empeñados en separar y jamás en comprender lo que pasa a su alrededor? Cuando se ve la lucha secular y sin desmayos que libraron los griegos para ganarse su inmortalidad, es fácil responder a esta pregunta. No importa que, andando el tiempo, hayan encontrado una supervivencia bien distinta de la que buscaron con todos los resortes de su alma; lo importante es saber que se hicieron dignos de ella.—
EMILIANO AGUADO.

AL MARGEN DE UN LIBRO

LA bibliografía relativa a Gibraltar se aumenta, como es lógico, de continuo. Después del libro de "Hispanus" aparece una extensa historia de la plaza y el peñón: idea fija de todo español auténtico. Este libro del presbítero y catedrático D. Juan del Alamo, precedido de un enérgico prólogo de Antonio Tovar, abunda en prolijos detalles

y merecía que, a tan grande acopio de elementos, correspondiese un mayor cuidado tipográfico (así, por ejemplo, el Landgrave de Hesse aparece varias veces como "Laudgrave de Asia"). Pues bien, sorprende observar que, ni en la reciente obra de Areilza y Castiella, ni en esta de Alamo, haya la menor referencia a cierto hecho de gran importancia y que aparece consignado en otros historiadores, bien sea con un comentario severo, como en el caso del alemán Hefele, bien seguido de una glosa benévola, como en el de Amador de los Ríos. Nos referimos a la pretensión manifestada por los judíos de comprar Gibraltar al rey Enrique IV el año 1473; propuesta que el monarca rechazó de plano, pese a la enorme suma de oro ofrecida y a su orientalismo. ¿Es que el hecho no es rigurosamente histórico? Merecería la pena de estudiarlo y de sacar las consecuencias precisas. Y valdría añadir este sabroso colofón: en el acta de entrega de Gibraltar, Felipe V exige, entre una de sus pocas condiciones, la de que en el recinto de Gibraltar no pueda haber jamás judíos. ¿Se ha respetado esta cláusula? ¿Qué dicen, al efecto, la experiencia de sus actividades y las estadísticas de todos conocidas?

Fué costumbre durante siglos —costumbre, por desgracia, hoy perdida— que todos los barcos que pasaran por el estrecho hicieran salvas en honor y desagravio de Nuestra Señora de Europa. Quede esta nota en eso: en saludo encendido y cordial a toda nueva contribución hacia la reintegración de Gibraltar a España.—A. M.

EN TORNO A LA PLEYADE

NO es muy abundante la bibliografía francesa, pero merece destacarse en ella un libro reciente: la *Histoire de la Pléiade*, en cuatro tomos, debida al profesor H. Chamard, conocido por sus estudios y ediciones de la poesía renacentista, muy especialmente la del poeta Joaquín du Bellay. En éste, como en sus anteriores trabajos, el autor maneja copioso número de datos; su labor une al interés general del tema un avance en los estudios acerca del movimiento poético de incorporación en Francia de aquellos géneros más nobles cultivados por los clásicos griegos y latinos; más aun, del florecimiento que dicho propósito —llevado a la realidad por escritores tan excelentes— supone en el auténtico renacer de las letras entonces.

En España el movimiento de la pléyade nos interesa sobremanera por ser, en cierto modo, paralelo al que poetas como Garcilaso y Boscán llevaron a felicísimo término, sin contar con los precursores. Cuando Joaquín de Bellay en Francia y Sa de Miranda en Portugal dan a conocer sus innovaciones —innovaciones al gusto antiguo, claro—, tiempo ha que corren, de mano en mano, por Europa, las tan bellamente acabadas de Garcilaso. Pero los franceses Ronsard, J. du Bellay y los otros mantienen el declarado empeño de ennoblecer, con el cultivo de los módulos clásicos (la oda, la epopeya, la tragedia, etc.), el empobrecido repertorio francés, casi reducido, a fines de la Edad Media, a canciones y baladas de tenue aliento. Y el hecho es que —con los tanteos y remedos propios de cualesquiera ensayo de tal índole— dignifican y enriquecen, siquiera sea por su propia calidad poética, el caudal lírico de la historia de la literatura francesa.

No había, pues, que esperar a Malherbe. Es injusto, por tanto, desvalorizar, como hizo Boileau, la aportación de aquellos ingenios. En casos semejantes se produce un hecho que hoy, años por medio, es peregrino observar: otra pléyade clásica, formada nada menos que por escritores de la talla de Racine, Molière, Boileau o La Fontaine, abomina, para justificar su obra, de aquella otra que, en rigor, realizó, en su tiempo, misión análoga y dió esplendor a toda una época de la poesía francesa. Unos y otros laboraron —creyéndose incompatibles— a la “defensa e ilustración de la lengua francesa”. Y, ahora que varios siglos la contemplan ya, se le antoja al lector que no sólo en la Historia no se excluyen, sino que se complementan.—M.

